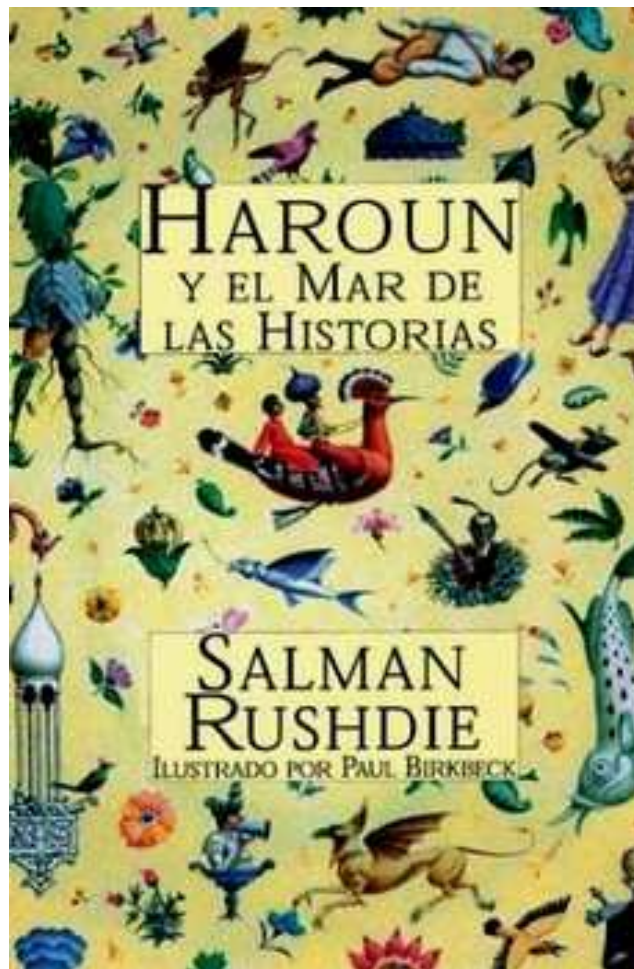


Harún y el Mar de las Historias

Salman Rushdie



1

EL SHA DE BLA

Erase una vez, en el país de Alifbay, una ciudad triste, la más triste de las ciudades, una ciudad tan míseramente triste que hasta había olvidado su nombre. Estaba junto a un mar lúgubre lleno de peces taciturnos que tenían un sabor tan insípido que te hacían eructar de melancolía aunque el cielo estuviera azul.

Al norte de la ciudad triste había grandes fábricas en las que (según me han contado) se producía, envasaba y despachaba tristeza a todo el mundo que nunca parecía tener bastante. Las chimeneas de las fábricas de tristeza vomitaban un humo negro que se cernía sobre la ciudad como una mala noticia.

En lo más recóndito de la ciudad, más allá de una vieja zona de edificios ruinosos que tenían aspecto de corazones destrozados, vivía un chico alegre llamado Harún, hijo único del juglar Rasid Khalifa, hombre de jovialidad reconocida en toda aquella infeliz metrópoli, cuya inagotable reserva de cuentos largos, cortos y tortuosos le había valido no ya uno sino dos mote. Sus admiradores le llamaban Rasid, el Océano de la Fantasía, tan repleto estaba de alegres cuentos como lleno el mar de peces taciturnos; pero, para sus rivales envidiosos era el Sha de Bla. Para Soraya, su esposa, Rasid fue durante muchos años el marido más cariñoso que pudiera desear una mujer y, durante aquellos años, Harún creció en un hogar en el que, en lugar de penas y caras largas, había la risa pronta de su padre y la dulce voz de su madre que cantaba canciones.

Hasta que algo se torció. (Quizá al fin se les coló por las ventanas la tristeza de la ciudad.)

El día en que Soraya dejó de cantar, bruscamente, a mitad de la frase, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, Harún sospechó que algo andaba mal. Pero no imaginaba cuánto.

Rasid Khalifa estaba tan atareado inventando y contando cuentos que no reparó en que Soraya había dejado de cantar; lo cual, probablemente, empeoró las cosas. Pero Rasid era un hombre muy ocupado y muy solicitado, él era el Océano de la Fantasía, el famoso Sha de Bla. Y, entre ensayos y actuaciones, pasaba tanto tiempo en el escenario que perdió de vista lo que ocurría en su propia casa. Iba por toda la ciudad y por todo el país contando cuentos mientras Soraya, en casa, se ensombrecía, incluso tronaba un poco y cocinaba una buena borrasca.

Harún iba con su padre siempre que podía, porque aquel hombre era un mago, eso no podías negarlo. Se encaramaba a un escenario improvisado en cualquier

callejón abarrotado de niños harapientos y vejetes desdentados, todos sentados en el suelo, y, en cuanto empezaba a hablar, hasta las vacas que deambulaban por la ciudad se paraban y erguían las orejas, y los monos lanzaban chillidos de aprobación desde los tejados, y los loros imitaban su voz en los árboles.

Harún solía comparar a su padre con un malabarista, porque en realidad sus cuentos estaban hechos de retazos de historias diferentes que él manejaba a su antojo y mantenía en constante movimiento, como el que juega con muchas pelotas a la vez, sin equivocarse nunca.

¿De dónde venían todos aquellos cuentos? Parecía que Rasid no tenía más que abrir sus labios reidores, gruesos y rojos para que por ellos saliera un nuevo relato en el que no faltaba su dosis de brujería y de amor, princesas, tíos malvados, tías gruesas, gangsters bigotudos con pantalones a cuadros amarillos, paisajes fantásticos, cobardes, héroes, peleas y media docena de pegadizas tonadillas. «Todas las cosas tienen que salir de algún sitio —cavilaba Harún—, por lo tanto, estos cuentos no pueden salir del aire...»

Pero cuando hacía a su padre esta importantísima pregunta, el Sha de Bla entornaba sus, a decir verdad, un tanto saltones ojos, se daba unas palmadas en su blando estómago y se metía el pulgar en la boca con un ridículo gorgoteo, como si bebiera, glu glu glu. Harún se impacientaba.

—Vamos, dime ya, ¿de dónde las sacas? —insistía y Rasid movía las cejas con aire de misterio y agitaba los dedos con ademán de bruja.

—Del gran Mar de las Historias —contestaba—. Yo bebo las cálidas Aguas de las Historias y me siento lleno de inspiración.

A Harún esta explicación le resultaba por demás irritante.

—¿Y dónde guardas el agua caliente? —preguntó un día con astucia—. En termos, supongo. Pues nunca he visto ninguno.

—Viene de un Grifo invisible instalado por uno de los Genios del Agua —dijo Rasid muy serio—. Tienes que estar abonado.

—¿Y cómo se abona uno?

—Oh —hizo el Sha de Bla—. Eso es Excesivamente Complicado Para Contarlo.

—De todos modos —concluyó Harún, malhumorado—, tampoco he visto nunca a un Genio del Agua —Rasid se encogió de hombros—. Tú nunca madrugas lo suficiente para ver al lechero —señaló—, pero no tienes inconveniente en beberte la leche. Conque déjate de averiguaciones y disfruta de los cuentos si te gustan.

Y así terminó la discusión. Pero un día Harún hizo una pregunta de más, y ese día ocurrió la catástrofe.

Los Khalifa vivían en los bajos de una casita de cemento, de paredes color de rosa, ventanas verde tilo y balcones azules con barandillas de hierro forjado, todo lo cual, en opinión de Harún, le daba aspecto más de pastel que de casa. No era una vivienda lujosa, porque en nada se parecía a los rascacielos de los ricos; pero tampoco era como las viviendas de los pobres. Los pobres vivían en chamizos hechos

de cajas de cartón y placas de plástico pegadas entre sí con desesperación. Y luego estaban los muy pobres, que no tenían vivienda y dormían en las aceras y en las puertas de las tiendas, y hasta para eso tenían que pagar alquiler a los gangsters del barrio. Así pues, Harún era un chico afortunado; pero la suerte se caracteriza por irse sin avisar. Ahora vela por ti una buena estrella y, cuando menos te lo esperas, te ha dejado plantado.

En la ciudad triste, casi todo el mundo tenía muchos hijos; pero los niños pobres enfermaban y morían de hambre, mientras que los niños ricos comían en abundancia y se peleaban por el dinero de sus padres. A pesar de todo, a Harún le hubiera gustado saber por qué sus padres no habían tenido más hijos: pero la única respuesta que recibió de Rasid no le aclaró nada:

—Hay más en ti, joven Harún Khalifa, de lo que salta a la vista.

Bien, ¿y qué quería decir esto?

—Gastamos todo el material en ti —explicaba Rasid—. Está todo ahí dentro. Quizá hubiera alcanzado para cuatro o cinco hijos. Sí, señor, tienes mucho más de lo que se ve.

Las respuestas claras no estaban al alcance de Rasid Khalifa que, si podía dar un rodeo, nunca tomaba un atajo. Soraya dio a Harún una respuesta más sencilla.

—Ya probamos, pero tener hijos no es tan fácil —dijo—. Mira a los pobres Sengupta.

Los Sengupta vivían en el piso de arriba. Mr. Sengupta, empleado de la Corporación Municipal, era un hombre de quejumbrosa voz aflautada, escuálido y mezquino, mientras que Onita, su esposa, era una mujer generosa, de carnes abundantes y fofas y voz grave. No tenían hijos y, quizá por ello, Onita Sengupta prestaba a Harún una atención que él consideraba excesiva. Le llevaba dulces (cosa que estaba bien) y le revolvía el pelo (cosa que no estaba bien) y cuando lo abrazaba, sus cascadas de carne parecían rodearlo por completo causándole considerable alarma.

Mr. Sengupta hacía caso omiso de Harún, pero siempre estaba hablando con Soraya, con gran disgusto de Harún, por cuanto que el individuo, tan pronto se creía fuera del alcance de los oídos de Harún, empezaba a criticar a Rasid, el juglar.

—Ese marido suyo, excúseme si soy indiscreto —decía con su voz de silbato—, tiene la cabeza a pájaros y vive en las nubes. ¿A qué viene tanto cuento? La vida no es un libro de cuentos ni una fábrica de chistes. ¿Qué utilidad tienen unas historias que ni siquiera son verdad?

Harún, que escuchaba por la parte de fuera de la ventana, se dijo que no le gustaba nada aquel Mr. Sengupta que despreciaba los cuentos y los narradores; no le gustaba, lo que se dice, nada de nada.

¿Qué utilidad tienen unas historias que ni siquiera son verdad? Harún no podía quitarse esta terrible pregunta de la cabeza. Pero había gente que pensaba que los cuentos de Rasid sí tenían utilidad. Se acercaba la época de las elecciones y los líderes

de los diferentes partidos políticos acudían a Rasid con sonrisa de gato gordo, para pedirle que fuera a contar cuentos en sus mítines y en los de nadie más. Era bien sabido que, si conseguías que la lengua mágica de Rasid estuviera de tu parte, se te acababan los problemas. Nadie creía lo que decían los políticos, a pesar de que todos afirmaban categóricamente que decían la verdad (en realidad, al decir esto revelaban que mentían). Pero todo el mundo tenía fe absoluta en Rasid, porque él siempre reconocía que todo lo que les decía era completamente falso, que había salido de su cabeza. Es decir, los políticos necesitaban que Rasid les ayudara a ganar los votos de la gente. Hacían cola a la puerta de su casa, con sus caras relucientes, sus sonrisas falsas y sus bolsas de dinero. Rasid tenía dónde elegir.

El día en que todo se torció, Harún volvía de la escuela cuando lo pilló el primer chaparrón de la estación de las lluvias.

Cuando las lluvias llegaban a la ciudad triste, la vida se hacía un poco más soportable. En esta época del año, había en el mar deliciosos *pomfrits* y la gente podía descansar de tanto pez taciturno; y el aire era fresco y limpio porque la lluvia limpiaba casi todo el humo negro que salía de las fábricas de tristeza. A Harún Khalifa le encantaba calarse hasta la piel en la primera lluvia del año, y saltaba y brincaba de un lado a otro empapándose en aquella agua tibia y abría la boca para que las gotas de lluvia le cayeran en la lengua. Llegó a su casa tan mojado y reluciente como un *pomfrit* recién pescado.

Miss Onita estaba en su balcón del primer piso, temblando como un flan; de no ser por la lluvia, Harún hubiera podido darse cuenta de que lloraba. Cuando el chico entró en su casa, encontró a Rasid, el juglar, con aspecto de haber sacado la cara por la ventana, porque tenía los ojos y las mejillas mojados, pero la ropa seca.

Soraya, la madre de Harún, se había marchado con Mr. Sengupta.

A las once en punto de la mañana, envió a Rasid a la habitación de Harún a buscar unos calcetines extraviados. Segundos después, mientras Rasid buscaba (Harún solía perder calcetines), oyó cerrarse la puerta y arrancar un coche en la calle. Cuando volvió a la sala, vio que su mujer se había ido y que un taxi doblaba la esquina. «Debía de tenerlo todo bien planeado», pensó. El reloj todavía señalaba las once en punto. Rasid agarró un martillo y lo hizo añicos. Y después rompió todos los relojes de la casa, incluso el de la mesita de noche de Harún. Lo primero que dijo Harún cuando supo la noticia de la marcha de su madre fue:

—¿Por qué has tenido que romperme el reloj?

Soraya había dejado una nota en la que repetía todas las cosas feas que Mr. Sengupta solía decir de Rasid: «Sólo te interesa divertirme, pero un hombre como es debido ha de saber que la vida es una cosa seria. Tienes la cabeza tan llena de fantasías que no te queda sitio para la realidad. Mr. Sengupta no tiene ni pizca de imaginación. Es lo que me gusta.» Había una posdata: «Di a Harún que le quiero, pero no puedo evitarlo, tengo que hacer esto ahora.»

En la nota cayeron gotas de lluvia del pelo de Harún.

—¿Qué quieres, hijo? —dijo Rasid tristemente—. Contar historias es lo único que sé hacer.

Cuando Harún oyó aquel acento tan patético en la voz de su padre, perdió los estribos y le gritó:

—¿Y de qué sirve eso? ¿Qué utilidad tienen unas historias que ni siquiera son verdad?

Rasid ocultó la cara entre las manos, llorando.

Harún quería retirar aquellas palabras, sacarlas de los oídos de su padre y volver a metérselas en la boca; pero, claro, no pudo. Y por eso se culpaba cuando, poco después y en las circunstancias más bochornosas, ocurrió lo inconcebible: Rasid Khalifa, el legendario Océano de la Fantasía, el fabuloso Sha de Bla, ante un enorme auditorio abrió la boca y descubrió que no tenía más cuentos que contar.

Después de que su madre se fuera de casa, Harún descubrió que no podía concentrar la atención en nada durante mucho tiempo o, para ser exactos, durante más de once minutos seguidos. Si Rasid lo llevaba al cine, para que se distrajera, al cabo de once minutos exactamente, Harún empezaba a divagar y cuando terminaba la película, no tenía idea de lo que había visto y tenía que preguntar a Rasid si habían ganado los buenos. Al día siguiente, Harún jugaba de portero en un partido de hockey callejero que se jugaba en su barrio y, después de hacer una serie de paradas brillantes durante los once primeros minutos, empezó a encajar los goles más tontos y humillantes. Siempre lo mismo: el pensamiento escapaba dejando atrás al cuerpo. Esto creaba dificultades, porque muchas cosas interesantes y algunas cosas importantes requieren más de once minutos: las comidas, por ejemplo, y los exámenes de matemáticas.

Fue Onita Sengupta quien dio en el clavo. Ahora bajaba a casa de Harún con más frecuencia todavía, entre otras cosas, para anunciar con voz retadora:

—Se acabó lo de Mrs. Sengupta. ¡Desde hoy llámenme Miss Onita a secas! —a continuación se golpeó violentamente la frente y gimió—: Oh, oh, ¿qué va a ser de mí?

Cuando Rasid habló con Miss Onita de las distracciones de Harún, ella dijo con firmeza y seguridad:

—Su madre se marchó a las once, el problema se presenta a los once minutos. La causa hay que buscarla en su psicología —Rasid y Harún tardaron unos segundos en deducir que quería decir «psicología»—. Tiene una tristeza psicológica —prosiguió Miss Onita— que le ha dejado encallado en el número once, y no puede pasar al doce.

—No es verdad —protestó Harún, pero en su interior temía que pudiera ser así. ¿Se habría quedado encallado en el tiempo, como un reloj roto? Quizá el problema no tuviera solución, a menos que Soraya regresara para volver a poner en marcha los relojes.

Días después, Rasid Khalifa fue invitado a actuar por unos políticos de la Ciudad de G, del cercano.

Valle de K, situado en los Montes M. (Debo explicar que, en el país de Alifbay, se designaba a muchos lugares con letras del Alfabeto. Ello daba lugar a confusiones, porque las letras eran pocas y los lugares sin nombre, casi innumerables. Por tanto, muchos lugares se llamaban de la misma manera, lo que hacía que las cartas fueran siempre a direcciones equivocadas. Estas dificultades se agravaban porque muchos lugares, como la ciudad triste, olvidaban por completo su nombre. Los empleados del servicio postal tenían muchas dificultades, como podréis imaginar, y a veces estaban un poco irritables.)

—Hay que ir —dijo Rasid a Harún animosamente—. En la Ciudad de G y el Valle de K todavía hace buen tiempo, mientras que aquí el aire se ha puesto tan llorón que no hay palabras.

Verdaderamente, en la ciudad triste llovía tanto que sólo de respirar podías ahogarte. Miss Onita, que casualmente había bajado un momento, convino tristemente con Rasid:

—Es una gran idea —dijo—. Sí, marchaos, serán unas pequeñas vacaciones y no os preocupéis por dejarme aquí tan sola.

—La Ciudad de G no es tan especial —dijo Rasid a Harún en el tren que los llevaba hacia allí—. ¡Pero el Valle de K! El Valle de K es otra cosa. Hay campos de oro y montañas de plata y, en el centro del valle, hay un Lago muy hermoso que por cierto se llama Dull¹.

—Si tan hermoso es, ¿por qué no se llama Interesante? —preguntó Harún, y Rasid, con un gran esfuerzo para simular alegría, trató de hacer el viejo número de los dedos de bruja.

—Ah, sí, señor, el Lago *Interesante* —dijo con su voz más misteriosa—. Eso es otra cosa. Porque es el Lago de los Mil Nombres. Lo es, realmente.

Rasid siguió tratando de aparentar alegría. Habló a Harún de la Casa Flotante Superlujo que les esperaba en el Lago Dull. Le habló de las ruinas del palacio de las hadas de las montañas de plata y de los jardines de recreo, construidos por los antiguos Emperadores, que llegaban hasta la misma orilla del Lago; jardines con fuentes, terrazas y pérgolas en las que los espíritus de los antiguos reyes volaban todavía en forma de abubillas. Pero, al cabo de once minutos exactamente, Harún dejó de escuchar. Rasid dejó de hablar y los dos se quedaron mirando por la ventanilla el aburrimiento que se extendía por el llano.

En la Estación de la Ciudad de G los esperaban dos hombres muy serios y bigotudos, con pantalones a chillones cuadros amarillos. «Parecen unos malvados», pensó Harún, pero se reservó la opinión. Los dos hombres llevaron directamente a

¹ Aburrido, turbio, mate. (N. de t.)

Rasid y Harún al mitin político. Pasaron junto a autobuses que iban goteando gente como una esponja gotea agua y llegaron a un espeso bosque de seres humanos, una multitud que se extendía en todas las direcciones como las hojas de los árboles de la selva. Había grandes macizos de niños, y señoras colocadas en hilera como flores en gigantescos arriates. Rasid, sumido en sus pensamientos, asentía tristemente para sí. Entonces ocurrió aquello, lo Inconcebible. Rasid salió al escenario y se encaró con la vasta selva humana. Harún estaba entre bastidores, mirándolo. El pobre juglar abrió la boca y la gente gritó de entusiasmo. Pero, al abrir la boca, Rasid Khalifa descubrió que la tenía tan vacía como el corazón.

—Craa —fue todo lo que salió. El Sha de Bla sonaba como un cuervo estúpido—. Cra, cra, cra.

Después de aquello, los encerraron en un despacho que era como un horno, y los dos bigotudos de pantalones a cuadros amarillos se pusieron a gritar y a acusar a Rasid de haberse vendido a los rivales y a insinuar que le cortarían la lengua y otras cosas. Y Rasid, casi llorando, repetía que no entendía por qué se había quedado seco, y les prometía compensarles con creces.

—En el Valle de K estaré insuperable, *magnifique* —prometió.

—Más te valdrá —le gritaron los hombres de bigote—. O la lengua abandonará para siempre tu garganta embustera.

—¿A qué hora sale el avión para K? —intervino Harún, con la esperanza de apaciguarlos. (Él sabía que a las montañas no llegaba el tren.) Los hombres vociferaron con más fuerza todavía.

—¿Avión? ¿El *avión*? ¡Los cuentos del papá no despegan, pero el mocosito quiere volar! No hay avión para ustedes, caballero e hijo. Pueden tomar un maldito autobús.

«Otra vez culpa mía —pensó Harún amargamente—. Yo le eché todo a rodar. ¿Qué utilidad tienen unas historias que ni siquiera son verdad? Cuando le hice esta pregunta le partí el corazón. De modo que ahora a mí me toca arreglar las cosas. Hay que hacer algo.»

Lo malo era que no se le ocurría absolutamente nada.

2

EL COCHE CORREO

Los dos hombres que gritaban metieron a Rasid y Harún en el asiento trasero de un abollado automóvil con tapicería escarlata rasgada y, a pesar de que la radio barata del coche emitía música de películas a todo volumen, los hombres siguieron gritando acerca de la poca formalidad de los cuentistas, hasta que llegaron a las oxidadas verjas de la Terminal de Autobuses. Allí, Harún y Rasid fueron depositados sin ceremonia ni despedida.

—¿Y los gastos de viaje? —preguntó Rasid ingenuamente, pero los hombres gritaron:

—¡Más exigencias! ¡Qué frescura, el tipejo! —y salieron disparados obligando a los perros, las vacas y las mujeres con cestas de fruta en la cabeza a salir corriendo. El coche se alejó haciendo zig zag y sin dejar de emitir música a tope e insultos.

Rasid ni siquiera se molestó en agitar el puño. Harún lo siguió hacia el Despacho de Billetes atravesando un patio polvoriento que tenía las paredes llenas de extrañas advertencias:

SI CORRER ES TU ILUSIÓN
HALLARÁS TU PERDICIÓN

era una de ellas, y

LOS TEMERARIOS ADELANTADORES
SON CLIENTES DE LOS ENTERRADORES

era otra, y también

OJO, REDUCE, NO DES AL PEDAL
LA VIDA ES BELLA Y LOS COCHES CUESTAN UN
DINERAL

—También tendrían que decir algo contra los que gritan a los pasajeros que viajan en el asiento de atrás —murmuró Harún.

Rasid fue a sacar los billetes.

En la ventanilla, en lugar de cola, había un combate de lucha libre, porque todos querían ser el primero; y como la mayoría llevaban gallinas, niños u otra impedimenta, el resultado era un zafarrancho del que salían despedidas plumas, juguetes y algún que otro sombrero. Y, de vez en cuando, de la reyerta surgía un

individuo con la ropa hecha jirones, que agitaba triunfalmente un papelito: el billete. Rasid aspiró profundamente y se zambulló en la refriega.

Mientras, en el patio de los autobuses, pequeñas nubes de polvo danzaban de un lado al otro como torbellinos del desierto en miniatura. Harún advirtió que las nubes estaban llenas de seres humanos. Porque, sencillamente, en la Terminal de Autobuses había demasiados pasajeros para los autobuses disponibles y, además, nadie sabía qué autobús saldría antes; lo cual permitía a los conductores divertirse con un juego perverso. Un conductor ponía el motor en marcha, ajustaba los retrovisores y hacía como si se dispusiera a arrancar. De inmediato un grupo de pasajeros cogía maletas, sacos de dormir, papagayos y transistores y corría hacia él. Entonces el conductor, con sonrisa de inocencia, paraba el motor, mientras al otro extremo del patio otro autobús empezaba a zumbar, y los pasajeros otra vez a correr.

—Eso no está bien —dijo Harún en voz alta.

—Muy cierto —dijo un vozarrón a su espalda—, pero pero pero reconocerás que tiene gracia.

El dueño del vozarrón resultó ser un individuo descomunal, con una pelambreira espesa e hirsuta que ascendía de su cabeza verticalmente como una cresta de papagayo. También su cara estaba llena de pelo, y a Harún, sin saber por qué, todo aquel pelo le hizo pensar en plumas. «Idea ridícula —se dijo—. ¿Qué me habrá hecho imaginar semejante cosa? Es una tontería, eso lo ve cualquiera.»

En aquel momento, dos nubes de polvo formadas por presurosos viajeros colisionaron con lanzamiento de paraguas, lecheras y sandalias de esparto, y Harún, mal que le pesara, se echó a reír.

—¡Eres un tipo fenomenal —tronó el del pelo de pluma—, sabes ver el lado gracioso de las cosas! Un accidente, desde luego, es una cosa triste y cruel, pero pero pero... ¡Crash! ¡Bong! ¡Pumba! Es para morirse de risa —el gigante se levantó e hizo una reverencia—. Me llamo Butt, conductor del Coche Correo Superexpress Número Uno con destino al Valle de K, a tu disposición.

A Harún le pareció que también él tenía que hacer una reverencia.

—Y yo, Harún. —entonces tuvo una idea y agregó—: Si eso de a mi disposición es en serio, algo hay que puedes hacer.

—Era un decir —respondió Mr. Butt—. Pero pero pero no retiro ni una coma. Un decir es algo muy delicado, pero Butt es un hombre recto, no retorcido. ¿Cuál es tu deseo, joven señor?

Rasid le había referido la belleza de los parajes que se extendían entre la Ciudad de G y el Valle de K, cruzados por un camino que trepaba como una serpiente por el Paso de H hasta el Túnel de I (llamado también de J). Había nieve a los lados de la carretera, y fabulosos pájaros multicolores que planeaban en las cañadas; y cuando la carretera salía del Túnel (se lo había dicho Rasid), el viajero encontraba el panorama más espectacular de la Tierra, una vista del Valle de K, con sus campos dorados, sus montañas plateadas, y con el Lago Dull en el centro —una vista que se extendía como una alfombra mágica que esperase que alguien se subiera a ella para dar una vuelta—. «Nadie que contemple ese panorama puede estar triste —había dicho

Rasid—, y en esos parajes un ciego tiene que sufrir doblemente.» Lo que Harún quería pedir a Mr. Butt era esto: dos asientos de primera fila en el Coche Correo, hasta el Lago Dull; y también la seguridad de que el coche pasaría por el Túnel de I (llamado también Túnel de J) antes de la puesta del sol, ya que, de lo contrario, no tendría ninguna gracia.

—Pero pero pero —protestó Mr. Butt— ya es tarde... —sin embargo, al ver que a Harún se le alargaba la cara, sonrió ampliamente y dio una palmada—. Pero pero pero, ¿y qué importancia tiene? ¡La vista! ¡Para alegrar a papá! ¡Antes de que se ponga el sol! *No hay cuidado.*

De modo que cuando Rasid se apartó de la ventanilla tambaleándose, con los billetes en la mano, encontró a Harún esperando en el estribo del Coche Correo, con los mejores asientos reservados y el motor en marcha.

Los restantes pasajeros, sin aliento de tanto correr y cubiertos de un polvo que el sudor había convertido en barro, miraban a Harún entre envidiosos e impresionados. Como impresionado estaba Rasid.

—Según he dicho ya en otras ocasiones, joven Harún Khalifa, hay en ti algo más de lo que salta a la vista.

—¡Yahuu! —gritó Mr. Butt, que era tan excitable como cualquier empleado del servicio postal—. ¡Allá vamos! —agregó pisando a fondo el pedal del acelerador.

El Coche Correo salió disparado por la verja de la Terminal de Autobuses, casi lamiendo una pared en la que Harún leyó:

SI EN LA VELOCIDAD BUSCAS CONTENTO,
MÁS TE VALDRÁ HACER TESTAMENTO

El Coche Correo aceleraba. Los pasajeros gritaban de nerviosismo y de miedo. Mr. Butt cruzaba pueblo tras pueblo a toda velocidad. Harún observó que en la parada del autobús de la plaza de cada pueblo esperaba, con una saca de correspondencia al lado, un hombre que, con expresión de perplejidad al principio y de viva indignación después, seguía con la mirada al Coche Correo que pasaba zumbando por su lado sin siquiera aminorar la velocidad. Harún advirtió también que, en la parte trasera del Coche Correo, separado de los pasajeros por una tela metálica, había un compartimiento en el que se amontonaban sacas idénticas a la que tenían los hombres que se quedaban agitando el puño encolerizado en las plazas de los pueblos. Al parecer, Mr. Butt olvidaba entregar y recoger el correo.

—¿No hay necesidad de parar para las cartas? —preguntó al fin Harún inclinándose hacia adelante.

Al mismo tiempo, Rasid el juglar gritó:

—¿Hay necesidad de correr tanto?

Mr. Butt consiguió que el Coche Correo fuera aún más de prisa.

—¿Que si hay necesidad de parar? —vociferó por encima del hombro—. ¿Necesidad de correr? Bueno, señores, yo les diría: la necesidad es una serpiente muy

escurridiza. El chico dice que usted, señor, tiene Necesidad de Contemplar una Vista Panorámica Antes de la Puesta de Sol. Tal vez sí, tal vez no. Y otros dirán que este chico tiene Necesidad de Una Madre, tal vez sí o tal vez no. Y de mí se ha dicho que Butt tiene Necesidad de Velocidad, pero pero pero puede que lo que en realidad necesite mi corazón sea Otra Clase de Emociones. Oh, la Necesidad es un ave rara: hace que la gente falte a la verdad. Todos la sienten, pero no todos reconocen sentirla. ¡Hurra! —agregó señalando—. ¡Nieve a la vista! ¡Placas de hielo! ¡Firme en mal estado! ¡Curvas cerradas! ¡Peligro de avalanchas! ¡*Todo avante!*

Sencillamente, el hombre había decidido no detenerse para el correo, a fin de cumplir la promesa hecha a Harún.

—¡*No hay cuidado!* —gritó alegremente—. De todos modos, en este país de tantos pueblos y tan pocos nombres, la gente está acostumbrada a recibir cartas destinadas a otra persona.

El Coche Correo ascendía rápidamente por los Montes M bamboleándose en curvas espeluznantes entre chirridos de frenos. El equipaje (atado a la baca) oscilaba de modo preocupante. Los pasajeros (todos muy parecidos entre sí, porque el sudor había acabado por convertir en barro el polvo que los cubría) empezaron a protestar.

—¡Mi baúl! —gritó una mujer de barro—. ¡Búfalo chiflado! ¡Majadero! ¡Deja de correr de este modo o mis cosas irán a parar a los quintos infiernos!

—Nosotros seremos los que vayamos —respondió secamente un hombre de barro—. Conque deje de incordiar con sus cosas.

—¡Cuidado, que está usted hablando con mi señora esposa! —le increpó ásperamente otro hombre de barro.

—¡Que se aguante su señora esposa! —intervino otra mujer de barro—. ¿Por qué no ha de quejarse él, si ella no hace más que gritar y gritar en el oído bueno de mi marido? ¡Mírenla! Flaca zarrapastrosa. ¿Eso es una mujer o un palo rebozado en barro?

—¡Fíjense en esta curva, qué cerrada! —gritó Mr. Butt—. Aquí, hace dos semanas, ocurrió un accidente terrible. El autobús se despeñó y todos los pasajeros perecieron. Sesenta, setenta vidas por lo menos. ¡Dios! ¡Qué tragedia! Si lo desean, podemos parar a hacer fotografías.

—Sí, pare, pare —suplicaron los pasajeros (cualquier cosa, con tal de que redujera la velocidad), pero Mr. Butt, lejos de parar, aceleró todavía más.

—Ya es tarde —gritó alegremente—. Ya quedó muy atrás. Las peticiones deben hacerse con más antelación para ser atendidas.

«He vuelto a hacerlo —pensaba Harún—. Si ahora nos estrellamos, si quedamos hechos papilla o achicharrados como patatas fritas entre restos humeantes, también será culpa mía.»

Ya se encontraban a mucha altura en los Montes M, y a Harún le parecía que, cuanto más subían, más de prisa iba el Coche Correo. Tan altos estaban que a sus pies, en las gargantas, había nubes y, en las laderas, una nieve gruesa y sucia, y los

pasajeros tiritaban de frío. El único sonido que se oía en el Coche Correo era el castañeteo de dientes. Todos estaban mudos de frío y de miedo y Mr. Butt se concentraba de tal manera en la veloz conducción que hasta había dejado de gritar «Yahuu» y de señalar los puntos en que habían ocurrido los más espeluznantes accidentes.

Harún tenía la sensación de que flotaban en un mar de silencio, de que una ola de silencio los hacía subir y subir hacia las cimas de las montañas. Tenía la boca seca y la lengua rígida y pastosa. Rasid tampoco podía emitir ni un sonido, ni siquiera *craa*. «De un momento a otro —pensaba Harún, y sabía que algo muy similar debía de estar pasando por la cabeza de cada uno de los pasajeros—, voy a ser borrado del mundo como una palabra de una pizarra, una pasada del borrador y habré desaparecido para siempre.» Entonces vio la nube.

El Coche Correo iba lanzado por la cornisa de una estrecha garganta. Delante de ellos, la carretera viraba bruscamente hacia la derecha, y daba la impresión de que saldrían despedidos. Había letreros que advertían del peligro en un lenguaje tan perentorio que ya no rimaba. Si CONDUCES COMO EL DEMONIO, IRÁS A HACERLE COMPAÑÍA, y otro: PUEDES MORIR POCO A POCO O MORIR YA. En aquel momento, una nube emborronada de colores cambiantes, nube de sueño o de pesadillas, subió del fondo del precipicio y se plantó en la carretera. Entraron en ella en el momento de tomar el viraje y, en la súbita oscuridad, Harún oyó a Butt que pisaba el freno con todas sus fuerzas.

Volvió el ruido: gritos y chirrido de neumáticos. «Ya está», pensó Harún. Entonces salieron de la nube en un lugar de paredes lisas que se curvaban hacia un techo en el que brillaban hileras de luces amarillas.

—Túnel —anunció Mr. Butt—. A la salida, el Valle de K. Horas para la puesta de sol: una. Tiempo en túnel: escasos minutos. Vista panorámica: ya muy próxima. Lo dicho: *No hay cuidado*.

Salieron del Túnel de I, y Mr. Butt paró el Coche Correo para que todos pudieran contemplar la puesta de sol más allá del Valle de K con sus campos de oro (que en realidad eran de azafrán), sus montañas de plata (cubiertas de una nieve blanca, pura y reluciente) y su Lago Dull (que por cierto estaba refulgente). Rasid Khalifa abrazó a Harún diciendo:

—Gracias por arreglar esto, hijo, pero reconozco que durante un rato pensé que los arreglados éramos nosotros, es decir, aviados, acabados, finito, *khattam-shud*.

—Khattam-Shud —repitió Harún juntando las cejas—, ¿cómo era aquel cuento que contabas...?

Rasid respondió, como recordando un sueño lejano, muy lejano.

—Khattam-Shud es el Archienemigo de todos los Cuentos y del Lenguaje Mismo —declaró lentamente—. Es el Príncipe del Silencio y el Enemigo del Habla. Y porque todo, los sueños, los cuentos y la vida, acaba, al final de todo figura su nombre: se acabó, nos decimos unos a otros, ya terminó. Khattam-Shud: fin.

—Este lugar empieza a sentarte bien —observó Harún—. Se acabó el *craa*. Ya vuelven tus cuentos fantásticos.

Al bajar al Valle, Mr. Butt conducía despacio y con prudencia.

—Pero pero pero ya no hay Necesidad de Velocidad ahora que ya he cumplido el servicio —explicó a los temblorosos hombres y mujeres de barro que entonces lanzaron furibundas miradas a Harún y Rasid.

Cuando empezaba a oscurecer, pasaron por delante de un letrero en el que originalmente se leía: BIENVENIDOS A K; pero una mano chapucera había agregado unas letras toscamente pintadas y ahora saludaba así: BIENVENIDOS A KOSH-MAR.

—¿Qué es Kosh-Mar? —inquirió Harún.

—Eso es obra de un agitador —dijo Mr. Butt encogiéndose de hombros—. En el Valle no todos son felices, como tal vez puedas descubrir.

—Es una palabra de la antigua lengua de Franj que ya no se habla en la región —explicó Rasid—. En aquellos lejanos tiempos, el Valle que ahora se llama simplemente K tenía otros nombres. Uno de ellos, si mal no recuerdo, era Kache-Mer y otro era éste, Kosh-Mar.

—¿Esos nombres quieren decir algo? —preguntó Harún.

—Todos los nombres quieren decir algo —respondió Rasid—. Déjame pensar. Sí, eso es. Kache-Mer puede traducirse por «lugar que esconde un mar». Pero Kosh-Mar es un nombre menos poético.

—Vamos —insistió Harún—, no puedes dejarlo así.

—En la lengua antigua —reconoció Rasid— quería decir «pesadilla».

Era de noche cuando el Coche Correo llegó a la Terminal de Autobuses de K. Harún dio las gracias a Mr. Butt y se despidió.

—Pero pero pero aquí estaré para llevaros a casa —respondió él—. Los mejores asientos, para vosotros. Sin discusión. Volved cuando hayáis terminado. ¡Estaré preparado y nos iremos! ¡Baruumm! *No hay cuidado*.

Harún temía que esperasen a Rashid más Hombres Airados, pero K era un lugar muy remoto y la noticia de la desastrosa actuación del juglar en la Ciudad de G no había viajado tan de prisa como el Coche Correo de Mr. Butt. Los recibió el Jefe en Persona, el Número Uno del partido mayoritario del Valle, el Candidato de las próximas elecciones en favor del cual Rasid había accedido a hablar. Este Jefe era un individuo de cara tersa y reluciente, vestido con una camisa y un pantalón blancos tan limpios y planchados que su apolillado bigotito parecía prestado; era muy astroso para caballero tan pulcro.

El pulcro caballero saludó a Rasid con una sonrisa de estrella de cine, tan falsa que Harún sintió náuseas.

—Estimado Mr. Rasid —dijo—. Es para nosotros un honor. Una leyenda llega a la ciudad. Si Rasid fracasaba en el Valle de K como había fracasado en la Ciudad de G, pensó Harún, el caballero no tardaría en cambiar de estribillo. Pero Rasid parecía

complacido por el halago y, por el momento, valía la pena soportar todo lo que tuviera la virtud de animarlo—. Mi nombre —agregó el pulcro caballero inclinándose ligeramente la cabeza y dando un taconazo— es Buttú.

—¡Casi como el del conductor del Coche Correo! —exclamó Harún, y el pulcro caballero del bigote apolillado levantó las manos con horror.

—*Ni mucho menos* —chilló—. ¡Un conductor de autobús! ¡Paciente Moisés! ¿Es que no sabes con quién hablas? ¿Tengo yo aspecto de conductor de autobús?

—Bueno, perdón —empezó Harún, pero Mr. Buttú ya se marchaba, muy tieso.

—Respetado Mr. Rasid, al lago —ordenó hablando por encima del hombro—. Los mozos llevarán el equipaje.

Durante los cinco minutos de marcha que había hasta la orilla del Lago Dull, Harún empezó a sentirse francamente inquieto. Mr. Buttú y su grupo (que ahora incluía a Rasid y Harún) estaban rodeados continuamente por ciento un soldados bien armados, y Harún advirtió que la gente de la calle tenía una expresión decididamente hostil. «Hay mal ambiente en la ciudad», se dijo. El que vive en una ciudad triste reconoce las penas al primer vistazo. Se respiran en el aire de la noche cuando los gases de coches y camiones se han disipado y la luna hace que todo parezca más claro. Rasid había venido al Valle porque, en su recuerdo, aquél era el más alegre de todos los lugares, pero, evidentemente, las desgracias habían llegado también hasta aquí arriba.

«¿Qué popularidad puede tener el tal Buttú, si necesita que lo protejan todos estos soldados?», se preguntó Harún. Trató de susurrar a Rasid que quizá el pulcro caballero de la pelusa en el labio no era la persona a la que había que apoyar en la campaña electoral, pero siempre había soldados alrededor. Y entonces llegaron al lago.

Les esperaba una falúa en forma de cisne.

—Sólo lo mejor para el distinguido Mr. Rasid —murmuró en tono deferente el fatuo Mr. Buttú—. Pernoctará en la mejor casa flotante del Lago en calidad de huésped mío. Confío en que no sea excesivamente modesta para una personalidad de su alta condición.

Parecía cortés pero en realidad era insultante, y así lo comprendió Harún. ¿Por qué lo soportaba Rasid? Harún embarcó en la falúa-cisne con un sentimiento de irritación. Unos remeros con uniforme militar empezaron a remar.

Harún miraba las aguas del Lago Dull. Parecían llenas de extrañas corrientes que se entrecruzaban formando intrincados dibujos. La falúa-cisne pasó junto a lo que parecía una alfombra flotante.

—Un huerto flotante —dijo Rasid a Harún—. Esta alfombra se hace con raíces de loto trenzadas y en ella pueden cultivarse hortalizas en el mismo Lago —su voz volvía a tener acento de melancolía.

—No estés triste —murmuró Harún.

—¿Triste? ¿Desgraciado? —chilló Fatuo Buttú—. Sin duda el eminente Mr. Rasid no estará decepcionado por las disposiciones tomadas para atenderle.

Rasid, el juglar, siempre fue incapaz de contar cuentos acerca de sí mismo y

respondió con la verdad:

—No es eso, señor. Es un asunto del corazón.

«¿Por qué tenías que decírselo?», pensó airadamente Harún, pero Mr. Fatuo Buttú se mostró encantado con la revelación.

—No se aflija, único Mr. Rasid —gritó sin el menor tacto—. Aunque ella le haya dejado, *hay muchos más peces en el mar*.

«¿Peces? —pensó Harún, furioso—. ¿Ha dicho peces?» ¿Era su madre un *pomfrit*? ¿Tendría ahora que compararla con un pez taciturno o un tiburón? Realmente, Rasid debería dar un puñetazo en la presumida nariz del tal Mr. Buttú.

El juglar deslizaba una mano por el agua del Lago Dull con ademán indolente.

—Ah, pero tienes que ir lejos, muy lejos, para encontrar un Pez Ángel —suspiró.

Como en respuesta a sus palabras, el tiempo cambió. Un aire cálido empezó a soplar y una niebla fue hacia ellos deslizándose sobre las aguas. Muy pronto ya no pudieron ver absolutamente nada.

«Déjate de Pez Ángel —pensó Harún—. En este momento no puedo ver ni la punta de mi propia nariz.»

3

EL LAGO DULL

Harún ya había olfateado la congoja en el aire nocturno, y la súbita niebla apestaba a pura tristeza y melancolía.

«Debimos quedarnos en casa —pensó—. Allí no faltan las caras largas.»

—¡Uf! —sonó la voz de Rasid Khalifa en la niebla amarillo verdoso—. ¿Quién es el causante de este olor? Vamos, confiese.

—Es la niebla —explicó Harún—. Es la Niebla de la Desesperanza.

—Benévolo Mr. Rasid —exclamó Fatuo Buttú—, parece que el chico quiere disimular su apestoso desahogo con infundios. Temo que se parece mucho a los habitantes de este insensato Valle, que están locos por la simulación. ¡Lo que yo tengo que soportar! Mis enemigos contratan a farsantes del tres al cuarto para que llenen la cabeza de la gente con calumnias acerca de mí, y los ignorantes se las tragan como si fuese leche. Por tal motivo, elocuente Mr. Rasid, he recurrido a usted. Usted les contará cuentos alegres, cuentos de alabanza, y la gente le creerá, se sentirá contenta y me votará.

Apenas Buttú hubo pronunciado estas palabras, un viento fuerte y cálido empezó a soplar en el lago. La niebla se disipó, pero ahora el viento les abrasaba la cara y las aguas se embravecían.

—Este lago no tiene nada de manso —exclamó Harún—. En realidad, es francamente temperamental. Éste debe de ser el País del Humor Variable.

El Cuento del País del Humor Variable era uno de los favoritos de Rasid Khalifa. Hablaba de un país mágico que cambiaba constantemente, según el humor de sus habitantes. En el País del Humor Variable el sol podía brillar toda la noche, si permanecían despiertos los suficientes habitantes, y seguía brillando hasta que la gente empezaba a hartarse de tanto sol; entonces caía una noche irritable, una noche de murmullos, desasosiego y aire enrarecido. Y cuando la gente se enfadaba, la tierra temblaba; y cuando la gente estaba perpleja o poco segura de las cosas, el País del Humor Variable también se embarullaba: la silueta de las casas, de los faroles y de los coches se difuminaba, como un cuadro al que se le hubieran corrido los colores, y entonces podía resultar difícil distinguir dónde acababa una cosa y dónde empezaba otra...

—¿Es cierto? —preguntó Harún a su padre—. ¿Este sitio es el mismo del cuento?

Parecía lógico: Rasid estaba triste, y la Niebla de la Desesperanza había envuelto la falúa-cisne; y, por otra parte, Fatuo Buttú se daba tantos aires que no era de extrañar que hubiera levantado aquel vendaval.

—Lo del País del Humor Variable era sólo un cuento, Harún —respondió Rasid—. Pero esto es un sitio real.

Cuando Harún oyó decir a su padre sólo un cuento, comprendió que el Sha de Bla estaba realmente deprimido, porque sólo la mayor desesperación podía hacerle decir algo tan terrible.

Entre tanto, Rasid se había puesto a discutir con Fatuo Buttú.

—No pretenderá usted que yo cuente sólo cuentos almibarados —protestaba—. No todos los buenos cuentos son de este tipo. A la gente también le gusta lo que hace llorar, si les parece hermoso.

—¡Tonterías, tonterías! —gritó Buttú enfurecido—. ¡Las condiciones de su contrato están clarísimas! ¡Por cuenta mía, hará usted el favor de explicar únicamente cosas amables y de alabanza! ¡Nada de truculencias! Si quiere cobrar, háganos disfrutar.

El viento caliente redobló su fuerza. Rasid se sumió en un mudo abatimiento y la niebla verdeamarilla que olía a retrete resbaló rápidamente hacia ellos sobre las aguas que estaban más revueltas que nunca y chapoteaban contra la borda de la falúa-cisne zarandeándola de un lado a otro de manera alarmante, como si respondieran al furor de Buttú (y también, evidentemente, a la creciente indignación de Harún por el comportamiento de Buttú).

La niebla envolvía una vez más la falúa-cisne y, nuevamente, Harún se quedó sin ver nada. Pero oía voces, y eran voces de pánico: los remeros uniformados gemían «¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Esto se acabó!» y Fatuo Buttú, que parecía tomar las condiciones meteorológicas como una afrenta personal, gritaba colérico; y cuanto más chillaba y se lamentaba él, más se enfurecían las aguas y más tórrido y caliente era el viento. Retumbaba el trueno y los fogonazos de los relámpagos iluminaban la niebla creando curiosos efectos de neón.

Harún decidió entonces que no había más remedio que probar su teoría del País del Humor Variable.

—Atención —gritó en medio de la niebla—, oigan todos. Esto es muy importante: que todo el mundo se calle. Ni una palabra más. Punto en Boca. Es muy importante que, cuando yo diga tres, se haga el silencio absoluto, uno, dos, tres —había en su voz una nota de autoridad que le sorprendió a él tanto como a los demás y que hizo que los remeros y Buttú obedecieran sin rechistar.

Al momento, amainó el viento candente y cesaron los truenos y relámpagos. Entonces Harún hizo un esfuerzo por reprimir su irritación contra Fatuo Buttú y, tan pronto como se controló, las olas se calmaron. Pero la niebla fétida persistía.

—Hazme un favor —dijo Harún a su padre—. Sólo un favor. Piensa en los momentos más felices que puedas recordar. Piensa en la vista del Valle de K que contemplamos al salir del Túnel de I. Piensa en el día de tu boda. Te lo suplico.

Instantes después, la apesadumada niebla se abrió como se desgarraba una camisa vieja, y fue barrida por la brisa nocturna. La luna volvió a reflejarse en las aguas del Lago.

—Ya ves —dijo Harún a su padre—, al fin y al cabo, era algo más que *sólo un*

cuento.

Rasid incluso llegó a soltar una alegre carcajada.

—Harún Khalifa, eres un tipo estupendo para un momento de apuro —dijo moviendo la cabeza con vehemencia—. Hay que descubrirse.

—Ingenio Mr. Rasid —exclamó Fatuo Buttú—, no creerá en los camelos del chico, ¿verdad? Sólo han sido simples fenómenos meteorológicos que se han ido por donde han venido. Y punto.

Harún ahogó los sentimientos que le inspiraba Mr. Buttú. Él sabía lo que sabía: que el mundo real está lleno de magia, por lo que es fácil que los mundos mágicos se hagan realidad.

La casa flotante se llamaba «Las Mil y Una Noches Más Una», ya que Mr. Buttú mantenía que «ni en todas las Mil y Una Noches podrías encontrar una noche igual». Cada ventana tenía forma de pájaro, pez o animal fabuloso: el Ave de Simbad el Marino, la Ballena que se Tragaba a los Hombres, el Dragón que Vomitaba Fuego, etcétera. La luz del interior iluminaba las ventanas y los fabulosos monstruos se divisaban desde lejos en la oscuridad, como si fueran incandescentes.

Harún siguió a Rasid y a Mr. Buttú por una escala, un porche de madera profusamente tallada y una sala con lámparas de cristal, sillones como tronos, almohadones de brocado y mesas de nogal en forma de árboles de copa ancha y aplastada en los que podías ver pájaros y niños con alas que debían de ser hadas. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de libros encuadernados en piel, pero la mayoría eran simulados y escondían armarios de bebidas y de escobas. En uno de los estantes sí había libros de verdad, aunque estaban escritos en una lengua que Harún no entendía y mostraban las ilustraciones más extrañas que viera en su vida.

—Erudito Mr. Rasid —dijo Buttú—, usted, por su profesión, estará interesado en estos libros. Aquí, para su deleite y edificación, está la colección completa de los cuentos que componen *El Océano de las Corrientes de las Historias*. Si alguna vez se le agota el material, aquí lo encontrará en abundancia.

—¿Agotárseme? ¿Qué dice? —exclamó Rasid, temiendo de pronto que Buttú estuviera enterado de los terribles sucesos de la Ciudad de G.

Pero Buttú le dio una palmada en el hombro.

—Susceptible Mr. Rasid, era sólo una broma, una banalidad pasajera, una nube que ahuyenta la brisa. Desde luego, esperamos su recital con toda confianza.

Pero Rasid volvía a estar deprimido. Era el momento de retirarse a descansar.

Los remeros uniformados acompañaron a Rasid y Harún a sus habitaciones, que eran todavía más suntuosas que el salón. En el centro de la de Rasid había un enorme pavo real de madera pintada. Con ademanes teatrales, los remeros levantaron su dorso dejando al descubierto una cama grande y confortable. Harún, en su habitación, encontró una tortuga, también de tamaño gigante, que se convirtió en cama cuando los remeros le quitaron el caparazón. A Harún le daba cierto reparo acostarse en una tortuga sin la concha, pero, recordando sus buenos modales, dijo:

— Muchas gracias, es muy agradable.

— ¿Muy agradable? — tronó Fatuo Buttú desde la puerta—. ¡Insensato mozalbete, te hallas a bordo de «Las Mil y Una Noches Más Una»! ¡Muy agradable es una calificación muy pobre! Reconoce que esto es, por lo menos, *Super-Maraviglioso*, *Inefable*, y totalmente *Fantastique*.

Rasid lanzó a Harún una mirada que decía: «Debimos tirarlo al lago cuando tuvimos ocasión», e interrumpió los aspavientos de Buttú para decir:

— Como dice Harún, esto es, desde luego, muy agradable. Ahora nos vamos a dormir. Buenas noches.

Buttú regresó a su falúa-cisne con gesto de dignidad ofendida.

— Si la gente no tiene gusto — dijo a modo de despedida —, es vano empeño pretender que aprecien las cosas buenas. Mañana, desagradecido Mr. Rasid, le toca a usted. Veremos lo «agradable» que lo encuentra su auditorio.

Aquella noche, Harún no podía dormir. Acostado en la tortuga con su camión favorito (rojo intenso con parches púrpura), estuvo dando vueltas y más vueltas y cuando, por fin, estaba a punto de caer, lo despertaron unos ruidos procedentes de la contigua habitación de Rasid: crujidos, golpes, gemidos y cuchicheos y, finalmente, un lamento ahogado:

— ¡Es inútil..., no puedo..., estoy acabado, acabado para siempre!

Andando de puntillas, Harún se acercó a la puerta de comunicación, abrió con cautela sólo una rendija y atisbo. Vio al Sha de Bla con un camión azul, liso, sin parches púrpura, que paseaba desesperado alrededor de la cama del pavo real, murmurando para sí y haciendo crujir y gemir las tablas del suelo.

— Sólo cuentos de alabanza. Apañosados estamos. Yo soy el Océano de la Fantasía y no el lacayo de nadie. Pero ¿qué estoy diciendo? Si cuando suba al escenario de mi boca no saldrá nada más que *craas*. Entonces me harán pedazos y todo habrá acabado para mí, finito. ¡*Khattam-shud!* Más vale que deje de engañarme a mí mismo, que me rinda, que me retire, que anule el abono. Porque la magia se acabó, se acabó para siempre en el momento en que ella se marchó.

Luego se volvió y miró fijamente a la puerta de comunicación.

— ¿Quién está ahí? — gritó.

Harún no tuvo más remedio que decir:

— Soy yo. No podía dormir. Debe de ser la tortuga — agregó—. Demasiado original.

Rasid asintió muy serio.

— Es curioso, pero yo tampoco me acostumbro a este pavo real. Me parece que preferiría una tortuga. ¿Qué te parece a ti el pájaro?

— Mucho mejor — reconoció Harún—. El pájaro me parece bien.

Y Harún y Rasid intercambiaron habitaciones; y por esta razón el Genio del Agua que aquella noche visitó «Las Mil y Una Noches Más Una» y se coló en la Habitación del Pavo Real se encontró con un chico de su mismo tamaño que, en

lugar de dormir, lo miraba fijamente a la cara.

Para ser exactos, Harún empezaba a quedarse traspuesto cuando lo despertó un crujido, un golpe, un gruñido y un lamento; por ello, lo primero que pensó fue que su padre no había encontrado la tortuga mucho más cómoda que el pavo real. Entonces advirtió que los ruidos no venían de la Habitación de la Tortuga sino de su propio cuarto de baño. La puerta del cuarto de baño estaba abierta y la luz, encendida, y Harún vio, recortándose en el vano de la puerta, una figura casi indescriptible, de tan asombrosa.

Tenía por cabeza una cebolla enorme y por piernas, dos enormes berenjenas; en una mano, sostenía una caja de herramientas y, en la otra, algo parecido a una llave inglesa. ¡Un ladrón!

Harún se acercó sigilosamente al cuarto de baño. La criatura que había en su interior refunfuñaba entre dientes sin parar.

—Siempre abriendo y cerrando. El individuo viaja hasta aquí y yo tengo que venir a instalarlo con toda urgencia, sin que importe mi programa de trabajo. Pero entonces él va y anula el abono y adivina a quién le toca venir a desmontar la instalación. Anda, déjalo todo y ven corriendo, como si tuvieras que apagar un fuego... ¿Dónde pondría yo el dichoso chisme? ¿Alguien ha estado manipulando? Es que ya no puede uno fiarse de nadie. Bueno, bueno, bueno, vayamos por partes. Grifo agua caliente, grifo agua fría, equidistantes uno de otro, un palmo hacia arriba y ahí tiene que estar el Grifo de las Historias... ¿Y dónde se ha metido? ¿Quién lo ha birlado...? A ver, a ver, ¿qué hay aquí? Ajajá, ¿conque aquí estabas? Creías que podías escabullirte, pero ya te tengo. Bueno. Desconectemos.

Durante este extraño monólogo, Harún Khalifa fue moviendo la cabeza muy despacio, muy despacio, hasta que asomó medio ojo por el borde de la puerta y miró al cuarto de baño. Y allí vio a un viejecito no más alto que él, con un enorme turbante púrpura (la «cebolla») y unos bombachos de seda recogidos en los tobillos (las «berenjenas»). El hombrecillo lucía unas barbas imponentes de un color insólito: el más delicado azul celeste.

Harún nunca había visto pelo azul, y se inclinó un poco con curiosidad; entonces, con gran espanto, oyó que bajo sus pies una tabla del suelo emitía un crujido potente e inconfundible. El barba celeste empezó a girar rápidamente sobre sí mismo, dio tres vueltas completas al cuarto de baño y desapareció; pero, con la prisa, dejó caer la llave inglesa. Harún se precipitó al cuarto de baño, la recogió del suelo y la abrazó con fuerza.

Poco a poco, y de mala gana (aunque Harún no podía estar seguro, porque nunca había visto materializarse a nadie), el barbitas reapareció en el cuarto de baño.

—Nada de bromas, hasta aquí podíamos llegar, se acabó lo que se daba, bueno está lo bueno —dijo secamente—. Dame eso.

—No —respondió Harún.

—El Desconector —dijo el otro señalando la herramienta— Devolución

inmediata, restitución a legítimo propietario; venga, suelta ya.

Entonces Harún observó que la herramienta que tenía en la mano no se parecía a una llave inglesa más que la cabeza del barbas a una cebolla: en otras palabras, tenía forma de llave inglesa, pero era más fluida que sólida y estaba hecha por miles de venitas en las que circulaban líquidos de distintos colores, unidas entre sí por una fuerza invisible e increíble. Era muy bella.

—No pienso devolvértela hasta que me digas qué has venido a hacer aquí —dijo Harún con firmeza—. ¿Eres un ladrón? ¿Llamo a la policía?

—Misión imposible de divulgar —respondió el hombrecillo, malhumorado—. *Top secret*, información clasificada, sólo para sus ojos; desde luego, no apta para chicos descarados con camión rojo y púrpura que se apropian de lo ajeno y llaman ladrones a los demás.

—Está bien —dijo Harún—. Despertaré a mi padre.

—No —dijo rápidamente el barba azul—. Adultos, no. El reglamento lo prohíbe, peligra mi empleo. ¡Oh, ya me parecía a mí que éste iba a ser un mal día!

—Estoy esperando —dijo Harún con severidad. El hombrecillo se irguió en toda su estatura.

—Soy Iff, Genio del Agua —dijo hoscamente—, del Océano de las Corrientes de las Historias.

A Harún le dio un vuelco el corazón.

—¿Pretendes hacerme creer que eres uno de esos genios de los que me habla mi padre?

—Proveedor de Agua de Historias, del Gran Mar de las Historias —dijo el otro con una reverencia—. Ni más ni menos; el mismo; servidor; ése soy yo. Sin embargo, lamento manifestar que el caballero ya no requiere el servicio; ha cesado en sus actividades narrativas, ha arrojado la toalla, se ha retirado. Se ha dado de baja del suministro. Mi visita tiene por objeto proceder a la correspondiente Desconexión. Sírvasse devolver Herramienta y dejar de entorpecer mi cometido.

—No tan aprisa —dijo Harún, que estaba atónito por haber descubierto no sólo que los Genios del Agua existían realmente y que el Gran Mar de las Historias no era sólo un cuento, sino también que Rasid había abandonado, dimitido, puesto punto en boca—. No te creo —dijo a Iff, el Genio—. ¿Cuándo te ha enviado el aviso? Yo no me ha apartado de su lado casi ni un momento.

—Lo envió por el conducto habitual —dijo Iff encogiéndose de hombros—. Un PECPE.

—¿Un qué?

—Muy sencillo —dijo el Genio del Agua con sonrisa perversa—: un Proceso Excesivamente Complicado Para Explicarlo —y, al ver tan consternado a Harún, agregó—: En este caso, se utilizan Radiaciones Mentales. Nosotros estamos a la escucha y sintonizamos con su pensamiento. Es tecnología avanzada.

—Avanzada o no, esta vez te equivocaste, te colaste, metiste la pata —replicó Harún. Entonces advirtió que empezaba a hablar como el Genio del Agua y sacudió la cabeza para despejarla—. Mi padre no ha abandonado. No puedes cortarle el

suministro de Agua de Historias.

—Yo obedezco órdenes —dijo Iff—. Las reclamaciones deben dirigirse al Gran Controlador.

—¿Gran Controlador de qué? —preguntó Harún.

—Del Proceso Excesivamente Complicado Para Explicarlo, por supuesto. Edificio PECPE, Ciudad de Gup, Kahani. A la atención de la Morsa.

—¿Quién es la Morsa?

—Es que no prestas atención —respondió Iff—. En el Edificio PECPE de la Ciudad de Gup trabajan muchas personas brillantes, pero sólo un Gran Controlador, la Morsa. Los demás son los Cabezas de Huevo. ¿Te vas enterando? ¿Lo tienes ya?

Harún absorbía la información.

—¿Y cómo llega la carta?

El Genio del Agua rió entre dientes.

—La carta no llega —respondió—. Ahí puedes ver toda la belleza del sistema.

—Pues no la veo —respondió Harún—. De todos modos, aunque tú le cortes el Agua de Historias, mi padre seguirá contándolas.

—Cualquiera puede contar historias —respondió Iff—. Los farsantes, los charlatanes y los embaucadores, por ejemplo. Pero, para contar historias con ese Algo Especial, ah, para eso hasta los mejores cuentistas necesitan Agua de Historias. Para contar cuentos se necesita combustible, lo mismo que para conducir un coche; y, si no tienes el Agua, te quedas sin Energía.

—¿Y por qué tengo yo que creer ni una sola de tus palabras —arguyó Harún—, si en este cuarto de baño no puedo ver más que una bañera, un wáter, un lavabo y unos grifos normales y corrientes, Fría y Caliente?

—Toca aquí —dijo el Genio del Agua, señalando el espacio vacío, a un palmo por encima del lavabo—. Golpea con la Herramienta de Desconexión este sitio, en el que tú crees que no hay nada.

Receloso, temiendo algún truco, y no sin antes ordenar al Genio del Agua que se apartara, Harún hizo lo que se le indicaba. *Ding*, se oyó cuando la Herramienta de Desconexión chocó con algo perfectamente sólido e invisible.

—Por ahí resopla —gritó el Genio del Agua sonriendo ampliamente—. El Grifo de las Historias, *voilà*.

—Sigo sin entenderlo —dijo Harún cejijunto—. ¿Dónde *está* ese Océano? ¿Y cómo llega a este Grifo Invisible el Agua de Historias. ¿Dónde están las cañerías? —vio el brillo malicioso en los ojos de Iff y respondió a su propia pregunta con un suspiro—: No digas nada, ya lo sé. Por un Proceso Excesivamente Complicado Para Explicarlo.

—Has dado en el clavo —dijo el Genio del Agua—. Blanco a la primera, impacto total.

Entonces Harún Khalifa tomó la que sería la decisión más trascendental de su vida.

—Mr. Iff —dijo cortés pero firmemente—, llévame a la Ciudad de Gup, a ver a la Morsa, para que pueda deshacer este malentendido acerca del suministro de Agua

a mi padre, antes de que sea tarde.

Iff movió la cabeza y abrió los brazos.

—Imposible —dijo—. No se puede, no está en la carta, ni lo sueñes. El acceso a la Ciudad de Gup, Kahani, por las costas del Océano de las Corrientes de las Historias está prohibido a todo el mundo salvo a personal autorizado como, por ejemplo, yo. ¿Tú? Ni hablar, ni en un millón de años, ni en broma.

—En tal caso —dijo Harún dulcemente—, vas a tener que regresar sin esto —y agitó la Herramienta de Desconexión delante del barbas azules—. A ver qué dicen a esto.

Se hizo un largo silencio.

—Vale —dijo el Genio del Agua—. Me tienes bien cogido, trato hecho. Andando, en marcha, vámonos. O sea, adelante, *ya*.

A Harún el corazón le bajó rápidamente a los pies.

—¿Quieres decir *ahora*? —tartamudeó.

—Ahora —dijo Iff.

Harún aspiró lenta y profundamente.

—Está bien —dijo—. Así pues, ahora.

4

IFF Y BUTT

—Escoge un pájaro —ordenó el Genio del Agua—. Cualquier pájaro.

Esto era desconcertante.

—El único pájaro que hay aquí es un pavo real de madera —dijo Harún, con toda la razón.

Iff resopló con impaciencia.

—Uno también puede elegir algo que no tenga delante —dijo como si explicara algo muy fácil a un individuo muy tonto—. Uno puede dar el nombre de un pájaro aunque el ave no esté presente ni sea normal: cuervo, codorniz, colibrí, ruiseñor, estornino, papagayo, milano; uno puede elegir, incluso, una criatura voladora imaginaria, por ejemplo: caballo con alas, tortuga voladora, ballena aérea, serpiente espacial o ratón aéreo. Dar nombre a una cosa, etiquetarla, ponerle un asa, rescatarla del anonimato, en suma, identificarla... es una manera de darle el ser. En este caso, puedes crear al susodicho pájaro u Organismo Volador Imaginario.

—Eso tal vez sea así en el lugar del que tú vienes —dijo Harún—. Pero en estos parajes rigen reglas más estrictas.

—En estos parajes —repuso el barbiazulado Iff— tengo que perder el tiempo con un Ladrón de Desconectores que no se fía de lo que no puede ver. ¿Y qué has visto tú, Ladronzuelo? ¿Has visto África? ¿No? Entonces, ¿existe de verdad? ¿Y los submarinos? ¿Eh? ¿Y el granizo, y el béisbol y las pagodas? ¿Y las minas de oro? ¿Y los canguros, el Fujiyama, y el Polo Norte? ¿Y el pasado, sucedió? ¿Y el futuro, llegará el futuro? Tú fíate sólo de lo que ves y te encontrarás en un berenjenal, con el agua al cuello, en un buen fregado.

Dichas estas palabras, el genio metió la mano en sus aberenjenados bombachos y luego la sacó cerrada.

—Echa un vistazo al contenido —abrió la mano, y a Harún casi se le saltaron los ojos de las órbitas.

Por la palma de la mano del Genio del Agua caminaban unos pájaros diminutos que picoteaban y despleaban sus alas en miniatura para revolotear. Y, además de pájaros, había fabulosas criaturas aladas de leyenda: un león asirio con cabeza de hombre barbudo y grandes y peludas alas; y monos con alas, platillos voladores, ángeles menuditos y peces que levitaban (y, al parecer, respiraban aire).

—¿Qué prefieres? Elige, escoge —invitaba Iff.

Y, aunque a Harún le parecía evidente que las mágicas criaturas eran tan pequeñas que no podrían transportar ni una uña mordida, decidió no discutir y señaló un pajarito con cresta que le miraba de soslayo con un ojo muy inteligente.

—Entonces nos iremos en la Abubilla —dijo el Genio del Agua casi impresionado—. Quizá sepas, Ladrón de Desconectores, que en los viejos cuentos, la Abubilla es el pájaro que conduce a todos los otros pájaros a su destino a través de muchos peligros. Bien, bien. Quién sabe, joven Ladronzuelo, lo que puedes resultar. Pero no tenemos tiempo que perder en cábalas —concluyó, se acercó rápidamente a la ventana y lanzó a la pequeña Abubilla a la oscuridad.

—¿Qué haces? —susurró Harún, que no quería despertar a su padre.

A lo que Iff respondió con su sonrisa perversa:

—Una ocurrencia tonta —dijo inocentemente—. Una excentricidad, un capricho. Desde luego, no porque yo sepa de estas cosas más que tú, pobre de mí.

Harún corrió a la ventana y vio a la Abubilla flotando en el Lago Dull, pero ahora era grande, tan grande como una cama de matrimonio; desde luego, lo bastante grande para que un Genio del Agua y un niño pudieran montar en ella.

—En marcha —exclamó Iff en voz demasiado alta para el gusto de Harún, y el Genio del Agua se subió al alféizar y saltó al lomo de la Abubilla; y Harún, sin apenas pararse a pensar si lo que iba a hacer era prudente, vestido todavía con su camisión rojo con parches púrpura y sujetando fuertemente la Herramienta de Desconexión con la mano izquierda, le siguió.

Cuando el chico se sentó detrás del Genio del Agua, la Abubilla volvió la cabeza para inspeccionarlo con ojo crítico pero (por lo menos, así lo esperaba Harún) también amistoso.

Y entonces despegaron y se elevaron rápidamente hacia el cielo.

La fuerza de la aceleración hacía que Harún se hundiera en las plumas suaves, mullidas y, en cierto modo, «peludas» del lomo de la Abubilla, plumas que parecían envolver a Harún para protegerlo durante el vuelo. Harún se tomó unos momentos para digerir el cúmulo de cosas asombrosas que habían ocurrido en poco tiempo.

Pronto estaban volando tan de prisa que la Tierra y el cielo se desdibujaron, lo cual dio a Harún la sensación de que no se movían en absoluto, sino que planeaban en un espacio imposible y borroso. «Cuando Butt, el Conductor del Coche Correo, subía como un cohete por los Montes M, yo tenía esta misma sensación de flotar —recordó—. ¡Pensándolo bien, esta Abubilla, con su cresta de plumas, me recuerda un poco al viejo Butt, con su pelo tieso! Y si las barbas de Butt me recuerdan un poco las plumas de un pájaro, las plumas de esta Abubilla, según advertí cuando despegamos, tienen tacto de pelo.»

El ave volvió a acelerar y Harún gritó al oído de Iff:

—Ningún pájaro puede volar tan de prisa. ¿No será una máquina?

La Abubilla lo miró fijamente con su brillante ojo.

—¿Tienes algo en contra de las máquinas? —preguntó con una voz recia y potente, idéntica a la del Conductor del Coche Correo. Y acto seguido agregó—: Pero pero tú me has confiado tu vida. Entonces, ¿no merezco un poco de respeto? Las máquinas también tienen su amor propio. No pongas esa cara de asombro, no es culpa mía si te recuerdo a alguien; por lo menos, es un conductor, un individuo amante de las máquinas veloces.

—Tú me lees el pensamiento —dijo Harún con tono acusador, porque no era muy agradable que un pájaro mecánico le pinchara sus íntimas reflexiones.

—Pero pero pero por supuesto —respondió la Abubilla—. Además, me comunico contigo por telepatía, porque, como puedes observar, no muevo el pico, el cual conserva su actual configuración por razones de aerodinámica.

—¿Y cómo lo haces? —preguntó Harún.

Y, con la velocidad del rayo, le llegó la inevitable respuesta:

—Por un PECPE, Proceso Excesivamente Complicado Para Explicarlo.

—Me rindo —dijo Harún—. De todos modos, ¿tienes nombre?

—El nombre que tú quieras —respondió el pájaro—. ¿Podría sugerirte, por razones obvias, el de «Butt»?

Y así fue como Harún Khalifa, el hijo del juglar, surcaba el cielo nocturno a lomos de Butt, la Abubilla, llevando de guía a Iff, el Genio del Agua. Salió el sol; y al cabo de un rato, Harún divisó algo a lo lejos, un cuerpo celeste parecido a un gran asteroide.

—Es Kahani, la segunda Luna de la Tierra —dijo Butt, la Abubilla, sin mover el pico.

—Pero pero pero —tartamudeó Harún (lo que divirtió a la Abubilla)—, ¿no tiene la Tierra una sola Luna? ¿Cómo ha podido el segundo satélite permanecer ignorado durante tanto tiempo?

—Pero pero pero es por la Velocidad —respondió la Abubilla—. ¡Velocidad, la más Necesaria de las Cualidades! En cualquier Emergencia (fuego, coche, naufragio), ¿qué es lo que se requiere por encima de todas las cosas? Desde luego la Velocidad: de bomberos, ambulancia, barco de socorro. ¿Y qué es lo que más estimamos de un buen cerebro? ¿No es su Rapidez de Pensamiento? ¡Y en el deporte, la Velocidad (del pie, la mano, el ojo) es Esencial! Y si los humanos no pueden hacer algo con la suficiente rapidez, construyen máquinas para que lo hagan más aprisa. ¡Velocidad, Supervelocidad! De no ser por la Velocidad de la Luz, el universo sería oscuro y frío. Pero si la Velocidad trae la luz para revelar, también puede utilizarse para ocultar. La Luna Kahani viaja a tanta velocidad, ¡maravilla de las maravillas!, que no hay instrumento terrestre que pueda detectarla. Además, su órbita varía en un grado a cada ciclo, de manera que en trescientas sesenta órbitas ha sobrevolado todos los lugares de la Tierra. La Variabilidad del Comportamiento ayuda a la Evasión de la Detección. Pero la variación orbital tiene otras importantes finalidades: la red de distribución de Agua de Historias debe extenderse por todo el planeta de forma regular. ¡Bum! ¡Barum! Y esto sólo puede conseguirse a Gran Velocidad. ¿Te das cuenta de las ventajas de las Máquinas?

—¿Es que la luna Kahani es accionada por medios mecánicos? —preguntó Harún, pero Butt había concentrado su atención en cuestiones prácticas.

—Se acerca la Luna —dijo sin mover el pico—. Velocidad relativa, sincronizada. Iniciado proceso de aterrizaje. Contacto dentro de treinta segundos, veintinueve, veintiocho...

Ascendía rápidamente hacia ellos una extensión de agua reluciente y

aparentemente infinita. La superficie de Kahani —en lo que alcanzaba la mirada de Harún— parecía enteramente líquida. ¡Y qué agua aquélla! Reluciente y multicolor, un brillante abigarramiento de unos colores que Harún nunca hubiera podido imaginar. Y, evidentemente, era un océano cálido; Harún veía cómo se elevaba de él un vapor que la luz del sol hacía fosforescente. Contuvo la respiración.

—El Océano de las Corrientes de las Historias —dijo Iff, el Genio del Agua, mientras las barbas se le esponjaban de orgullo—. ¿No vale la pena haber venido desde tan lejos y tan aprisa para verlo?

—Tres —decía Butt, la Abubilla, sin mover el pico—, dos, uno, cero.

Agua, agua por todas partes; ni rastro de tierra...

—Esto es un engaño —exclamó Harún—. O mucho me equivoco, o aquí no está la Ciudad de Gup. Y, si no está la Ciudad de Gup, tampoco está el edificio PECPE, ni está la Morsa, ni habrá servido de nada venir.

—Para el carro —dijo el Genio del Agua—, no te sulfures, no te subas a la parra, ten correa. Las necesarias explicaciones te serán dadas si tú lo permites.

—Pero esto es el Confín del Mundo —prosiguió Harún—. ¿Qué quieres que yo haga aquí?

—Para ser exactos, esto es el Norte Profundo de Kahani —respondió el Genio del Agua—. Y aquí hemos venido a buscar un atajo, supresión de trámites burocráticos, la forma de evitar el papeleo. Además, en honor a la verdad, debo reconocer que también aquí tenemos el medio de resolver nuestro pequeño problema sin necesidad de explicar a las autoridades de Gup mi pequeño error, es decir, pérdida de Herramienta de Desconexión y subsiguiente chantaje de Ratero. Hemos venido en busca del Agua de los Deseos.

—Hay que ir a las zonas de Océano más brillantes —agregó Butt, la Abubilla—. Es el Agua de los Deseos. Si la utilizas debidamente, puede hacer que tus deseos se conviertan en realidad.

—De este modo, la gente de Gup no tiene por qué enterarse —prosiguió Iff—. Cuando se te conceda el Deseo, me devuelves la Herramienta, te vas a la cama y colorín colorado. ¿Vale?

—Ah, bueno, bueno —dijo Harún no muy convencido y también, a qué negarlo, con una pizca de desilusión, porque él estaba deseando ver la Ciudad de Gup y averiguar algo acerca de los misteriosos Procesos Excesivamente Complicados Para Explicarlos.

—Eres un sol —gritó Iff con gran alivio—, un buen tío, un as, el candidato del pueblo. ¡Y ahora alerta! ¡Agua de los Deseos a la vista!

Butt, maniobrando con tiento, se dirigió hacia la zona resplandeciente que Iff señalaba con vehemencia y se detuvo en el borde. El Agua de los Deseos tenía unos fulgores tan vivos que Harún tuvo que desviar la mirada. Entonces Iff, el Genio del Agua, metió la mano en su chalequito bordado en oro y sacó un frasco de cristal tallado con tapón de oro. Desenroscó rápidamente el tapón, introdujo el frasco en la

resplandeciente agua (que también tenía brillo de oro) y, después de poner el tapón, pasó el frasco a Harún con cuidado.

—En sus marcas, preparados, allá va —dijo—. Escuchar es lo que tienes que hacer.

El secreto del Agua de los Deseos era éste: cuanto más fervor ponías en el deseo, mejor funcionaba.

—Conque de ti depende —dijo Iff—. Déjate de pamplinas, ve al grano, pon manos a la obra y el Agua de los Deseos funcionará. ¡Y bingo! Tu deseo se habrá cumplido.

Harún, a horcajadas en la Abubilla Butt, miraba fijamente el frasquito que tenía en la mano. ¡Un sorbo y podría conseguir que su padre recuperara el Pico de Oro!

—¡Adentro! —gritó valerosamente; quitó el tapón; y tomó un buen trago.

Ahora el resplandor dorado estaba alrededor de él y también dentro de él; y todo estaba muy quieto, como si el universo entero esperase sus órdenes.

Empezó a concentrar su pensamiento...

No podía. Cada vez que trataba de pensar en los poderes narrativos de su padre y en la cancelación de su abono de Agua de Historias, la figura de su madre se empeñaba en interponerse, y él empezaba a desear que ella volviera, que todo fuera otra vez como antes... y entonces volvía la cara de su padre, suplicante, «hazme este favor, hijo, este pequeño favor nada más»; y otra vez su madre, y él no sabía qué pensar ni qué desear.

Hasta que oyó un sonido desgarrador, como si mil y una cuerdas de violín se hubieran roto de golpe y el resplandor dorado se apagó, y Harún volvió a verse con Iff y la Abubilla en el Mar de las Historias.

—Once minutos —dijo el Genio del Agua con desdén—. Once minutos y la concentración que se va, ka-bam, ka-bum, ka-put.

Harún bajó la cabeza, avergonzado.

—Pero pero pero esto es una vergüenza, Iff —dijo la Abubilla Butt sin mover el pico—. Como sabes muy bien, formular deseos no es fácil. Tú, señor Genio del Agua, estás disgustado por tu propio error, porque ahora no hay más remedio que ir a la Ciudad de Gup y allí tendrás que aguantar un buen rapapolvo, y quieres hacérselo pagar al chico. ¡Basta ya! ¡Basta o me enfado!

(Realmente, era una máquina muy vehemente y excitable, pensó Harún, a pesar de su tribulación. Se suponía que las máquinas eran hiperracionales, pero este pájaro podía mostrarse de lo más temperamental.)

Iff, al ver el sonrojo de humillación que cubría la cara de Harún, se ablandó un poco.

—Pues vámonos a la Ciudad de Gup —dijo—. A no ser, claro, que prefieras devolverme la Herramienta de Desconexión y nos olvidemos del asunto.

Harún negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Pero pero pero tú no dejas en paz al chico —protestó Butt, la Abubilla, sin mover el pico—. ¡Cambia de plan, por favor, ya! Iniciar inmediatamente proceso de animación. Haz beber al chico un cuento alegre.

—Basta de bebida —dijo Harún con un hilo de voz—. ¿En qué vas a hacerme fracasar ahora? Entonces Iff el Genio del Agua habló a Harún del Océano de las Corrientes de las Historias y, aunque el chico se sentía apesadumbrado y fracasado, la magia del Océano empezó a surtir efecto. Miró las aguas y vio que estaban formadas por mil mil mil y una corrientes diferentes, cada una de un color, que se entretejían como un tapiz líquido formando un bordado de una complejidad que te cortaba la respiración. Iff explicó que eran las Corrientes de las Historias y que cada una de aquellas hebras de colores representaba y contenía una sola historia. Las distintas zonas del Océano almacenaban distintas clases de historias y, puesto que allí podían hallarse todas las historias que se habían contado y muchas que todavía estaban en proceso de invención, el Océano de las Corrientes de las Historias era, en realidad, la mayor biblioteca del universo. Y, puesto que las historias estaban archivadas en forma fluida, conservaban la facultad de cambiar y transformarse en nuevas versiones de sí mismas, de unirse a otras historias y convertirse en historias diferentes; de manera que, a diferencia de una biblioteca de libros, el Océano de las Corrientes de las Historias era mucho más que un almacén de relatos. No estaba muerto, sino vivo.

—Y si tienes mucho, mucho cuidado o mucha, mucha habilidad, puedes meter una tacita en el Océano —dijo Iff a Harún—. Así... —y sacó una tacita de oro de otro bolsillo del chaleco—. Hay que llenar la taza de una única corriente pura... así... —y lo hizo—, y se la das a un chico que esté triste, para que la magia del cuento le anime. Vamos, toma un trago, empina el codo, échatelo al gazaite —terminó Iff—. Te garantizo que te sentirás de primera.

Harún, sin decir palabra, tomó la tacita de oro y bebió.

Se encontró en un paisaje que parecía un tablero de ajedrez gigante. En cada cuadro negro había un monstruo: serpientes de dos lenguas, leones con tres hileras de dientes, perros de cuatro cabezas, reyes diablo de cinco cabezas, etcétera. Él, por así decirlo, miraba a través de los ojos del joven héroe del cuento. Era como ir en el asiento del pasajero; lo único que tenía que hacer era mirar, mientras el héroe iba despachando monstruo tras monstruo y avanzaba por el tablero hacia la torre blanca del extremo. En lo alto de la torre había (y qué iba a haber) una sola ventana, a la que estaba asomada (y quién iba a estar) una princesa cautiva. Lo que Harún estaba viviendo sin saberlo era el Cuento de Rescate de Princesa Número S/1001/ZHT/420/41/(r)xi: y, dado que la princesa de este cuento en particular se había cortado el pelo hacía poco y, por lo tanto, no tenía trenzas que soltar (a diferencia de la heroína del Cuento de Rescate de Princesa G/1001/ RIM/777/M(w)i, más conocido por «Rapunzel», Harún, en su calidad de héroe, tenía que trepar por la pared de la torre, agarrándose con manos y pies a las ranuras que había entre las piedras.

Estaba a mitad de la ascensión cuando advirtió que una de sus manos empezaba a cambiar, se hacía peluda y perdía su forma humana. Entonces los brazos le reventaron las mangas de la camisa, y él vio que también eran peludos y largos y

tenían articulaciones en lugares insólitos. Entonces bajó la mirada y vio que otro tanto estaba ocurriéndoles a sus piernas. Cuando de sus costados empezaron a salirle nuevas extremidades, comprendió que estaba convirtiéndose en un monstruo como los que acababa de matar; y la princesa, en lo alto de la torre, se llevó las manos a la garganta y exclamó con voz desfallecida:

—Eek, amor mío, en gigantesca araña te has convertido.

Ahora que era araña podía subir de prisa; pero, cuando llegó a la ventana, la princesa sacó un gran cuchillo de cocina y empezó a clavárselo en las patas, gritando rítmicamente:

—Fuera, araña, vete a tu casa.

Sentía que se le iban las fuerzas y que apenas podía sujetarse a las piedras, y cuando ella consiguió cortarle el brazo que tenía más cerca, él cayó al vacío...

—Despierta, corta el rollo, vuelve —oía que Iff decía, angustiado.

Harún abrió los ojos y se encontró tendido en el lomo de Butt la Abubilla. Iff estaba a su lado, con gesto de preocupación y también de mosqueo, porque Harún, a pesar de todo, no había soltado la Herramienta de Desconexión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Iff—. Supongo que habrás salvado a la princesa y habréis caminado hacia la puesta de sol cogidos de la mano, ¿no? Entonces, ¿a qué viene tanto gemido, gruñido, retorcimiento y agitación? ¿Es que no te gustan los Cuentos de Rescate de Princesa?

Harún contó lo que le había sucedido en el cuento y tanto Iff como Butt se quedaron muy serios.

—No me lo puedo creer —dijo Iff al fin—. Es inaudito, sin parangón, nunca en la vida...

—Casi me alegro de oírlo —dijo Harún—. Porque empezaba a pensar que ése no era el método *más* indicado para animarme.

—Es la contaminación —dijo el Genio del Agua, compungido—. ¿No lo entiendes? Alguien o algo ha estado echando basura al Océano. Y, evidentemente, si en los cuentos entra basura, se corrompen. Abubilla, hace demasiado tiempo que falta de aquí. Si la contaminación ha llegado hasta esta zona del Norte Profundo, en la Ciudad de Gup la situación debe ser crítica. ¡De prisa, de prisa! ¡Todo avante! Esto puede significar la guerra.

—¿La guerra contra quién? —preguntó Harún.

Iff y Butt tuvieron un estremecimiento de algo muy parecido al miedo.

—Contra el País de Chup, situado en el Lado Oscuro de Kahani —respondió Butt la Abubilla sin mover el pico—. Esto parece obra del jefe de los chupwalas, el Maestro del Culto de Bezaban.

—¿Y ése quién es? —insistió Harún, que empezaba a desear haberse quedado en la cama-pavo real, en lugar de liarse con Genios de Agua y Herramientas de Desconexión, Abubillas mecánicas parlantes y celestes océanos de cuento.

—Se llama... —susurró el Genio del Agua y, al ser pronunciado el nombre, el

cielo se oscureció un momento—: Khattam-Shud.

En el lejano horizonte, por un instante brilló un rayo en forma de tridente. Harún sintió que se le helaba la sangre.

5

DE GUPIÉS Y CHUPWALAS

Harún no había olvidado lo que decía su padre acerca de Khattam-Shud. «Muchas ideas fantásticas están resultando ciertas», pensó. Al momento, la Abubilla Butt respondió sin mover el pico:

—Valiente Luna de Cuento sería nuestra Kahani si no hubiera por todas partes cosas de libro de cuentos.

Y Harún tuvo que reconocer que *ésta* era una observación razonable.

Avanzaban rumbo al Sur, camino de la Ciudad de Gup. La Abubilla había optado por permanecer a ras de agua, y navegaba como una lancha lanzando en todas direcciones espuma de las Corrientes de las Historias.

—¿Y no revuelve las historias? —preguntó Harún—. Toda esta turbulencia debe de mezclar unas cosas y otras terriblemente.

—¡No hay cuidado! —gritó Butt, la Abubilla—. Todo cuento que se estime puede resistir un poco de agitación. ¡Baruum!

Harún, abandonando lo que, evidentemente, no era un tema de conversación muy productivo, pasó a cosas más importantes.

—Dime algo más acerca de ese tal Khattam-Shud —pidió, y se quedó vivamente asombrado cuando Iff respondió casi con las mismas palabras que utilizara Rasid Khalifa:

—Es el Archienemigo de todos los Cuentos y hasta del Lenguaje. Es el Príncipe del Silencio y el Adversario del Habla. Por lo menos —y aquí el Genio del Agua abandonó el tono un tanto grandilocuente de sus anteriores palabras—, eso dicen. Cuando se trata del País de Chup y de sus habitantes, los chupwalas, todo son conjeturas y presunciones, porque hace generaciones que ninguno de nosotros ha cruzado la Franja del Crepúsculo hacia la Noche Perpetua.

—Vas a tener que perdonarme —le interrumpió Harún—, pero necesito unas cuantas aclaraciones geográficas.

—¡Uf! —resopló la Abubilla—. Instrucción deficiente, ya veo.

—Eso es completamente ilógico —repuso Harún—. Tú eres el que ha estado ufanándose de que la Velocidad ha ocultado esta Luna a la mirada de la gente de la Tierra. Por lo tanto, no me parece razonable esperar que nosotros conozcamos sus accidentes topográficos, principales exportaciones y similares.

Pero a Butt le brillaban los ojos. Desde luego, pensó Harún, para hablar con las máquinas había que hacer frente a muchas dificultades. Con su gesto impávido, no había manera de adivinar cuándo estaban tomándote el pelo.

—Gracias al genio de los Cabezas de Huevo del Edificio PECPE —empezó Butt,

compadeciéndose de Harún—, la rotación de Kahani está controlada. En consecuencia, el País de Gup está bañado por el Sol Interminable, mientras que en Chup siempre es noche cerrada. Entre uno y otro está la Franja del Crepúsculo, en la que, por orden del Gran Controlador, los gupíes construyeron hace tiempo un Muro de Fuerza infranqueable (y también invisible). Se llama Muro de Chattergy en honor a nuestro rey que, desde luego, no tuvo absolutamente nada que ver con su construcción.

—Espera un momento —dijo Harún frunciendo el entrecejo—. Si Kahani gira alrededor de la Tierra, aunque gire muy aprisa, tiene que haber momentos en los que la Tierra se encuentre entre ella y el Sol. Por lo tanto, no puede ser siempre de día en la mitad. Ya estás otra vez contando cuentos.

—Claro que estoy contando cuentos —respondió la Abubilla Butt—. Y, si tienes algo que oponer, te agradeceré que se lo digas a la Morsa. Ahora te ruego que me disculpes, debo concentrar la atención en la navegación. El tráfico ha aumentado extraordinariamente.

Harún tenía otras muchas preguntas —por qué los chupwalas vivían en la Noche Permanente, si hacía mucho frío por la ausencia de sol, qué era Bezabán y qué hacía un Maestro del Culto— pero estaban acercándose a la Ciudad de Gup y las aguas y los cielos estaban cada vez más concurridos de pájaros mecánicos tan fantásticos como la Abubilla Butt: pájaros con cabeza de serpiente y cola de pavo real, peces voladores, pájaros-perro. Y en ellos cabalgaban Genios del Agua con barbas de todos los colores imaginables, turbante, chaleco bordado y bombachos en forma de berenjena, todos tan parecidos a Iff que Harún pensó que era una suerte que los colores de las barbas fueran diferentes, para poder distinguirlos.

—Algo grave debe de haber ocurrido —comentó Iff—. Todas las unidades han sido llamadas a la base. Si yo tuviera mi Herramienta de Desconexión —agregó secamente—, también habría recibido la orden, porque, aunque los Rateros lo ignoren, lleva incorporado en el mango un receptor muy avanzado.

—Afortunadamente, sin embargo —repuso Harún con igual aspereza—, puesto que casi me envenenas con aquel cuento asqueroso, ya has podido sacar tus conclusiones. De manera que nadie ha perdido nada, salvo, quizá, yo.

Iff hizo caso omiso y también Harún se distrajo del tema al observar una especie de berza o verdura muy gruesa y correosa que avanzaba a su lado, a la misma velocidad que Butt, sin esfuerzo aparente y haciendo ondear unos tentáculos de manera francamente inquietante. En el centro de aquel vegetal ambulante había una única flor lila de pétalos gruesos y carnosos, de una variedad que Harún desconocía.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando con el dedo, aunque sabía que era de mala educación.

—¿Y qué va a ser? Un Jardinero Flotante —contestó la Abubilla sin mover el pico.

Aquello no tenía sentido.

—Querrás decir un Jardín Flotante —rectificó Harún al pájaro, que soltó un pequeño resoplido.

—Eso demuestra lo mucho que *tú* sabes.

En aquel momento, la veloz vegetación se irguió en el agua y empezó a retorcerse y anudarse hasta adquirir una figura vagamente humana, con la flor lila colocada en medio de la «cabeza», en el lugar correspondiente a la boca, y un rústico sombrero formado por hierbas toscamente trenzadas.

—O sea que de verdad es un Jardinero Flotante después de todo —advirtió Harún.

El Jardinero Flotante corría ahora ágilmente por la superficie del agua, sin hundirse ni por asomo.

—¿Y cómo quieres que se hunda? —dijo la Abubilla—. ¿No sería entonces un Jardinero Sumergible? Como puedes ver, flota, corre, camina, brinca. *No hay cuidado*.

Iff llamó al Jardinero, el cual inmediatamente saludó con un movimiento de cabeza.

—Lleváis a un forastero con vosotros. Qué raro. De todos modos, allá vosotros —dijo.

Tenía una voz tan suave como pétalos de flor (al fin y al cabo, hablaba con labios de lila), pero era un tanto lacónico.

—Creí que vosotros, los gupíes, erais todos muy charlatanes —susurró Harún a Iff—. Sin embargo, este Jardinero no dice mucho.

—Es *bastante* hablador —repuso Iff—. Para ser Jardinero, se entiende.

—¿Cómo estás? —gritó Harún al Jardinero, pensando que, por ser el forastero, debía presentarse.

—¿Tú quién eres? —preguntó el Jardinero con su acento suave y escueto a la vez, sin aminorar la marcha. Harún le dijo su nombre y el Jardinero movió la cabeza secamente—. Mali —dijo—, Jardinero Flotante de Primera Clase.

—Por favor —dijo Harún con su voz más cortés—, ¿qué hace un Jardinero Flotante?

—Mantenimiento —respondió Mali—. Peinar cuentos enmarañados. Podar. Limpiar. En suma: jardinería.

—Imagina el Océano como una gran mata de pelo —explicó la Abubilla—. Piensa que tiene tantas Corrientes de Historias como una espesa cabellera tiene hebras largas y suaves. Cuanto más larga y abundante la cabellera, más se enreda. Podríamos decir que los Jardineros Flotantes son como los peluqueros del Mar de las Historias. Cepillan, peinan, lavan y suavizan. Ahora ya lo sabes.

—¿Qué es toda esta contaminación? —preguntó Iff a Mali—. ¿Cuándo empezó? ¿Hasta dónde ha llegado?

Mali respondió a las preguntas por orden.

—Letal. Índole desconocida todavía. Empezó hace poco, pero se extiende con rapidez. ¿Gravedad? Extrema. Hay tipos de cuentos que llevará años limpiar.

—¿Por ejemplo? —preguntó Harún.

—Hay romances populares que se han convertido en largas listas de la compra. Lo mismo que los cuentos infantiles. Por ejemplo, se ha detectado un foco de helicópteros parlantes.

Dicho esto, Mali enmudeció y continuó la carrera hacia Ciudad de Gup. Minutos después, Harún oyó multitud de voces nuevas. Eran como un coro, muchas voces que hablaban al unísono, voces espumeantes y burbujeantes. Harún averiguó que subían del fondo del Océano. Miró a las profundidades y vio dos temibles monstruos marinos que nadaban al lado de la Abubilla, tan cerca de la superficie que casi parecían deslizarse por la espuma que levantaba Butt en su carrera.

Por su forma vagamente triangular y colorido irisado, Harún dedujo que debía de tratarse de alguna variedad de Pez Ángel, aunque eran tan grandes como tiburones gigantes y tenían docenas de bocas por todo el cuerpo. Las bocas se movían continuamente, aspirando y expulsando Corrientes de Historias, operación que sólo interrumpían para hablar. Cuando hablaban, según observó Harún, cada boca lo hacía con su propia voz, pero todas estaban perfectamente sincronizadas.

—¡Corre! ¡Corre! ¡No pierdas el tiempo! —burbujeaba el primer pez.

—¡El Océano está enfermo! Urge el remedio —prosiguió el segundo.

Una vez más, la Abubilla amablemente puso en antecedentes a Harún.

—Son los Multifauces —dijo—. Nombre que deben a la circunstancia que sin duda habrás observado, a saber, su cantidad de fauces o bocas.

«Vaya —pensó Harún, admirado—. Realmente hay Peces Multifauces, como decía Fatuo Buttú; y yo he tenido que viajar mucho, como dijo mi padre, para aprender que un Multifauces también puede ser un Pez Ángel.»

—Los Multifauces van siempre por parejas —agregó Butt sin mover el pico—. Guardan fidelidad a la pareja durante toda la vida. Para expresar esta perfecta unión, siempre hablan en verso.

Aquella pareja de Multifauces no parecían gozar de buena salud. Sus muchas bocas no hacían más que escupir y toser, y tenían los ojos irritados.

—Yo no soy especialista —les gritó Harún—, pero ¿os encontráis bien?

Las respuestas no se hicieron esperar, puntuadas por burbujeantes toses:

—¡Qué mal sabor! ¡Qué asqueroso!

—¡Nadar en el Océano empieza a ser doloroso!

—¡Él es Goopy! ¡Yo soy Bagha!

—¡Perdona la rudeza, pero esto es una plaga!

—¡En los ojos, llanto; en la garganta, escozor!

—Seguiremos hablando cuando estemos mejor.

—Como habrás observado, a los gupíes nos gusta hablar —dijo Iff en un aparte—. El silencio está considerado una falta de educación. Por eso piden disculpas los Multifauces.

—Pues a mí me parece que hablan perfectamente —respondió Harún.

—Normalmente, cada boca dice algo diferente —explicó Iff—. La charla es mucho más animada. Para ellos, esto es como guardar silencio.

—Y, para un Jardinero Flotante, unas cuantas frases lacónicas son locuacidad —

suspiró Harún—. No creo que llegue a entender este lugar. Por cierto, ¿qué hacen los peces?

Iff respondió que los Multifauces eran lo que él llamaba «artistas del hambre».

—Porque cuando están hambrientos engullen cuentos por todas sus bocas y entonces, en su estómago, ocurren milagros. Un poco de un cuento se combina con una idea de otro cuento y, ¡hop!, cuando escupen los cuentos, ya no son cuentos viejos, sino nuevos. Nada sale de la nada, Ratero; no hay cuento que surja del aire; los cuentos nuevos nacen de los viejos (son las nuevas combinaciones las que los hacen nuevos). Conque ya ves, nuestros artísticos Multifauces crean nuevos cuentos en su aparato digestivo. ¡Imagina lo enfermos que deben de sentirse ahora! Tanto relato sucio circulando por su interior, de delante atrás, de arriba abajo, de un lado a otro... ¡No me sorprende que tengan las branquias verdes!

Los Multifauces salieron a la superficie para lanzar otro sibilante pareado:

—¡La situación es alarmante!

—Y la Zona Vieja lleva la peor parte.

Al oír esto, el Genio del Agua se golpeó la frente con la mano, casi haciendo saltar el turbante.

—¿Cómo? ¿Qué? —preguntó Harún, y entonces Iff, más preocupado que nunca, explicó a regañadientes que la Zona Vieja, situada en la zona polar del sur de Kahani, era un lugar al que ya casi nadie iba. Había muy poca demanda de los viejos cuentos que corrían por allí.

—Ya sabes cómo es la gente, siempre cosas nuevas, siempre la novedad. A nadie le interesan los cuentos viejos. Así pues, la Zona Vieja estaba en desuso; pero se creía que todas las Corrientes de las Historias habían nacido hacía mucho tiempo de una corriente que fluía hacia el norte cruzando el Océano desde el Manantial o Fuente de las Historias que, según la leyenda, estaba situada cerca del Polo Sur de la Luna.

—¿Y si la Fuente está envenenada, qué pasará con el Océano... y con todos nosotros? —casi gimió Iff—. Demasiado tiempo la hemos descuidado y ahora tenemos que pagar por ello.

—¡Sujétense el sombrero! —interrumpió Butt—. ¡Voy a pisar el freno! Ciudad de Gup a la vista. ¡Tiempo récord! Ba-ba-baruum... *No hay cuidado*.

«Es asombroso lo pronto que uno se acostumbra a todo —pensó Harún—. Nuevo mundo, nuevos amigos: acabo de llegar y me parece que los conozco de toda la vida.»

En Ciudad de Gup había agitación y actividad. Había canales que cruzaban la ciudad en todas las direcciones, porque la capital del País de Gup estaba construida sobre un Archipiélago de mil y una pequeñas islas próximas al Continente y en aquellos momentos los canales estaban llenos de embarcaciones de todas las formas y tamaños, abarrotadas de ciudadanos de Gup, no menos diversos, todos con semblante de preocupación. Butt, con Mali a un lado, y Goopy y Bagha al otro,

avanzaba —ahora más despacio— por entre la multitud flotante, rumbo, como todos, a la Laguna.

La Laguna, una hermosa extensión de aguas multicolores, se encontraba entre el Archipiélago, en el que vivían la mayoría de gupíes, en casas de madera ricamente tallada con tejados ondulados de plata y oro, y el Continente, donde un gigantesco jardín de sobrio trazado descendía hasta el agua formando terrazas. En este Jardín de Recreo había fuentes, pérgolas y grandes árboles y, en torno a él, se levantaban los tres edificios más importantes de Gup, que parecían un trío de gigantescos pasteles: el Palacio del Rey Chattergy, con su espléndido balcón desde el que se dominaba el jardín; a su derecha, el Parlamento de Gup, conocido por el nombre de «Caja Parlante» porque era tal la afición de los gupíes a la charla que los debates podían prolongarse durante semanas, meses e incluso, a veces, años, y, a la izquierda, el Edificio PECPE, gigantesca construcción de la que salían zumbidos y chirridos, que alojaba las mil y una Máquinas Excesivamente Complicadas para Ser Descritas que realizaban los Procesos Excesivamente Complicados Para Explicarlos.

La Abubilla dejó a Iff y Harún en las escaleras que arrancaban de la misma orilla. El muchacho y el Genio del Agua desembarcaron y se unieron a la multitud que se congregaba en el Jardín de Recreo, mientras los gupíes que preferían el agua (Jardineros Flotantes, Multifauces y pájaros mecánicos) permanecían en la Laguna. En el Jardín de Recreo, Harún descubrió numerosos gupíes de extraordinaria delgadez, vestidos con unas prendas perfectamente rectangulares cubiertas de escrituras.

—Son las famosas Páginas de Gup —dijo Iff—. Es decir, el ejército. Los ejércitos corrientes están formados por compañías, regimientos y unidades por el estilo; nuestras Páginas se organizan en Capítulos y Tomos. A la cabeza de cada Tomo hay una Portada o Guarda; y ahí arriba tienes al jefe de toda la Biblioteca, que así llamamos nosotros al ejército: el General Kitab en persona.

«Ahí arriba» era el balcón del Palacio de Gup al que estaban saliendo los dignatarios de la ciudad. Era fácil identificar al General Kitab, un anciano caballero muy curtido, con su uniforme rectangular hecho de piel finamente labrada, con incrustaciones de oro parecidas a las que Harún había visto en las tapas de libros antiguos y valiosos. Estaba también el Speaker (o sea el presidente) de la Caja Parlante, un individuo rechoncho que ahora mismo no paraba de hablar con sus colegas en el balcón; y un caballero canijo y canoso con corona de oro y cara de tragedia. Sin duda éste era el Rey Chattergy en persona. Los otros dos personajes del balcón resultaban más difíciles de identificar. Uno era joven y, en aquel momento, parecía excitadísimo y tenía un aspecto arrogante y un poco atolondrado a la vez.

—Es el Príncipe Bolo, el novio de la Princesa Batchit, única hija del Rey Chattergy —cuchicheó Iff a Harún.

El último individuo del balcón tenía una cabeza espectacular, calva, tersa y reluciente, y un bigotito insignificante que parecía un trozo de ratón muerto.

—Me recuerda a Fatuo Buttú —susurró Harún a Iff.

—No tiene importancia, no le conoces.

—Pero ¿quién es?

A pesar de que habló en un susurro, muchos de los que se apretujaban en el Jardín de Recreo oyeron sus palabras y se volvieron a mirar con incredulidad al extranjero cuya ignorancia era tan asombrosa (y cuyo camisón era no menos asombroso). Harún observó que entre la muchedumbre había muchos hombres y mujeres de cráneo no menos reluciente. Todas estas personas llevaban la bata blanca de los técnicos de laboratorio y eran, evidentemente, los Cabezas de Huevo del Edificio PECPE, los genios que hacían funcionar las Máquinas Excesivamente Complicadas para Ser Descritas (o MECD) que realizaban los Procesos Excesivamente Complicados Para Explicarlos.

—¿Ustedes son...? —empezó, pero ellos le atajaron, porque eran muy listos, por algo eran Cabezas de Huevo.

—Nosotros somos los Cabezas de Huevo —asintieron y, con una expresión que parecía decir «no podemos creer que no lo sepas», señalaron al reluciente individuo del balcón y agregaron—: Y él es la Morsa.

—¿Él, la Morsa? —exclamó Harún asombrado—. ¡Pero si no se parece en nada a una morsa! ¿Por qué le llaman así?

—Es por su frondoso y lujurante bigote de morsa —respondió un Cabeza de Huevo.

Y otro agregó con admiración:

—¡Fíjate bien! ¿No es una *hermosura*? ¡Cuánto *pelo*! ¡Qué sedoso y qué suave!

—Pero... —empezó Harún y se interrumpió al sentir en las costillas un codazo de Iff.

«Imagino que si eres tan calvo como esos Cabezas de Huevo —se dijo—, hasta ese patético ratón muerto que la Morsa tiene en el labio ha de parecerte lo más grande del mundo.»

El Rey Chattergy levantó la mano y la muchedumbre enmudeció. (Algo insólito en Ciudad de Gup.)

El Rey trató de hablar, pero no encontró palabras y, sacudiendo tristemente la cabeza, retrocedió. Fue el Príncipe Bolo quien prorrumpió en un discurso impetuoso.

—Se la han llevado —gritó con su voz arrogante y un poco atolondrada—. Mi Batchit, mi princesa. Los servidores del Maestro del Culto la secuestraron hace unas horas. ¡Brutos, canallas, villanos, perros! Las pagarán, *pardiez*.

El General Kitab prosiguió:

—¡Recondenado asunto del cuerno! Su paradero es desconocido, pero probablemente la tendrán prisionera en la Ciudadela de Chup, el Castillo de Hielo de Khattam-Shud en Ciudad Chup, en el corazón de la Noche Perpetua. ¡Voto al rayo! Mal asunto. Ejem.

—Hemos enviado mensajes a Khattam-Shud, el Maestro del Culto —empalmó el Speaker de la Caja Parlante—. Son mensajes que se refieren tanto al inmundado veneno que es inyectado en el Océano de las Corrientes de las Historias como al rapto de la Princesa Batchit. En ellos le exigimos que ponga fin a la contaminación y que nos devuelva, antes de siete horas, a la dama secuestrada. Ninguna de nuestras

exigencias ha sido cumplida. Debo informaros, por lo tanto, de que entre los países de Gup y Chup existe estado de guerra.

—Es esencial actuar con la máxima urgencia —dijo la Morsa a la multitud—. Si no se ataca la raíz del mal, los venenos que con tanta rapidez están propagándose destruirán todo el Océano.

—¡Salvemos el Océano! —gritó la multitud.

—¡Salvemos a Batchit! —gritó el Príncipe Bolo. Esto desconcertó momentáneamente a la multitud; al fin, de buen grado cambiaron la consigna:

—¡Por Batchit y el Océano! —exclamaron, y el Príncipe Bolo se dio por satisfecho.

Iff, el Genio del Agua, asumió su expresión más afable.

—Bueno, joven Raterillo, esto es la guerra —dijo con falso pesar—. Por lo tanto, en el Edificio PECPE nadie va a tener tiempo para atender tu pequeña petición. Vale más que me devuelvas el Desconector. Luego te llevo a casa gratis. ¿Qué me dices? ¿Qué puede haber de más justo?

Harún asió el Desconector con todas sus fuerzas y sacó el labio inferior con expresión feroz.

—Si no hay Morsa, no hay Desconector —dijo—. Y punto.

Iff pareció aceptarlo con resignación.

—Toma una chocolatina —dijo, y de uno de los muchos bolsillos de su chaleco sacó una versión tamaño familiar de las pastillas de chocolate favoritas de Harún. Éste advirtió entonces que estaba hambriento y la aceptó, agradecido.

—No sabía que las fabricarais en Kahani —dijo.

—No las fabricamos —respondió Iff—. En Kahani, la producción de alimentos es estrictamente básica. Para artículos selectos y de lujo prohibitivo tenemos que ir a la Tierra.

—Ah, de modo que de aquí vienen los Objetos Voladores No Identificados —se admiró Harún—. Y lo que buscan son charcuterías.

En aquel momento hubo movimiento en el balcón de palacio. El Príncipe Bolo y el General Kitab se ausentaron un momento y volvieron a salir para anunciar que las patrullas gupíes que recorrían las zonas adyacentes a la Franja del Crepúsculo, en busca de pistas del paradero de la Princesa Batchit, habían arrestado a un extranjero, una persona en extremo sospechosa que no había podido explicar satisfactoriamente quién era ni qué hacía en la Franja.

—¡Yo personalmente interrogaré al espía delante de todos vosotros! —gritó Bolo, y el General Kitab, aunque parecía un poco incómodo por la idea, no se opuso.

Y entonces un cuarteto de Páginas sacaron a un hombre al balcón, un hombre que vestía un largo camisón azul y tenía las manos atadas a la espalda y la cabeza metida en un saco.

Cuando le quitaron el saco, Harún se quedó con la boca abierta y lo que quedaba de la pastilla de chocolate se le cayó de la mano.

El hombre que tiritaba en el balcón de palacio, entre el Príncipe Bolo y el General Kitab, era el padre de Harún, Rasid Khalifa, el juglar, el desventurado Sha de

Bla.

6

LA HISTORIA DEL ESPÍA

La captura del «espía» terrestre hizo circular un murmullo de horror por el Jardín de Recreo; y cuando el hombre dijo ser «un simple juglar, antiguo abonado a vuestro servicio de Agua de las Historias», la indignación general no hizo sino crecer. Harún empezó a abrirse paso entre la multitud con bastante rudeza. Muchos ojos miraban con suspicacia a este otro terrestre, vestido también con camisón, que parecía fuera de sí y daba empellones a diestro y siniestro. Harún subió las siete terrazas del Jardín de Recreo, en dirección al balcón de palacio; y por el camino oyó murmurar a más de un gupí: «¡Abonado a nuestro servicio! ¿Cómo ha podido traicionarnos para ayudar a los chupwalas? ¡Pobre Princesa Batchit! ¿Qué mal ha hecho ella, como no sea rompernos los tímpanos con sus horribles canciones? Aparte de que tampoco es lo que se dice un cromo, pero esto no es disculpa. No puede uno fiarse de los terrestres, desde luego.» Harún, que se enfurecía por momentos, empujaba a la gente con mayor fuerza. Iff, el Genio del Agua, que iba pisándole los talones, gritaba:

—Espera, la paciencia es una virtud, ¿es que vas a apagar un fuego? —pero Harún no se detenía.

—¿Y qué hacéis los gupíes con los espías, si se puede saber? —gritó a Iff, malhumorado—. Imagino que les arrancaréis las uñas, una a una, hasta que confiesan. ¿Los matáis lenta y dolorosamente, o de prisa, con un millón de voltios en una silla eléctrica?

El Genio del Agua (y todos los gupíes que oyeron estas airadas palabras) parecían escandalizados y ofendidos.

—¿De dónde has sacado tanto sadismo? —exclamó Iff—. Esto es absurdo, un ultraje. Inaudito.

—Bien, pues entonces, ¿qué? —insistió Harún.

—No lo sé —jadeó Iff, esforzándose por mantener el ritmo del muchacho en su furiosa embestida—. Nunca hemos cogido a un espía. Quizá haya que amonestarle. O enviarlo al rincón. O hacerle escribir mil y una veces «No debo espiar». ¿O sería demasiado severo?

Harún no contestó, porque al fin habían llegado al pie del balcón de palacio. Lo que hizo fue gritar con todas sus fuerzas:

—¡Papá! ¿Qué haces aquí?

Todos los gupíes se volvieron a mirarle con asombro, y Rasid Khalifa (que todavía tiritaba de frío) no parecía menos sorprendido.

—¡Anda! —dijo moviendo la cabeza—. ¡Si es el joven Harún! Desde luego, das

cada sorpresa.

—Este hombre no es un espía —gritó Harún—. Es mi padre, y lo único que le pasa es que ha perdido su Pico de Oro.

—Es cierto —dijo Rasid lúgubrementemente mientras los dientes le castañeteaban—. Vamos, díselo a todos, pregónalo por todo el mundo.

El Príncipe Bolo ordenó a uno de sus Páginas que acompañara a Harún y a Iff a los reales aposentos del corazón de palacio. Aquel Página, que no parecía mucho mayor que Harún, dijo llamarse Bocalegre, nombre muy corriente en Gup, tanto entre los chicos como entre las chicas. Bocalegre llevaba una de aquellas túnicas rectangulares en la cual Harún pudo leer el texto de un cuento llamado «Bolo y el Vellocino de Oro». «Qué raro —se dijo—. Hubiera dicho que este cuento se refería a otra persona.»

Mientras avanzaban por los laberínticos corredores del palacio real de Gup, Harún observó que otros muchos Páginas de la Guardia Real vestían cuentos vagamente familiares. Una llevaba «Bolo y la Lámpara Maravillosa»; otra, «Bolo y los Cuarenta Ladrones»; luego estaba «Bolo el Marino», «Bolo y Julieta», «Bolo en el País de las Maravillas». Aquello era muy desconcertante, pero cuando Harún preguntó a Bocalegre por los cuentos de los uniformes, el muchacho se limitó a responder:

—No es el momento para hablar de modas. Los Dignatarios de Gup *esperan* para interrogaros a ti y a tu padre.

De todos modos, Harún creyó advertir que su pregunta había turbado a Bocalegre, que se había ruborizado. «Bien, lo dejaremos para otro momento», se dijo Harún.

En el Salón del Trono de palacio, Rasid, el juglar, contaba su historia al Príncipe Bolo, el General Kitab, el Speaker y la Morsa. (El Rey Chattergy se había retirado, ya que se sentía abrumado por la pena que le causaba el secuestro de la princesa Batchit.) Rasid estaba envuelto en una manta, con los pies metidos en una palangana humeante.

—Os preguntaréis cómo llegué a Gup —empezó tomando un sorbo de sopa de un tazón—. Fue a causa de ciertas cuestiones relacionadas con mi régimen alimenticio.

Harún le miraba con incredulidad, pero los demás escuchaban atentamente.

—Dado que sufro de insomnio —prosiguió Rasid—, he descubierto que ciertos alimentos, debidamente condimentados, *a)* provocan el sueño, pero también *b)* llevan al durmiente allí donde desea ir. Es un proceso conocido por el nombre de Transporte. Y, si se posee la suficiente habilidad, una persona puede despertar en el lugar al que le transporta el sueño; despertar, por ejemplo, *dentro del sueño*. Yo quería venir a Gup; pero, a causa de un pequeño error al calcular el rumbo, desperté en la Franja del Crepúsculo con este inadecuado atuendo, y helado, lo confieso con toda sinceridad, muerto de frío.

—¿Y qué alimentos son éstos? —preguntó la Morsa con interés.

Rasid se había repuesto lo suficiente como para asumir su expresión de ceja misteriosa y responder:

—Ah, debéis respetar mis pequeños secretos. Digamos que bayas de luna, colas de cometa, aros de planeta, regados con un poco de sopa primigenia. A propósito, esta sopa está deliciosa —terminó cambiando de tono.

«Si se tragan este cuento es que se lo creen todo —pensó Harún—. Ahora seguramente se pondrán furiosos y le aplicarán el Tercer Grado.» Lo que ocurrió fue que el Príncipe Bolo soltó una carcajada sonora, arrogante y un poco atolondrada, y dio a Rasid Khalifa una fuerte palmada en la espalda que le hizo escupir la sopa que tenía en la boca.

—Ingenioso además de intrépido —dijo—. ¡Muy bueno! Me gustas, tú —y se golpeó el muslo.

«Qué crédulos son estos gupíes —pensó Harún—. Y, además, unos buenazos. Iff podía haber peleado conmigo para recuperar su Desconector, pero ni lo intentó, ni siquiera cuando perdí el conocimiento. Y si a un verdadero espía lo sentencian sólo a escribir mil y una frases, es que son realmente pacíficos. Pero si hay que ir a la guerra, ¿qué? Serán un desastre, una causa perdida...» Y aquí interrumpió sus pensamientos, porque a punto había estado de añadir: «Khattam-Shud.»

—En la Franja del Crepúsculo —decía Rasid Khalifa—, vi cosas malas y oí cosas peores. Allí hay un campamento del Ejército Chupwala. Unas tiendas negras, envueltas en un silencio fanático... Porque los rumores que habéis oído son ciertos: el país de Chup ha caído bajo el poder del «Misterio de Bezabán», un Culto al Silencio o Mutismo y sus seguidores hacen votos de silencio perpetuo para demostrar su devoción. Sí; mientras avanzaba sigilosamente entre las tiendas de los chupwalas, me enteré de esto. Al principio, Khattam-Shud, el Maestro del Culto, predicaba el odio sólo contra los cuentos, la fantasía y los sueños; pero ahora se ha hecho más severo y se opone a cualquier Palabra. En la ciudad de Chup se han cerrado las escuelas, los tribunales y los teatros, porque, con las Leyes del Silencio, no pueden funcionar... Y se dice que hay fanáticos del Misterio que se exaltan hasta el frenesí y se cosen los labios con bramante; y, poco a poco, mueren de hambre y de sed, sacrificándose por el amor de Bezabán...

—Pero ¿quién o qué es Bezabán? —exclamó Harún—. Tal vez vosotros lo sepáis, pero lo que es yo, ni idea.

—Bezabán es un ídolo gigantesco —dijo Rasid a su hijo—. Es un coloso tallado en hielo negro que se levanta en el centro del castillo de Khattam-Shud, la Ciudadela de Chup. Dicen que el ídolo no tiene lengua y sonrío espantosamente, enseñando unos dientes del tamaño de casas.

—Me parece que preferiría no haber preguntado —dijo Harún.

—Había soldados chupwalas rondando en el lóbrego Crepúsculo —dijo Rasid reanudando su relato—. Llevaban largas capas que, al ondear, revelaban el sombrío y tétrico brillo de una espada.

»¡Pero, señores, ustedes ya conocen las historias de Chup! Saben que es lugar de tinieblas, de libros con candado y lenguas arrancadas; de conspiraciones secretas y

anillos envenenados. ¿Iba yo a quedarme esperando al lado de ese horrible campamento? Descalzo y morado de frío, me encaminé hacia la luz que brillaba en el horizonte. Andando andando, llegué al Muro de Chattergy, el Muro de Energía, que, por cierto, señores, se encuentra muy deteriorado. Tiene muchas brechas y es fácil pasar de un lado al otro. Eso lo saben bien los chupwalas que, ante mis propios ojos, cruzaron el Muro... ¡y raptaron a Batchit!

—¿Qué dices? —gritó Bolo poniéndose en pie de un salto con un movimiento arrogante y un tanto atolondrado—. ¿Por qué has tardado tanto en decírnoslo? ¡Corcho! Continúa, por lo que más quieras, continúa —cuando Bolo hablaba de este modo, los otros Dignatarios parecían un poco incómodos y desviaban la mirada.

—Yo avanzaba penosamente por entre una maraña de zarzas, en dirección al Océano —prosiguió Rasid—, cuando vi llegar por el agua una barcaza-cisne de oro y plata. En ella iba una joven de pelo largo, muy largo, con una corona de oro que cantaba, con perdón, la canción más horrorosa que he oído en mi vida. Y tenía unos dientes y una nariz...

—No diga más —le atajó el Speaker—; era Batchit, no cabe duda.

—¡Batchit, Batchit! —gimió Bolo—. ¿Nunca volveré a oír tu dulce voz ni a ver tu rostro encantador?

—¿Y qué hacía ella allí? —preguntó la Morsa—. Es zona peligrosa.

Iff, el Genio del Agua, carraspeó:

—Señores, quizá ustedes no lo sepan, pero los jóvenes de Gup van a la Franja del Crepúsculo de vez en cuando, es decir, a veces, es decir, con frecuencia. Como viven siempre a la luz del sol, les apetece ver las estrellas, la Tierra y la Otra Luna brillando en el cielo. Es una temeridad, desde luego. Pero ellos confiaban en la protección del Muro de Chattergy. La oscuridad, señores, también tiene su fascinación: misterio, atracción de lo desconocido, romanticismo...

—¿Romanticismo? —gritó el Príncipe Bolo desenvainando—. ¡Vil Genio del Agua! ¿Quieres que te atraviese? ¿Te atreves a sugerir que mi Batchit iba en busca de... amor?

—No, no —gritó Iff, despavorido—. Mil perdones, retiro lo dicho, no quería molestar.

—No hubo nada de eso —se apresuró a agregar Rasid para tranquilizar al Príncipe Bolo, quien, despacio, muy despacio, volvió a envainar la espada—. Ella iba con sus damas de honor y nadie más. Reían y bromeaban acerca del Muro de Chattergy y decían que querían tocarlo. «Yo quiero saber cómo es ese célebre e invisible muro», decía la Princesa. «Si el ojo no puede verlo, quizás el dedo pueda tocarlo o la lengua gustarlo.» Entonces un grupo de chupwalas que, sin que Batchit ni yo mismo lo advirtiéramos, se habían colado por una brecha del Muro y observaban a la Princesa desde unas matas de espino, se apoderaron de las señoras, que chillaban y pataleaban, y las llevaron a las tiendas de Chup.

—¿Se puede saber qué clase de hombre eres tú? —dijo el Príncipe Bolo despectivamente—, que te quedas escondido sin hacer nada para salvarlas de semejante atropello?

La Morsa, el Speaker y el General parecían violentos por esta última observación del Príncipe, y Harún enrojeció de indignación.

—Ese Príncipe... ¿qué se ha creído? —susurró a Iff con vehemencia—. Si no fuera por esa espada, yo... yo...

—Ya lo sé —dijo el Genio del Agua en un susurro—. A veces, los príncipes se ponen así. Pero no te preocupes. En realidad, no le confiamos asuntos de importancia.

—¿Qué hubieras preferido? —respondió Rasid a Bolo con gran dignidad—. ¿Que yo, sin armas, en camisón y medio muerto de frío, hubiera salido de mi escondite como un idiota romántico para hacerme capturar o matar? Entonces, ¿quién os hubiera traído la noticia? ¿Quién podría ahora mostraros el camino del campamento chupwala? Sé tú un héroe, si quieres, Príncipe Bolo; hay gente que prefiere la sensatez al heroísmo.

—Debes pedir disculpas, Bolo —murmuró el Speaker.

Y el Príncipe, contoneándose y frunciendo el entrecejo, así lo hizo.

—He estado excesivamente duro —dijo—. Realmente, te estamos agradecidos por la información.

—Hay otra cosa —dijo Rasid—. Cuando los chupwalas se llevaban a la Princesa, les oí decir una cosa terrible.

—¿Qué cosa? —gritó Bolo dando un salto—. Si la insultaron...

—«Se acerca la Gran Fiesta de Bezabán», dijo uno de ellos —contestó Rasid—. «¿Por qué ese día no ofrecemos esta princesa gupí en sacrificio a nuestro ídolo? Le cosemos los labios y la bautizamos Princesa Muda..., Princesa *Khamosh*», y todos se reían.

En el Salón del Trono se hizo el silencio. Naturalmente, el primero en hablar fue Bolo:

—¡No hay un segundo que perder! ¡Reunid a las fuerzas armadas...! ¡Páginas, Capítulos, Tomos! ¡A la guerra, a la guerra! ¡Por Batchit y sólo Batchit!

—Por Batchit y el Océano —le recordó la Morsa.

—Sí, sí —dijo el Príncipe Bolo, a regañadientes—. También por el Océano; naturalmente, desde luego, muy bien.

—Si queréis —propuso Rasid, el juglar—, yo os conduciré hasta las tiendas de los chupwalas.

—Buen hombre —gritó Bolo, dándole otro golpe en las espaldas—. Te juzgué mal; eres un as.

—Si tú vas —dijo Harún a su padre—, no creas que podrás dejarme aquí.

Aunque el Día Interminable de Gup daba a Harún la extraña sensación de que el tiempo estaba parado, se sentía exhausto. Se le cerraban los ojos y de su cuerpo salió un bostezo tan magnífico que llamó la atención de todos los presentes en el augusto Salón del Trono. Rasid Khalifa preguntó si podían dar a Harún una cama para aquella noche; y, a pesar de protestas del muchacho («Si no tengo ni pizca de

sueño... de verdad, que no»), fue enviado a la cama.

Se ordenó al Página Bocalegre que lo acompañara.

Bocalegre condujo a Harún por pasillos, escaleras que subían, escaleras que bajaban, puertas, recodos, patios, galerías y pasillos. Mientras caminaban, el Página, que parecía incapaz de seguir conteniendo las palabras, empezó a despotricar contra Batchit.

—La muy estúpida —dijo—. Si mi novia fuera tan idiota como para hacerse secuestrar por ir a la Franja del Crepúsculo a *mirar las estrellas del cielo* y, lo que es peor, a tocar ese dichoso *Muro*, no te creas que *yo* iba a empezar una guerra para rescatarla. Ahí te quedas, le diría, y más con esa nariz y esos *dientes*, pero a qué insistir... y su manera de *cantar*, ¡no imaginas qué horror! Pero no, en lugar de dejar que se pudra, ahora todos tras ella, a hacernos *matar*, probablemente, porque con esa *oscuridad*, ya me dirás...

—¿Falta mucho para llegar al dormitorio? —preguntó Harún—. Es que no sé si podré andar mucho más.

—A propósito, los *uniformes*, tú me preguntaste por los *uniformes* —continuó Bocalegre sin hacerle caso mientras recorría a buen paso vestíbulos, escaleras de caracol y pasadizos—. Bueno, ¿De *quién* crees tú que fue la idea? De *ella*, naturalmente, de Batchit que decidió «*encargarse* del vestuario de las Páginas de la Casa Real» y su primera genialidad fue convertirnos en cartas de *amor* ambulantes, y después de una eternidad de obligarnos a llevar *cariñitos* y *cuchicuchi* y otras monerías no menos *vomitivas*, la niña cambió de idea y mandó que volvieran a escribir todos los cuentos más famosos del mundo con su Bolo de protagonista. Y ahora, en lugar de Aladino, Alí Baba y Simbad, todo es Bolo, Bolo y Bolo, ¿imaginas? Todo Gup se *ríe* de nosotros en nuestras narices, y no digamos a nuestra espalda.

Entonces, con una amplia sonrisa triunfal, Bocalegre se paró delante de una puerta imponente y anunció:

—Tu dormitorio.

Las puertas se abrieron y unos guardias los agarraron de las orejas y les dijeron que largo de allí si no querían ser arrojados a la mazmorra más profunda del palacio, porque estaban nada menos que en las habitaciones del Rey Chattergy.

—Nos hemos perdido, ¿verdad? —dijo Harún.

—Es un palacio muy complicado y estamos un poco perdidos —reconoció Bocalegre—. Pero, ¿verdad que es una *charla* muy entretenida?

Esta observación exasperó de tal modo a Harún que, muerto de cansancio como estaba, hizo un brusco ademán dirigido a la cabeza de Bocalegre, pillándole desprevenido y tirándole el gorro de terciopelo color corinto... Y cuando el gorro cayó al suelo, una cascada de reluciente pelo negro bajó hasta los hombros de Bocalegre.

—¿Qué te *pica*? ¡Buena la has hecho!

—¿Eres una chica? —dijo Harún innecesariamente.

—Sssh —siseó Bocalegre, volviéndose a meter el pelo en el gorro—. ¿Quieres que me *echen* o qué? —lo llevó a una pequeña cavidad cubierta por una cortina

donde quedaron ocultos—. ¿Te has creído que para una chica es *fácil* conseguir un empleo como éste? ¿No sabes que las chicas tienen que *engañar a la gente* todos los días de su vida, si quieren llegar a algún sitio? Probablemente a ti te lo dan *todo* en bandeja, probablemente naciste con un puñado de *cucharas de plata* en la boca, pero algunos de nosotros tenemos que *luchar*.

—¿Quieres decir que sólo pueden ser Páginas los chicos? —preguntó Harún con voz de sueño.

—Supongo que tú eres de los que sólo hacen lo que les *mandan* —respondió Bocalegre acaloradamente—. Supongo que tú eres de los que siempre se comen todo lo que les ponen *en el plato*, hasta la coliflor, supongo que *tú*...

—Por lo menos, yo podría hacer algo tan fácil como acompañar a una persona a su habitación —intercaló Harún.

De pronto, Bocalegre le dedicó una sonrisa amplia y maliciosa.

—Supongo que *tú* siempre te vas a la cama cuando te lo mandan. Y que no te gustaría en absoluto subir al tejado de palacio por este pasadizo secreto que hay *aquí*.

Y, cuando Bocalegre oprimió el botón disimulado en un panel de madera profusamente tallado de una de las paredes curvas de la cavidad, y treparon por la escalera que apareció cuando el panel se deslizó hacia un lado, Harún se encontró en la azotea de palacio, bañado por la cegadora luz del sol, y se sentó a contemplar el panorama del País de Gup; el Jardín de Recreo en el que se hacían preparativos para la guerra; la Laguna, en la que se reunía una gran flotilla de pájaros mecánicos, y, al fondo, el amenazado Océano de las Corrientes de las Historias. De pronto, Harún descubrió que nunca en su vida se había sentido tan vivo, a pesar de que se caía de cansancio. En aquel momento, sin decir palabra, Bocalegre sacó de un bolsillo tres pelotas blandas hechas de seda de oro, las lanzó al aire haciéndolas brillar al sol y empezó a jugar con ellas.

Las lanzaba por la espalda, por encima y por debajo de una pierna, con los ojos cerrados y tumbada en el suelo. Harún estaba mudo de admiración. De vez en cuando, ella lanzaba todas las pelotas a gran altura, se metía las manos en los bolsillos y sacaba más esferas doradas. Llegó a jugar con nueve, luego con diez y hasta con once. Y cada vez que Harún pensaba: «No es posible que las mantenga todas en el aire», ella sacaba otra pelota y la agregaba a su rueda de soles de seda.

Harún pensó entonces que el juego de Bocalegre le recordaba las grandes actuaciones de su padre, Rasid Khalifa, el Sha de Bla.

—Siempre me pareció que contar cuentos es también una especie de malabarismo —dijo al fin, cuando pudo recuperar la voz—. Mantienes en el aire un montón de relatos diferentes y los haces girar, y si eres bueno no se te cae ninguno. O sea que hacer juegos malabares puede ser un poco como contar cuentos.

Bocalegre se encogió de hombros, recogió todas las pelotas doradas y las guardó en los bolsillos.

—De eso no sé nada —dijo—. Yo sólo quería que *supieras* de lo que soy *capaz*.

Harún despertó al cabo de varias horas en una habitación a oscuras (por fin encontraron su dormitorio, después de pedir ayuda a otro Página, y él se quedó dormido cinco segundos después de que Bocalegre cerrara las pesadas cortinas y le diera las buenas noches).

Alguien estaba sentado en su pecho; alguien que le rodeaba el cuello con las manos y apretaba con fuerza.

Era Bocalegre.

—Hora de levantarse —susurró en tono amenazador—. Como me delates, la próxima vez que duermas *seguiré* apretando, porque, si tú eres un *buen chico* yo puedo ser una chica *muy mala*.

—No diré nada, te lo prometo —jadeó Harún, y Bocalegre le soltó sonriendo.

—Eres un buen sujeto, Harún Khalifa —dijo—. Ahora, fuera de la cama antes de que te saque a rastras. Es hora de presentarse a recibir órdenes. Y en el Jardín de Recreo hay un ejército que se prepara para marchar.

7

HACIA LA FRANJA DEL CREPÚSCULO

«Ya estoy metido en otro Cuento de Rescate de Princesa —pensó Harún bostezando de sueño—. A ver si ésta también se tuerce.» No tuvo que esperar mucho para averiguarlo.

—A propósito —dijo Bocalegre con toda naturalidad—, me tomé la pequeña *libertad*, a petición expresa de cierto Genio del Agua, de retirar de debajo de tu almohada el Desconector que con tanto *desahogo* robaste.

Harún, horrorizado, buscó frenéticamente entre la ropa de la cama; pero el Desconector había desaparecido y, con él, el medio de conseguir una entrevista con la Morsa, para pedirle que a Rasid se le renovara el abono al Agua de las Historias...

—Creí que eras amiga mía —dijo en tono acusador.

Bocalegre se encogió de hombros.

—De todos modos, tu plan estaba totalmente *desfasado*, Iff me lo contó; ahora que tu padre está aquí *personalmente*, él puede resolver su propio problema.

—No lo entiendes —dijo Harún tristemente—. Yo quería hacer eso por él.

En el Jardín de Recreo sonaban toques de trompeta. Harún saltó de la cama y corrió a la ventana. Abajo, en el Jardín, había mucho movimiento de Páginas. Cientos y cientos de personas delgadísimas con aquellos uniformes rectangulares que susurraban como el papel (aunque de modo mucho más audible), corrían por el Jardín atropelladamente discutiendo sobre el orden de alineación y gritando: «¡Yo voy antes que tú!» «No seas ridículo, no tendría sentido. Está claro que yo debo colocarme delante de ti...»

Harún observó que todos los Páginas estaban numerados, por lo que pensó que tenía que ser fácil colocarse. Así lo dijo a Bocalegre, que contestó:

—Las cosas no son tan *simples* como en el mundo *real*, amigo. Hay muchos Páginas que tienen el *mismo* número; de manera que cada cual tiene que averiguar en qué Capítulo y en qué Tomo está. También hay muchos *errores* en los uniformes que llevan número equivocado.

Harún observó cómo los Páginas forcejeaban y discutían, agitando el puño y pisándose unos a otros, sólo para armar bulla, y observó:

—No parece un ejército muy disciplinado.

—No debes juzgar un *libro* por las *tapas* —dijo secamente Bocalegre, después de lo cual (evidentemente, un poco molesta) declaró que no podía seguir esperando a Harún, que ya llegaba tarde.

Y, naturalmente, Harún tuvo que correr tras ella, con su camisón rojo de parches púrpura, sin cepillarse el pelo ni lavarse los dientes y sin haber podido

enumerar todos los fallos de sus argumentos. Mientras recorrían pasillos, escaleras, galerías, patios y más pasillos, Harún jadeó:

—En primer lugar, yo no juzgaba el libro por las tapas como tú insinúas, puesto que estaba viendo todas las «Páginas», y, en segundo lugar, esto no es el mundo «real» ni mucho menos.

—¿Que no? —gritó Bocalegre por encima del hombro—. Esto es lo *malo* que tenéis los *infelices* de ciudad, creéis que para que un sitio sea real ha de ser *feo* y *aburrido*.

—¿Me haces un favor? —jadeó Harún—. ¿Por qué no preguntas a alguien por dónde se sale de aquí?

Cuando llegaron al Jardín, el Ejército de Gup —o Biblioteca— había terminado el proceso de «Paginación y Cotejo» —es decir, el proceso de ordenación que Harún había observado desde la ventana de su habitación.

—Hasta *luego* —susurró Bocalegre corriendo hacia donde estaban los Páginas Reales con sus capas y gorros de terciopelo corinto, bien alineados al lado del Príncipe Bolo que con arrogancia (y también con un poco de atolondramiento) hacía caracolear su caballo volador mecánico.

Harún en seguida vio a Rasid. Era evidente que también su padre se había dormido y, al igual que Harún, todavía estaba despeinado y no llevaba más que un camisón azul bastante arrugado y no muy limpio.

Junto a Rasid Khalifa, en una pequeña pérgola llena de surtidores —y saludando alegremente a Harún con la mano que sostenía la Herramienta de Desconexión— estaba Iff, el Genio del Agua de las barbas azules.

Harún salió disparado hacia ellos y llegó a tiempo de oír decir a Iff:

—... un gran honor conocerte. Especialmente ahora que ya no tengo que llamarte Padre de un Pequeño Ladrón.

Rasid frunció el entrecejo con expresión de perplejidad en el momento en que llegaba Harún, que dijo rápidamente:

—Después te contaré —y lanzó a Iff una mirada furibunda que tuvo la asombrosa virtud de hacerle callar. Cambiando de tema, Harún dijo—: Papá, ¿no quieres conocer a mis *otros* amigos? Me refiero a los verdaderamente interesantes.

—¡Por Batchit y el Océano!

Las fuerzas gupíes estaban dispuestas para la marcha. Los Páginas habían embarcado en largas Aves-Barcazas que esperaban en la Laguna; los Jardineros Flotantes y los Peces Multifauces también estaban preparados; los Genios del Agua, cabalgando en sus diferentes máquinas voladoras, se mesaban las barbas con impaciencia. Rasid Khalifa subió a bordo de la Abubilla Butt detrás de Iff y de Harún. Mali, Goopy y Bagha estaban a su lado. Harún los presentó a su padre; después, lanzando un potente grito, los expedicionarios se pusieron en marcha.

—¡Qué necios fuimos al no vestirnos de un modo más práctico! —se lamentó Rasid—. Con estos camisones, dentro de pocas horas estaremos convertidos en carámbanos.

—Menos mal que hice provisión de Laminados —dijo el Genio del Agua—. Si me decís por favor y muchas gracias, puedo daros unos cuantos.

—Por favor y muchas gracias —dijo Harún rápidamente.

Los Laminados resultaron ser unas prendas tan finas y transparentes como alas de libélula. Harún y Rasid se pusieron largas camisas de este material encima de los camisones, y también polainas. Comprobaron con asombro que los Laminados se ajustaban perfectamente a sus camisones y a sus piernas hasta fundirse con ellos. Lo único que Harún distinguía era un leve brillo satinado en la ropa y en la piel que antes no tenía.

—Así no tendréis frío —aseguró Iff.

Habían salido de la Laguna, y la Ciudad de Gup retrocedía a su espalda; Butt se mantenía a la misma velocidad que los otros pájaros mecánicos que iban acelerando, entre salpicaduras.

—Cómo cambia la vida —se admiraba Harún—. Hace sólo una semana yo era un chico que ni siquiera había visto la nieve, y ahora voy camino de una selva de hielo en la que nunca brilla el sol, con un camión y un extraño material transparente por toda protección contra el frío. Esto sí que es huir de la sartén para caer en el fuego.

—Qué tontería —dijo Butt, después de leer el pensamiento de Harún—. Querrás decir que huir de la nevera para caer en el congelador.

—Es increíble —exclamó Rasid Khalifa—. Habla sin mover el pico.

La armada gupí estaba en marcha. Poco a poco, Harún advirtió un leve zumbido que iba aumentando de volumen, se hacía sordo murmullo y adquiría proporciones de rugido. Tardó algún tiempo en descubrir que aquel sonido lo producían los gupíes con sus conversaciones y debates constantes y cada vez más animados.

—El sonido se propaga sobre el agua —recordó, pero aquella cantidad de sonido hubiera viajado igualmente sobre un desierto seco y árido. Genios del Agua, Jardineros Flotantes, Peces Multifauces y Páginas discutían a voz en cuello los pros y contras de la estrategia a utilizar.

Goopy y Bagha se mostraban tan elocuentes sobre el tema como los restantes Multifauces y sus burbujeantes quejas iban en aumento a medida que se alejaban hacia la Franja del Crepúsculo y el País de Chup que estaba detrás:

—¡Salvar a Batchit! ¡Qué ocurrencia!

—¡Salvar el Océano tiene más urgencia!

—¡Éste es el plan que hay que adoptar...!

—¡La fuente de la Poción Venenosa encontrar!

—El Océano es lo primordial...

—... está por encima de cualquier princesa real.

Harún estaba escandalizado.

—Eso suena a charla sediciosa —apuntó, e Iff, Goopy, Bagha y Mali se mostraron muy interesados.

—¿Qué es sediciosa? —preguntó Iff con curiosidad.

—¿Es una planta? —dijo Mali.

—No lo entendéis —trató de explicar Harún—. Es un adjetivo.

—Qué bobada —dijo el Genio del Agua—. Los Adjetivos no hablan.

—Dicen que el dinero habla —sin darse cuenta, Harún había empezado a discutir (tanta polémica había acabado por contagiársele)—. ¿Por qué no pueden hablar los Adjetivos? ¿Y por qué no todas las cosas?

Los demás observaron un hosco silencio y, después, sencillamente, cambiaron de tema para volver a la cuestión del día: ¿A qué había que dar prioridad, a la salvación de Batchit o del Océano? Pero Rasid Khalifa guiñó un ojo a Harún y éste se sintió menos compungido.

Desde las Barcazas-Pájaro llegaban voces que discutían acaloradamente:

—Yo te digo que ir tras de Batchit es como perseguir Patos Silvestres.

—Sí; y es que, además, ella también parece un Pato.

—¿Cómo te atreves, bellaco? ¡Estás hablando de nuestra querida Princesa, la futura y bella esposa de nuestro estimable Príncipe Bolo!

—¿Bella? ¿Olvidas su voz, su nariz, sus dientes...?

—Está bien, está bien. No hace falta entrar en detalles.

Harún observó que el viejo General Kitab en persona, montado en un caballo alado muy parecido al de Bolo, revoloteaba de Barcaza-Pájaro en Barcaza-Pájaro para seguir el hilo de las distintas discusiones; y era tal la libertad de expresión que, al parecer, se concedía a los Páginas y demás ciudadanos de Gup, que el viejo General escuchaba aquellos insultos e insubordinaciones sin pestañear. Es más, a Harún le parecía que muchas veces el General provocaba tales disputas y luego se unía a ellas con calor, unas veces tomando partido por unos y otras veces (por diversión) expresando la opinión contraria.

«¡Vaya un ejército! —pensó Harún—. Si los soldados de la Tierra se comportaran de esta manera, en el momento menos pensado se encontrarían delante de un consejo de guerra.»

—Pero pero pero ¿de qué sirve dar libertad de expresión a una persona si luego le dices que no puede utilizarla? —dijo Butt—. ¿Y no es el Poder de la Palabra el mayor de todos? Entonces debe ejercitarse plenamente.

—Pues hoy, desde luego, no será el ejercicio lo que le falte —respondió Harún—. No creo que los gupíes podáis guardar un secreto aunque os vaya en ello la vida.

—Pero podemos contarlos para salvar la vida —respondió Iff—. Yo, por ejemplo, sé muchos secretos muy sabrosos e interesantes.

—Yo también —dijo la Abubilla Butt sin mover el pico—. ¿Empezamos?

—No —dijo Harún rotundamente—. No empezamos.

Rasid reventaba de risa.

—Bien, bien, Harún Khalifa —dijo—, desde luego, has hecho unos amigos muy divertidos.

Y la armada gupí continuó su avance alegremente, mientras todos sus miembros analizaban detalladamente los más secretos planes de batalla del General Kitab (que él, desde luego, revelaba a todo el que le preguntara). Planes que eran desglosados, escudriñados, comentados, analizados, rumiados, ensalzados, denostados e, incluso, después de interminables debates, aceptados. Y cuando Rasid Khalifa, que empezaba a sentirse tan escéptico como el propio Harún acerca del valor de tanta charla, se aventuró a cuestionar su conveniencia, entonces Iff y Butt y Mali y Goopy y Bagha empezaron a discutir sobre esta pregunta con la misma energía y apasionamiento.

Sólo el Príncipe Bolo se mantenía ensimismado. El Príncipe Bolo cabalgaba por el cielo en su corcel mecánico volador a la cabeza de las huestes gupíes sin hablar ni mirar a derecha ni izquierda, con los ojos fijos en el lejano horizonte. Para él no cabían discusiones; Batchit era lo primero.

«¿Por qué será que Bolo está tan seguro —se preguntaba Harún—, cuando todos los gupíes de la armada parecen incapaces de decidirse?»

Fue Mali, el Jardinero Flotante que corría a su lado sobre el agua, quien respondió con su voz florida y sus carnosos labios lila:

—Es el Amor. Todo es por Amor. Y el Amor es algo maravilloso y arrogante. Pero tiene mucho de atolondrado.

La luz empezó a declinar lentamente al principio y más aprisa después. ¡Estaban en la Franja del Crepúsculo!

Mirando a lo lejos, donde la oscuridad se condensaba como una nube de tormenta, Harún sintió que empezaba a flaquear su valor. «Con nuestra absurda armada —pensaba desesperado—, ¿cómo vamos a tener éxito en un mundo en el que ni siquiera hay luz para distinguir al enemigo?» Cuanto más se acercaban a las costas del País de Chup, más formidable se le aparecía el ejército chupwala. Era una misión suicida, Harún estaba convencido; serían derrotados, Batchit perecería y el Océano quedaría destruido irremisiblemente, y todas las historias se habrían acabado para siempre. Ahora el cielo tenía un pálido tinte púrpura, y parecía el reflejo de sus sombríos pensamientos.

—Pero pero pero no te lo tomes tan en serio —dijo Butt bondadosamente—. Tienes una Sombra en el Corazón. Le ocurre a la mayoría de la gente la primera vez que ve la Franja del Crepúsculo y la Oscuridad que hay detrás. Yo, desde luego, no sufro de eso, ya que no tengo Corazón; otra ventaja de ser máquina, por cierto... Pero pero pero no te aflijas. Ya te acostumbrarás. Eso pasará.

—Hablando de cosas más agradables —dijo Rasid Khalifa—, desde luego, estos Laminados son fantásticos. No siento ni pizca de frío.

Goopy y Bagha tosían y estornudaban sin parar. La costa de Chup estaba a la vista y era tenebrosa en verdad; y aquellas aguas costeras del Océano de las Corrientes de las Historias estaban más sucias que ninguna de las zonas que Harún había visto hasta entonces. Los venenos habían alterado los colores de las Corrientes de las Historias, apagándolos y agrisándolos; y era precisamente en los colores donde estaba codificado lo mejor de las historias de aquellas Corrientes: su brillo, su transparencia, su alegría. Por tanto, la pérdida de color era un daño terrible. Y, lo que era todavía peor, en aquellas zonas el Océano se había enfriado. Sus aguas ya no despedían aquel tenue y suave vapor que podía llenarte de sueños fantásticos; aquí estaban frías y, aún peor, viscosas.

El veneno estaba enfriando el Océano.

Goopy y Bagha se sentían asustados:

—¡Si esto continúa... hip, ejem... estamos aviados!

—¡El Océano... hip, ejem... quedará escarchado!

Y llegó el momento de desembarcar en las costas de Chup.

En aquellas costas crepusculares no cantaban pájaros. No soplaban vientos. No sonaban voces. Los pies, al posarse en los guijarros, no hacían ruido, como si las piedras estuvieran revestidas de un desconocido material silenciador. El aire olía a rancio y corrompido. Las matas de espino ceñían unos árboles de corteza blanca y sin hojas, árboles que parecían fantasmas amarillentos. Las sombras abundaban y parecían estar vivas. Sin embargo, los gupíes no fueron atacados al desembarcar: no hubo escaramuzas en la playa. No había arqueros escondidos en los matorrales. Todo era quietud y frío. El silencio y la oscuridad parecían optar por la espera.

—Cuanto más nos adentremos en la oscuridad, mayor ventaja para ellos —dijo Rasid con voz opaca—. Y ellos saben que iremos, porque tienen a Batchit.

«Yo creía que el Amor todo lo podía —pensó Harún—, pero esta vez parece que si algo puede será convertirnos en picadillo.»

Se estableció una cabeza de playa y se plantaron las tiendas del primer campamento. El General Kitab y el Príncipe Bolo enviaron a Bocalegre a buscar a Rasid Khalifa. Harún, encantado de volver a ver a la Página, se fue con su padre.

—Juglar —gritó Bolo con su aire más fanfarrón—, ha llegado la hora en que tienes que conducirnos a las tiendas de los chupwalas. ¡La empresa es grande! ¡La liberación de Batchit no puede esperar!

Harún y Bocalegre, junto con el General, el Príncipe y el Sha de Bla, se deslizaron sigilosamente entre las matas de espino para explorar los alrededores. Al poco rato, Rasid se detuvo y señaló con la mano, sin decir palabra.

Delante de ellos había un pequeño claro y, en aquel claro sin hojas, había un hombre que parecía casi una sombra y empuñaba una espada de hoja tan oscura como la noche. El hombre estaba solo, pero se revolvía y saltaba, pateaba y agitaba la espada constantemente, como si luchara contra un adversario invisible. Entonces, cuando se acercaron, Harún vio que, en realidad, el hombre estaba peleándose *con su sombra*; la cual, a su vez, se batía con igual ferocidad, atención y habilidad.

—¡Mirad! —susurró Harún—, los movimientos de la sombra no corresponden a los del hombre.

Rasid le hizo callar con una mirada, pero lo que decía era verdad: evidentemente, la sombra poseía voluntad propia. Fintaba y esquivaba, se alargaba como si recibiera los rayos del sol poniente y luego se achataba como bajo el sol del mediodía. Su espada se estiraba y se encogía, su cuerpo se retorció y cambiaba constantemente. ¿Cómo se podía soñar siquiera con vencer a semejante oponente?, se preguntaba Harún.

La sombra estaba unida al guerrero por los pies, pero por lo demás parecía completamente libre. Era como si por vivir en un país de oscuridad, por ser una sombra entre sombras, hubiera adquirido unos poderes que las sombras de un mundo iluminado con normalidad no podían ni imaginar. Era un espectáculo sobrecogedor.

El guerrero era también una figura impresionante. Su cabello largo y lacio le colgaba hasta la cintura en una gruesa cola de caballo. Llevaba la cara pintada de verde y los labios de escarlata, con las cejas y los ojos acentuados en negro y unas franjas blancas en las mejillas. Su pesado traje de combate, con refuerzos de cuero y gruesas defensas en muslos y hombros, le hacía parecer más corpulento de lo que era en realidad. Y su agilidad y su pericia en el manejo de la espada eran superiores a todo lo que Harún había visto. Por más trucos que hiciera la sombra, el guerrero no le iba a la zaga. Y mientras se batían, pie contra pie, Harún empezó a ver en aquel combate una danza de gran belleza y gracia, una danza que se bailaba en completo silencio, porque la música sonaba dentro de la cabeza de cada contendiente.

Entonces Harún vio los ojos del guerrero y se le heló el corazón. ¡Qué ojos terribles! En lugar de blanco tenían *negro*, el iris era gris como el crepúsculo y las pupilas, blancas como la leche. «No es de extrañar que a los chupwalas les guste la oscuridad —comprendió Harún—. A la luz del día deben de estar tan ciegos como murciélagos, porque tienen los ojos al revés, como un negativo que te hubieras olvidado de revelar.»

Mientras contemplaba la danza marcial del Guerrero Negro, Harún pensaba en la extraña aventura en que se había metido. «¡Cuántos antagonismos, en esta batalla entre Chup y Gup! —se admiraba—. Gup es luz y Chup, oscuridad. Gup es calor y Chup, frío glacial. Gup es todo cháchara y ruido, mientras que Chup es silencio y sombra. Los gupíes aman el Océano, los chupwalas tratan de envenenarlo. A los gupíes les encantan las Historias y la Charla; los chupwalas, al parecer, odian estas cosas.» Era una guerra entre Amor (al Océano o a la Princesa) y Muerte (que era lo que Khattam-Shud, el Maestro del Culto, quería causar al Océano, y también a la Princesa).

«Pero no es tan sencillo», se dijo, porque la danza del Guerrero Negro le indicaba que también el silencio tenía su gracia y su belleza (del mismo modo que la charla podía ser insípida y desabrida); y que la Acción podía ser tan notable como la Palabra y las criaturas de la oscuridad, tan bellas como los hijos de la luz. «Si gupíes y chupwalas no se odiaran tanto —pensó—, podrían encontrarse mutuamente

interesantes. Según se dice, los contrarios se atraen.»

En aquel momento, el Guerrero Negro se puso rígido; volvió sus extraños ojos hacia el arbusto detrás del cual estaban escondidos los gupíes y alargó su Sombra hacia ellos. La Sombra se irguió con su enorme espada en alto. El Guerrero Negro (envainando su *propia* espada, acción que no imitó la Sombra) se acercó andando despacio. Sus manos se movían frenéticamente en lo que parecía una danza de ira o de odio. Eran unos ademanes más y más rápidos y vehementes; y al fin, con un movimiento que podía ser de repugnancia, dejó caer las manos y (¡horror de los horrores!) empezó a hablar.

8

LOS GUERREROS NEGROS

El esfuerzo que tenía que hacer para producir sonidos deformaba la cara ya de por sí extraordinaria del Guerrero Negro (piel verde, labios escarlata, mejillas con franjas blancas, etcétera) en espantosas y complicadas muecas.

—Gogogol —gorgoteó y, a continuación, tosió—: Kafka.

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Qué dice este tipo? —preguntó el Príncipe Bolo—. No he entendido ni una palabra.

—¡Qué *fantasma*! ¿Qué te parece? Me refiero a nuestro Bolo. Piensa que dándose esos aires no notaremos que está *muerto de miedo*.

Harún se preguntaba por qué Bocalegre permanecía al servicio del Príncipe Bolo si tenía tan mala opinión de él; pero mantuvo la boca cerrada, en parte porque no quería que ella le dijera algo desagradable, en parte porque empezaba a gustarle mucho, lo que hacía que se sintiera de acuerdo con sus opiniones, y más que nada porque había una Sombra gigantesca con una gran espada cerniéndose sobre ellos y un Guerrero que gruñía y siseaba a pocos pasos de distancia; en suma, porque no era momento para estar de conversación.

—Si, como se dice, en la actualidad la gente del país de Chup casi no habla nada, a causa de los decretos del Maestro del Culto, no es de extrañar que este Guerrero haya perdido temporalmente el control de la voz —explicaba Rasid Khalifa al Príncipe Bolo que permanecía impávido.

—Pues es un inconveniente —dijo éste—. Realmente, no me cabe en la cabeza que haya gente que no pueda hablar.

El Guerrero Negro, sin hacer caso del Príncipe, se dirigió a Rasid con rápidos ademanes y consiguió decir unas palabras que sonaron como graznidos.

—Muerte —dijo—. Blo-Vino-Ya.

—O sea, que quiere nuestra muerte —exclamó Bolo llevándose la mano a la espada—. Pues no va a serle fácil. Eso se lo *prometo*.

—Bolo —dijo el General Kitab—, ¿quieres callar? ¡Carape! Este Guerrero trata de decirnos algo.

Los ademanes del Guerrero Negro se aceleraron con desesperación: torcía los dedos en todas las direcciones, juntaba las manos formando ángulos distintos, señalaba partes de su cuerpo y repetía roncamente:

—Muerte. Muerte. Blo-Vino-Ya.

Rasid Khalifa se dio una palmada en la frente.

—Ya lo tengo —exclamó—. ¡Qué necio soy! Este hombre no ha parado de hablarnos con toda fluidez.

—No seas majadero —respondió el Príncipe Bolo—. ¿Fluidos esos gruñidos?

—Me refiero a las manos —respondió Rasid, mostrando considerable paciencia ante los barboteos de Bolo—. Se sirve del lenguaje de las manos.

Y no decía «muerte» sino «Mudra». Es su nombre. Trataba de presentarse. «Mudra. Hablo abhinaya.» Eso decía. «Abhinaya» es el nombre del más antiguo lenguaje corporal que existe y que, por cierto, yo conozco.

Mudra y su Sombra inmediatamente empezaron a asentir vigorosamente. Ahora la Sombra envainó la espada a su vez y empezó a hablar por señas con la misma rapidez que el propio Mudra, y Rasid no tuvo más remedio que suplicar.

—Un momento. Que hable sólo uno, por favor. Y despacio; hace mucho tiempo que no practico y vais demasiado de prisa para mí.

Después de «escuchar» las señas de Mudra y de su Sombra durante un rato, Rasid se volvió hacia el General Kitab y el Príncipe Bolo con una sonrisa.

—No hay que preocuparse —dijo—. Mudra es amigo. Es más, éste ha sido un encuentro afortunado, porque aquí está nada menos que el Mejor Guerrero de Chup, al que la mayoría de chupwalas consideran el segundo del propio Khattam-Shud, el Maestro del Culto.

—Si es el segundo de Khattam-Shud —exclamó el Príncipe Bolo—, hemos tenido suerte, en efecto. Hagámoslo prisionero, carguémoslo de cadenas y digamos al Maestro del Culto que no lo liberaremos hasta que nos entregue a Batchit sana y salva.

—¿Y cómo te propones capturarlo? —preguntó el General Kitab suavemente—. No creo que se deje, ¿comprendes? Ejem.

—Por favor, escuchad —imploró Rasid—. Mudra ya no es aliado del Maestro del Culto. Le repugna la creciente crueldad y fanatismo del Culto de Bezabán, el ídolo de hielo sin lengua, y ha roto sus relaciones con Khattam-Shud. Ha venido aquí, a esta selva crepuscular, a reflexionar sobre lo que debe hacer ahora. Si queréis puedo traduciros lo que él diga en abhinaya.

El General Kitab asintió y Mudra empezó a «hablar». Harún advirtió que no utilizaba sólo las manos para expresarse. También era importante la posición de los pies, así como los movimientos de los ojos. Además, Mudra poseía un asombroso control sobre todos y cada uno de los músculos de su cara pintada de verde. Podía hacer que tremolaran y se ondularan independientemente, de un modo sorprendente, lo cual era uno de los recursos de su forma de expresión, el abhinaya.

—No penséis que todos los chupwalas siguen a Khattam-Shud, ni adoran a su Bezabán —«dijo» Mudra con su lenguaje mudo y móvil (Rasid traducía sus «palabras» al lenguaje corriente)—. La mayoría, sencillamente, temen sus poderes mágicos. Pero, si él fuera derrotado, el pueblo de Chup me seguiría a mí; y, aunque mi Sombra y yo seamos guerreros, los dos queremos la Paz.

Ahora le tocó «hablar» a la Sombra.

—Debéis comprender que en el País de Chup se considera a las Sombras iguales a las personas a las que están unidas —empezó (y Rasid iba traduciendo)—. Los chupwalas viven en la oscuridad, ¿comprendéis?, y en la oscuridad una Sombra no

tiene por qué ser siempre una forma única. Algunas Sombras, como yo misma, aprendemos a cambiar sólo con desearlo. ¡Imaginad las ventajas! Si a una Sombra no le gusta el vestido o el peinado de la persona a la que está unida, ¡puede elegir el que más le guste! La Sombra de un chupwala puede tener la gracia de un danzarín aunque su dueño sea patoso, ¿comprendéis? Lo que es más, en el País de Chup muchas Sombras tienen una personalidad más fuerte que la Persona, el Yo o Sustancia al que están unidas. Así, con frecuencia es la Sombra la que toma la iniciativa, y la Persona, Ser o Sustancia va a remolque. Desde luego, puede haber desavenencias entre la Sombra y la Sustancia, Yo o Persona; pueden tirar cada cual por su lado (¡cuántas veces lo habré visto!), pero también se dan casos de verdadera compenetración y respeto mutuo. Por ello, la Paz con los chupwalas significa la Paz con sus Sombras. Y también entre las Sombras Khattam-Shud, el Maestro del Culto, ha causado graves daños.

Mudra, el Guerrero Negro, reanudó su relato. Sus manos se movían más y más aprisa, sus músculos faciales se ondulaban y fruncían de excitación y sus piernas danzaban con agilidad. Rasid tenía que apurarse para seguir su ritmo.

—La magia negra de Khattam-Shud ha llegado a límites sobrecogedores —reveló Mudra—. Ha profundizado tanto en la Variedad Oscura de la brujería que él mismo se ha hecho mutable y tenebroso, más Sombra que Persona. Y, a medida que ha ido asemejándose a su Sombra, ésta ha tomado las características de la Persona, y en estos momentos ya no es posible decir quién es la Sombra y quién la Persona de Khattam-Shud, porque él ha hecho algo que ningún chupwala soñó jamás, es decir, ¡se ha separado de su Sombra! Y ahora vaga por la oscuridad desprovisto de Sombra, y su Sombra va donde quiere. ¡*Khattam-Shud, el Maestro del Culto, puede estar en dos sitios a la vez!*

En este momento, Bocalegre, que miraba al Guerrero Negro con algo muy parecido a la adoración o devoción, exclamó:

—¡Pero ésa es la *peor noticia del mundo!* ¡Ya era casi *imposible* derrotarlo una vez, y ahora tú nos dices que tenemos que vencer *dos veces!*

—Exactamente —dijeron los graves ademanes de la Sombra de Mudra—. Además, este nuevo Khattam-Shud doble, este hombre-sombra, esta sombra-hombre, tiene un efecto muy pernicioso en las relaciones entre los chupwalas y sus Sombras. Ahora existe mucho descontento entre las Sombras por estar unidas a los chupwalas por los pies; y hay muchos altercados.

»Son tiempos muy tristes —dijeron en conclusión los ademanes de Mudra—. Y es que un chupwala no puede fiarse ni de su sombra.

Se hizo el silencio, mientras el General Kitab y el Príncipe Bolo digerían cuanto Mudra y su sombra habían «dicho». Y el Príncipe Bolo estalló:

—¿Y por qué hemos de creer a esta criatura? ¿No ha reconocido ser un traidor a su propio jefe? ¿Es que ahora hemos de tratar con traidores? ¿Cómo sabemos que esto no es otra traición? ¿Más doblez? ¿Una especie de trampa?

El General Kitab, según Harún había podido observar, habitualmente era un hombre ecuánime que gustaba de una buena discusión; pero ahora se ruborizó y

hasta pareció que se hinchaba ligeramente.

—¡Canastos, Alteza! —dijo al fin—. Aquí mando yo. Callad la boca, si no queréis volver a Gup y que sea otro el que rescate a vuestra Batchit. No creo que eso os hiciera mucha gracia, rayos y centellas.

Bocalegre parecía encantada con la reprimenda; Bolo puso cara asesina, pero mantuvo la boca cerrada. Y más le valió a todos, porque, ante las acusaciones de Bolo, la Sombra de Mudra entró en un verdadero frenesí de mutaciones, agigantándose, rascándose por todas partes, adoptando el perfil de un dragón que vomitaba fuego y el de otras criaturas: grifo, basilisco, manticore, ogro. Y mientras la Sombra hacía estos alardes de furor, el propio Mudra se retiró unos pasos y se apoyó en la cepa de un árbol con expresión de aburrimento, mirándose las uñas, bostezando y haciendo girar los pulgares. «El Guerrero y su Sombra forman un buen equipo —pensó Harún—. Cada uno representa un papel diferente y de este modo nadie sabe lo que piensan o sienten en realidad; que, desde luego, puede ser algo completamente distinto.»

El General Kitab se acercó a Mudra con gran respeto, casi con un respeto exagerado.

—¡Rayos, Mudra, ¿nos ayudarás?! ¡No será empresa fácil la nuestra, en la Oscuridad de Chup! Nos vendría bien alguien como tú. Gran Guerrero y demás. ¿Qué me dices?

El Príncipe Bolo estaba echando chispas en el linde del claro mientras Mudra paseaba, pensativo. Al fin, volvió a hacer señas. Rasid tradujo sus «palabras».

—Sí, os ayudaré —dijo el Guerrero Negro—. Porque el Maestro del Culto tiene que ser derrotado. Pero antes debéis tomar una decisión.

—Apuesto a que sé de qué se trata —cuchicheó Bocalegre a Harún—. Es la decisión que debimos tomar antes de *salir*: qué salvamos antes, a Batchit o al Océano. Por cierto —agregó sonrojándose ligeramente—, ¿no lo encuentras imponente? ¿*Tremendo, colosal, agudo*? Me refiero a Mudra.

—Ya sé a quién te refieres —dijo Harún sintiendo la comezón de lo que podían ser celos—. No está mal, imagino.

—¿*Que no está mal*? —siseó Bocalegre—. ¿Cómo puedes decir...?

Pero se interrumpió porque Rasid estaba traduciendo las «palabras» de Mudra.

—Como os he dicho, ahora hay dos Khattam-Shuds. Uno de ellos tiene a la Princesa Batchit cautiva en la Ciudadela de Chup y en este momento está pensando en coserle los labios en la Fiesta de Bezabán. El otro, como ya debéis de saber, está en la Zona Vieja, tramando la destrucción del Océano de las Corrientes de las Historias.

Una portentosa testarudez embargó al Príncipe Bolo de Gup:

—Tú dirás lo que quieras, General, pero una Persona es antes que un Océano, sea cual fuere el peligro. Tenemos que salvar a Batchit; Batchit, mi amor, mi tesoro. ¡Sus labios de grana deben ser salvados de la aguja del Maestro del Culto y sin tardanza! ¿Qué os pasa, gente? ¿Es que no tenéis sangre en las venas? General, y vos, Sir Mudra: ¿sois hombres o... o... Sombras?

—No hay por qué seguir insultando a las sombras —gesticuló la Sombra de

Mudra con dignidad y sosiego. (Bolo se hizo el desentendido.)

—Muy bien —convino el General Kitab—. ¡Adelante! Pero hay que enviar a alguien a investigar lo que ocurre en la Zona Vieja. ¿A quién enviamos? Vamos a ver... ¡Ejem...!

En ese momento Harún carraspeó.

—Iré yo —se ofreció.

Todos se volvieron a mirar al chico del camisón rojo con parches púrpura que se sentía un poco ridículo.

—¿Humm? ¿Qué dices? —preguntó el Príncipe Bolo con aspereza.

—Vosotros creísteis que mi padre era espía de Khattam-Shud —dijo Harún—. Ahora, si Vos y el General lo deseáis, yo espiaré a Khattam-Shud para vosotros. O a su Sombra, quienquiera que sea el que está en la Zona Vieja, envenenando el Océano.

—¿Y por qué diantre te ofreces voluntario para esta peligrosa misión? —preguntó el General Kitab.

«Buena pregunta —pensó Harún—. Debo de ser un perfecto idiota.» Pero en voz alta dijo:

—Verá, Señor, la cosa es que durante mi vida he oído hablar del maravilloso Mar de las Historias, de los Genios del Agua y demás, pero no empecé a creer en todo ello hasta que, la otra noche, vi a Iff en mi cuarto de baño. Y ahora he venido a Kahani y he visto con mis propios ojos lo hermoso que es el Océano, con todas sus Corrientes de Historias de unos colores que ni siquiera sé cómo se llaman, y sus Jardineros Flotantes y sus Peces Multifauces y todo lo demás, pero quizá sea tarde, porque todo el Océano puede morir de un momento a otro si no hacemos algo, y no me gusta la idea, Señor, ni pizca, Señor, no me gusta pensar que todos los hermosos cuentos del mundo se echen a perder para siempre jamás. Como digo, no empecé a creer en el Océano hasta hace poco, pero quizá no sea tarde para hacer algo.

«Ya está —pensó—, ya *lo has hecho: ponerte en ridículo.*» Pero Bocalegre le miraba como miraba a Mudra hacía un rato, y era muy agradable, no se podía negar. Y entonces Harún vio la expresión de su padre. «Oh, no —pensó—, ya sé exactamente lo que va a decir...»

—Hay en ti algo más de lo que salta a la vista, joven Harún Khalifa —dijo Rasid.

—Olvídenlo —murmuró Harún, furioso—. Olviden que *hablé siquiera.*

El Príncipe Bolo se acercó con grandes zancadas y dio a Harún una palmada en la espalda que lo dejó sin respiración.

—¡Ni pensarlo! —gritó Bolo—. ¿Olvidar que has hablado, joven? ¡Eso nunca se olvidará! General, yo pregunto: ¿no es éste el individuo más indicado para la misión? Porque él, al igual que yo, es esclavo del Amor.

Al oír esto, Harún procuró no mirar a Bocalegre y se ruborizó.

—Desde luego —prosiguió el Príncipe Bolo paseando y moviendo los brazos con arrogancia (y cierto atolondramiento)—. Del mismo modo que mi gran pasión, mi *amour*, me empuja hacia Batchit, siempre hacia Batchit, el destino de este muchacho es rescatar aquello que *él* ama: el Océano de las Historias.

—Está bien —el general Kitab accedió—. Joven Harún, tú serás nuestro espía. ¡Qué carape! Te lo has ganado. Elige a tus compañeros de expedición y marchaos — su voz era ronca y áspera como si tratara de ocultar su preocupación tras una apariencia de severidad.

«Se acabó —pensó Harún—. Ya es tarde para volverse atrás.»

—¡Mucho ojo! ¡Deslízate en la sombra! ¡Observa sin ser visto! —exclamó Bolo con acento teatral—. Ahora también tú vas a ser un Guerrero Negro.

Para llegar a la Zona Vieja de Kahani había que dirigirse hacia el Sur por la Franja del Crepúsculo, costeando el País de Chup, hasta que el oscuro y silencioso continente quedaba atrás y el Océano Polar del Sur de Kahani se extendía en todas las direcciones. Harún e Iff, el Genio del Agua, emprendieron viaje con este rumbo cuando aún no había transcurrido una hora desde que Harún se ofreciera voluntario. Los compañeros que eligieron eran Goopy y Bagha, los Multifauces que burbujaban detrás de ellos, y el viejo y sarmentoso Mali, el Jardinero Flotante, con sus labios lila y su sombrero de raíces. Mali caminaba sobre el agua a su lado. (Harún quería llevarse a Bocalegre, pero la timidez le impidió pedirselo y, además, ella parecía preferir quedarse junto a Mudra, el Guerrero Negro. Y, en cuanto a Rasid, éste era indispensable para traducir el Lenguaje de Signos de Mudra al General y al Príncipe.)

Al cabo de varias horas de viajar a gran velocidad por la Franja del Crepúsculo, se encontraron en el Océano Polar del Sur. Aquí las aguas estaban más descoloridas y más frías que en ningún otro lugar.

—¡No cabe la menor duda, vamos por buen camino!

—¡Si antes estaba sucio, ahora está cochino! —dijeron Goopy y Bagha tosiendo y escupiendo.

Mali avanzaba a saltos sobre las aguas sin dar señales de incomodidad.

—Si tan envenenada está el agua, ¿no te ataca los pies? —preguntó Harún.

Mali movió la cabeza.

—Hace falta más que eso. Un poco de veneno, ¡bah! Un poco de ácido, ¡bah! Un Jardinero es pájaro viejo y correoso. A mí no me para esto.

Entonces, con gran sorpresa de Harún, el Jardinero entonó con su voz bronca una cancioncilla:

Puedes parar un cheque, sí,
Puedes parar una filtración,
Puedes parar la circulación, pero
¡No puedes pararme a mí!

—Lo que nosotros venimos a parar es la obra de Khattam-Shud, el Maestro del Culto —le recordó Harún adoptando la que él consideraba autoritaria voz de jefe.

—Si es verdad que cerca del Polo Sur hay una Fuente o Manantial de las Historias —apuntó Iff—, allí estará Khattam-Shud, podéis apostar lo que queráis.

—De acuerdo —dijo Harún—. ¡Pues vamos al Polo Sur!

La primera desgracia llegó poco después. Goopy y Bagha, haciendo pucheros, reconocieron que no podían seguir adelante.

—¡No pensábamos que estuviera tan mal!

—¡Os hemos defraudado! ¡Nos sentimos fatal!

—¡Qué dolor! ¡Qué calamidad!

—Ya no podemos ni hablar en rima.

Las aguas del Océano se hacían más viscosas a cada milla, más viscosas y más frías; muchas de las Corrientes de las Historias estaban llenas de una sustancia oscura y espesa como la melaza. «La causa de esto no puede estar muy lejos», pensó Harún. Y dijo tristemente a los Multifaces:

—Quedaos aquí, vigilando. Seguiremos adelante sin vosotros.

«Desde luego, aunque haya peligro, ellos no podrán avisarnos», comprendió Harún, pero los Multifaces estaban ya tan desconsolados que se reservó este pensamiento.

La luz era muy escasa (estaban en el mismo borde de la Franja del Crepúsculo, muy cerca del hemisferio de la Oscuridad Perpetua). Los viajeros continuaron hacia el Polo; y cuando Harún vio que del Océano se elevaba un bosque de alta maleza que se mecía a impulsos de una leve brisa, la falta de luz aumentó su desconcierto.

—¿Tierra? —preguntó Harún—. Creí que aquí no podía haber tierra.

—Aguas abandonadas, eso es —dijo Mali con repugnancia—. Infestadas de malas hierbas. Descuidadas. Echadas a perder. No hay nadie que se encargue del aseo. Es una vergüenza. Dame un año y te dejaré este lugar que parecerá otro —era todo un discurso para el Jardinero Flotante. Evidentemente, estaba indignado.

—No tenemos un año —dijo Harún—. Pero no quiero volar sobre esa selva. Les sería muy fácil descubrirnos y, por otra parte, no podríamos llevarte con nosotros.

—No te preocupes por mí —dijo Mali—. Ni pienses en volar. Yo abriré un camino —y, con estas palabras, se imprimió una brusca aceleración y desapareció en la selva flotante.

Segundos después, Mali se había puesto a trabajar y Harún vio volar por el aire grandes masas de vegetación. Las criaturas que habitaban en la selva de maleza escapaban despavoridas: polillas albinas gigantes, grandes y esqueléticos pájaros grises, largos gusanos blancuzcos de cabeza plana en forma de visera. «Aquí hasta la fauna es Vieja —pensó Harún—. ¿Habrá dinosaurios más allá?... Bueno, dinosaurios precisamente no, sino los que vivían en el agua... eso... ictiosaurios.» La idea de ver asomar de las aguas la cabeza de un ictiosaurio era a un tiempo estremecedora y emocionante. «De todos modos, son vegetarianos, o *eran* vegetarianos —se dijo para tranquilizarse—. Por lo menos, eso creo.»

Mali volvió corriendo sobre las aguas para dar el informe sobre los trabajos a realizar.

—Arrancar hierba. Controlar plagas. Dentro de nada, habré abierto canal —y se alejó.

Cuando el canal estuvo abierto, Harún indicó a la Abubilla Butt que entrara en

él. No se veía a Mali por ningún sitio.

—¿Dónde te has metido? —gritó Harún—. No es el momento de jugar al escondite —pero no recibió respuesta.

Era un canal estrecho, en el que aún flotaban raíces y hierbas... y estaban en el corazón de la selva de maleza cuando ocurrió la segunda catástrofe. Harún oyó un leve siseo y un instante después vio que algo enorme era lanzado hacia ellos, algo parecido a una red colosal, una red tejida de oscuridad, que cayó sobre ellos aprisionándolos.

—Es un Manto de Noche —explicó Butt—, legendaria arma chupwala. Es inútil resistirse; cuanto más forcejeas, más se agarra. Lamento informar que nos hemos caído con todo el equipo.

Harún oía ruidos al otro lado del Manto de Noche: siseos y pequeñas risas ahogadas. Y también había ojos, ojos que miraban a través de la red, ojos como los de Mudra, con negro en lugar de blanco —pero éstos no eran amigos, ni mucho menos—. ¿Y dónde estaba Mali?

«Conque ya estamos prisioneros —pensó Harún, furioso—. Valiente héroe estoy hecho.»

9

LA NAVE OSCURA

Eran remolcados suavemente. Sus captores, cuyas oscuras siluetas Harún empezó a distinguir cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, tiraban del Manto con unas supercuerdas invisibles pero muy fuertes. ¿Tiraban hacia dónde? Aquí a Harún le fallaba la imaginación. Lo único que podía ver con los ojos de la mente era un gran agujero negro que se abría ante él como una enorme boca en un bostezo y que, lentamente, lo aspiraba.

—Estamos acabados, con el agua al cuello, nos salió el tiro por la culata —dijo Iff con desconsuelo. Y Butt no se mostraba más animoso.

—A Khattam-Shud nos llevan, bien envueltos y atados como un regalo —gimió la Abubilla sin mover el pico—. Y cuando lleguemos, zas, bam, finito, adiós. Él mora en el corazón de la oscuridad, en el fondo de un agujero negro, según dicen, devorando luz, devorándola cruda, con los dedos, sin dejar escapar ni un destello. Y también se come las palabras. Y puede estar en dos sitios a la vez, y no hay escapatoria. ¡Tristes de nosotros! ¡Qué dolor! ¡Ay, ay, ay!

—¡Pues si que estáis hechos una buena pareja! —dijo Harún con toda la jovialidad de que fue capaz. Y, dirigiéndose a Butt, agregó—: ¡Vaya una máquina! Te tragas todas las historias de terror que oyes, y hasta las que encuentras en la cabeza de los demás. Eso del agujero negro, por ejemplo, estaba pensándolo yo y tú me lo has birlado para asustarte a ti mismo. Vamos, Abubilla, ánimo.

—¿Cómo quieres que tenga ánimo —gimió la Abubilla sin mover el pico—, cuando unos desconocidos me arrastran hacia donde se les antoja?

—¡Mirad! —dijo Iff—. Fijaos en el Océano.

El veneno oscuro y espeso estaba ya en todas partes, borrando los colores de las Corrientes de las Historias de tal manera que Harún ya no los distinguía. Una vaharada fría y húmeda se elevaba del agua que debía de estar cerca del punto de congelación. «Fría como la muerte», no pudo menos que pensar Harún. El dolor de Iff empezó a desbordarse.

—Es culpa nuestra —sollozó—. Nosotros somos los Guardianes del Océano y no lo guardamos. ¡Mirad este Océano, miradlo! Son las historias más viejas que se han inventado, y mirad en qué estado se encuentran. Las hemos dejado corromperse, las abandonamos mucho antes de este envenenamiento. Perdimos el contacto con los orígenes, con nuestras raíces, con nuestro Manantial, nuestra Fuente. Son aburridos, decíamos, no hay demanda, excedente de almacén. ¡Y ahora miradlos! Sin color, sin vida, sin nada. ¡Perdidas!

Cómo habría horrorizado a Mali el espectáculo, pensó Harún; quizá a Mali más

que a nadie.

Pero del Jardinero Flotante no había ni rastro. «Probablemente, estará enfardelado como nosotros en otro Manto de Noche —supuso Harún—. ¡Lo que yo daría por ver ahora su viejo cuerpo de raíces retorcidas corriendo a nuestro lado y oír su voz suave y florida pronunciando sus ásperas y lacónicas palabras!»

Las aguas envenenadas chapoteaban en los costados de Butt, chapoteo que se acentuó cuando el Manto de Noche se detuvo bruscamente. Iff y Harún, instintivamente, levantaron los pies para que no los salpicara el agua, pero una de las bonitas zapatillas puntiagudas y bordadas del Genio del Agua (para ser exactos, la del pie izquierdo) cayó al Océano, y en un abrir y cerrar de ojos, con un siseo, un silbido, un borboteo y un gorgoteo, fue devorada hasta su rizada punta.

Harún estaba impresionado y horrorizado.

—El veneno está tan concentrado que actúa como un potente ácido —observó—. Abubilla, debes de estar hecha de un material muy resistente. Iff, menos mal que fue la zapatilla y no tú quien se cayó al agua.

—No cantes victoria —dijo lúgubrementemente Butt sin mover el pico—. ¿Quién sabe lo que nos aguarda más adelante?

—Vaya, muchas gracias —respondió Harún—. ¿Alguna otra alegre reflexión?

Pero él estaba preocupado por Mali. El Jardinero Flotante había caminado por la superficie de aquel veneno concentrado. Era una criatura curtida y robusta, pero ¿podría resistir el ácido? Harún tuvo una horrible visión de Mali hundiéndose lentamente en el Océano y, con un siseo, un silbido, un borboteo y un gorgoteo... movió la cabeza. No era momento para pensamientos negativos.

El Manto de Noche fue retirado y, a la tenue claridad del crepúsculo, Harún vio que habían llegado a un gran claro de la selva de maleza. A poca distancia se levantaba lo que parecía un muro de noche. «Ahí debe de empezar la Oscuridad Perpetua —pensó Harún—. Nos encontramos sin duda en la misma frontera.»

En la superficie sólo flotaban algunas raíces y hierbas, la mayoría, quemadas y corroídas por el ácido venenoso. Todavía no había ni rastro de Mali, y Harún seguía temiendo lo peor.

Un grupo de trece chupwalas habían rodeado a Butt y apuntaban a Iff y Harún con armas de aspecto amenazador. Todos tenían aquellos ojos en negativo que Harún había visto en la cara de Mudra, con pupila blanca en lugar de negra, iris grisáceo en lugar de color y el blanco, negro. Pero, a diferencia del Guerrero Negro, estos chupwalas eran unos tipos resecos, antipáticos y birriosos que llevaban capas y capuchas negras, con la insignia de la guardia personal de Khattam-Shud, el Maestro del Culto, es decir, el emblema de los Labios Sellados. «Parecen una pandilla de funcionarios vestidos de carnaval —pensó Harún—. Pero no hay que subestimarlos, son peligrosos, no cabe duda.»

Los chupwalas se apretujaban alrededor de la Abubilla, mirando a Harún con curiosidad, lo cual resultaba muy desagradable. Montaban una especie de grandes caballos marinos que parecían tan perplejos por la presencia del muchacho terrestre como sus jinetes.

—Sólo para información —dijo la Abubilla Butt—, estos oscuros caballos marinos también son máquinas. Pero ya se sabe que un caballo oscuro siempre es una incógnita. No hay que fiarse².

Pero Harún no escuchaba.

Acababa de descubrir que el muro de noche que él creía que era el principio de la Oscuridad Perpetua no era tal. En realidad, era una nave colosal, un barco enorme, en forma de arca, anclado en el claro. «Ahí es donde nos llevan —comprendió con profunda tristeza—. Debe de ser la nave insignia de Khattam-Shud, el Maestro del Culto.» Pero cuando abrió la boca para decírselo a Iff, descubrió que el miedo le había secado la garganta y lo único que salió de sus labios fue un extraño graznido:

—Craa —hizo señalando la nave oscura—. Cra, cra.

Unas pasarelas provistas de barandillas bajaban del costado de la Nave Oscura. Los chupwalas los llevaron hasta el pie de una de las pasarelas y allí Harún e Iff tuvieron que separarse de Butt y empezar la larga ascensión hasta cubierta. Mientras subía, Harún oyó un grito lastimero y, al volverse, vio que la Abubilla protestaba sin mover el pico.

—Pero pero pero no podéis llevaros *esto*. ¡De ninguna manera, es mi *cerebro*!

Dos chupwalas encapuchados se habían subido al lomo de Butt y estaban desatornillándole la parte superior de la cabeza. De su interior extrajeron una caja metálica pequeña de brillo satinado, mientras siseaban de satisfacción. Y se fueron, dejando a Butt flotando, con los circuitos desconectados y despojado de sus células de memoria y módulo de mando. Parecía un juguete roto. «¡Ay, Abubilla —pensó Harún—, cómo me pesa haberte dicho, para hacerte rabiar, que eras una simple máquina! Eres la mejor y más valiente de las máquinas que han existido, y yo he de recuperar tu cerebro, ya lo verás.» Pero él sabía que aquella era una promesa gratuita, porque, al fin y al cabo, tenía sus propios problemas.

Siguieron subiendo. Entonces Iff, que iba detrás de Harún, dio un traspié, estuvo a punto de caer y agarró la mano de Harún, aparentemente para sujetarse. Harún notó que el Genio del Agua le ponía algo pequeño y duro en la palma y cerró la mano.

—Es una ayudita para un caso de apuro, cortesía de PECPE —cuchicheó Iff—. Quizá te sirva. Había chupwalas delante y detrás.

—¿Qué es? —preguntó Harún en voz baja.

—Si muerdes un extremo —susurró Iff—, tienes dos minutos de luz potente. Se llama Masca-Lux por razones que no necesitan explicación. Escóndelo debajo de la lengua.

—¿Y tú? —susurró Harún—. ¿Tienes otro? —pero Iff no contestó, y Harún

² *Dark horse*, en una carrera, es el caballo desconocido. Por extensión, el personaje que puede dar una sorpresa. (N. de t.)

comprendió que el Genio del Agua le había dado el único dispositivo que poseía—. No puedo aceptarlo, no es justo —cuchicheó, pero uno de los chupwalas lanzó un siseo aterrador y el muchacho comprendió que más le valdría callarse. Siguieron subiendo y subiendo, preguntándose qué pensaría hacer con ellos el Maestro del Culto.

Pasaron junto a una hilera de ojos de buey, y Harún ahogó una exclamación de asombro, porque por ellos salía *oscuridad*, una oscuridad que se recortaba a la claridad del crepúsculo como la luz de una ventana en la noche. Los chupwalas, en lugar de luz artificial, tenían oscuridad artificial. Harún supuso que dentro del barco habría bombillas, pero unas bombillas que producían esta extraña oscuridad para que los ojos en negativo de los chupwalas (que quedarían cegados por la luz) pudieran ver (aunque él, Harún, no veía nada). «Una oscuridad que se enciende y se apaga —se dijo Harún—. ¡Qué ocurrencia! ¡No es increíble?»

Llegaron a cubierta.

Entonces Harún advirtió lo enorme que era el barco. Bajo aquella tenue claridad, la cubierta parecía infinita; desde luego, Harún no divisaba con claridad, ni la proa ni la popa.

—¡Debe de tener una milla de largo! —exclamó. Y, si de largo tenía una milla, de ancho debía de tener por lo menos media.

—Mastodóntico, supercolosal, *grande* —convino Iff lúgubrementemente.

En la cubierta, colocados al tresbolillo, había gran número de gigantescos calderos o tanques, cada uno con su equipo de operarios. Cada caldero estaba provisto de tuberías de entrada y de salida y tenía una escala en un costado. Junto a cada uno había también pequeñas grúas mecánicas con cubos suspendidos de unos ganchos siniestramente afilados. «Deben de ser los depósitos del veneno», supuso Harún; y no se equivocaba. Los depósitos estaban llenos hasta el borde de los negros venenos que estaban matando el Océano de las Historias, venenos en su forma más pura y concentrada.

—Es un barco-factoría —dijo Harún con un estremecimiento—. Y eso lo hace mucho peor que las fábricas de tristeza de mi ciudad.

El objeto de mayor tamaño que había en la cubierta de la Nave Oscura era otra grúa. Ésta se elevaba de la cubierta como una alta torre y de su poderosa pluma colgaban unas cadenas inmensas que descendían a las aguas. Lo que hubiera al extremo de aquellas cadenas, debajo de la superficie del Océano, debía de tener un tamaño y un peso colosales; pero Harún ignoraba qué pudiera ser.

Lo que más le llamó la atención de la Nave Oscura y de cuanto en ella había, era una cualidad que él sólo podía definir como «sombra-sombra». A pesar del tamaño del barco, del número de los tanques de veneno y de la enormidad de la grúa, Harún tenía la impresión de que, en cierta manera, todo aquel tinglado era *fluido*, que le faltaba solidez, como si un gran brujo lo hubiera fabricado todo a base de sombras, dándoles una consistencia que Harún no sospechaba que pudieran poseer. «Eso es una fantasía —se dijo—. ¿Un barco construido de sombras? ¿Un barco-sombra? No seas idiota.» Pero la idea seguía rondándole, no le dejaba. *Mira el perfil de todas estas*

cosas, decía una voz dentro de su cabeza: *el contorno de los tanques de veneno, la grúa, el barco en sí. ¿No te parece un poco borroso? Así son las sombras, pues ni las más nítidas tienen un contorno tan definido como los cuerpos sólidos.*

Respecto a los chupwalas, todos los cuales pertenecían a la Unión de los Labios Sellados, reclutados entre los más adictos servidores del Maestro del Culto, en fin, Harún no podía menos que asombrarse de lo vulgares que parecían y de lo monótono que era el trabajo que se les había encomendado. Había cientos de ellos, con sus capas y sus capuchas con el emblema de los Labios Sellados, atendiendo las cubas y las grúas de cubierta y realizando una serie de trabajos mecánicos y rutinarios: comprobar indicadores, apretar juntas, arrancar y parar agitadores y limpiar la cubierta. Todo resultaba aburrido a más no poder y, sin embargo, como Harún no tuvo más remedio que recordar, ¡aquellos encapuchados resecos, antipáticos, con cara de comadreja y pinta de funcionarios, pretendían nada menos que destruir el propio Océano de las Corrientes de las Historias! Harún dijo a Iff:

—Es curioso que las cosas más espantosas puedan parecer tan *normales* y hasta, bueno, aburridas.

—Normal lo llama —suspiró Iff—. Este chico está loco, majareta, mal de la «azotea».

Sus captores los empujaron hacia un corredor en el que había dos grandes puertas negras con el símbolo de los Labios Sellados de Khattam-Shud. Todo permanecía en un silencio sólo turbado por el inquietante silbido que los chupwalas utilizaban en lugar de voz. Cuando estaban cerca de la doble puerta, los sujetaron de los brazos para que se detuvieran. Las puertas se abrieron. «Esto es el fin», se dijo Harún.

Por las puertas salió un tipo reseco, antipático, con cara de comadreja picada de viruelas y pinta de funcionario como todos los demás. Pero distinto; porque, no bien apareció, todos los chupwalas empezaron a hacer reverencias y a rascarse con todas sus fuerzas. Y es que la borrosa e insignificante criatura era nada menos que el terrible y temible Khattam-Shud, Maestro del Culto de Bezabán, el gran fantoche en persona.

«¿Ése es? ¿Es él? —se preguntó Harún con desilusión—. ¿Este tipo escuchimizado? ¡Menuda sorpresa!»

Entonces llegó otra sorpresa; el Maestro del Culto empezó a hablar. Khattam-Shud no siseaba como sus esbirros, ni barbotaba y gorgoteaba como Mudra el Guerrero Negro, sino que hablaba claramente, con voz monótona e insípida, una voz que nadie habría podido recordar si no hubiera pertenecido a Personaje tan relevante y temible.

—Espías —dijo Khattam-Shud con su voz mate—. ¡Qué pesadez y cuánto melodrama! Un Genio del Agua de Gup y algo menos corriente: un muchacho que, si no me equivoco, viene de *allá abajo*.

—En eso queda toda tu farsa del Silencio —dijo Iff con un valor considerable—. ¿No es típico, no lo sospechabas, no lo habrías adivinado? El Gran Jefe en persona hace aquello que prohíbe a los demás. Sus seguidores se cosen la boca y él habla por

los codos.

Khattam-Shud hizo como si no lo oyera. Harún lo miraba fijamente, resiguiendo el contorno del cuerpo del Maestro del Culto, hasta que estuvo seguro: en efecto, lo tenía un poco desdibujado y le tremolaba levemente lo mismo que la Nave Oscura: «sombra-sombra» lo llamó, y tenía razón. «No cabe la menor duda — decidió—, es la Sombra del Maestro del Culto que él sabe desprender de su cuerpo. Envía aquí a la Sombra y él permanece en la Ciudadela de Chup.» Hacia ella debían de dirigirse en aquel momento las fuerzas gupíes y Rasid, el padre de Harún.

Si él estaba en lo cierto y aquello era en realidad la sombra hecha hombre y no el hombre hecho sombra, los poderes de Khattam-Shud debían de ser muy grandes; porque la figura del Maestro del Culto era enteramente tridimensional, sin que faltaran en ella los ojos, que se movían hacia uno y otro lado. «Nunca en la vida había visto una Sombra semejante», tuvo que reconocer Harún. Pero su convicción de que aquélla era en realidad la Sombra del Maestro del Culto que había venido a la Zona Vieja en la Nave Oscura era cada vez más firme.

El chupwala que había desmontado la caja-cerebro de Butt se adelantó y la entregó a Khattam-Shud con una inclinación de cabeza. El Maestro del Culto empezó a jugar con el pequeño cubo de metal arrojándolo al aire y murmurando:

—Ahora veremos lo que pasa con sus Procesos Excesivamente Complicados Para Explicarlos. Una vez haya desmontado esto, yo los explicaré, podéis estar seguros.

En aquel momento, Harún tuvo una idea que le hizo dar vueltas la cabeza. *Khattam-Shud le recordaba a alguien.* «Yo lo conozco —pensó con asombro—. Yo lo he visto antes. Es imposible, pero me resulta muy, muy familiar.»

El Maestro del Culto se acercó a Harún y le miró a la cara sin pestañear.

—¿Qué te trae hasta aquí, eh? —preguntó con su voz sosa—. Las *historias*, supongo —dijo la palabra «historias» como si fuera la más inmundada del lenguaje—. Pues ya ves adónde te han llevado las historias. ¿Me sigues? Se empieza con historias y se acaba en espionaje, y ésta es una acusación grave, chico, no la hay peor. Más te hubiera valido mantener los pies en el suelo. Pero tenías la cabeza en las nubes. Más te hubiera valido atenerte a los hechos, pero estabas repleto de historias. Más te hubiera valido quedarte en tu casa, pero tenías que venir. Las historias traen disgustos. Un Océano de Historias es un Océano de Disgustos. Contéstame a esto: ¿qué utilidad tienen unas historias que ni siquiera son verdad?

—Yo te conozco —gritó Harún—. Tú eres él. Tú eres Mr. Sengupta y tú robaste a mi madre y abandonaste a la señora gorda y eres un funcionario antipático, rastrero, ruin, vil, con cara de comadreja picada de viruelas. ¿Dónde la tienes escondida? ¡Quizá esté prisionera en este barco! Vamos, entrégamela.

Iff, el Genio del Agua, sujetó a Harún por los hombros con suavidad. El chico temblaba de furor y de otros sentimientos, e Iff esperó a que se calmara.

—Harún, chico, no es el mismo individuo —dijo con dulzura—. Quizá se le parezca, quizá sea su viva imagen, su doble exacto, pero créeme, chico, éste es Khattam-Shud, el Maestro del Culto de Bezabán.

Khattam-Shud mantenía una imperturbabilidad de funcionario. Con la mano derecha seguía jugueteando distraídamente con la caja-cerebro de la Abubilla Butt. Por fin, volvió a oírse aquella voz suya, monótona y somnífica:

—Las historias han deformado el cerebro del muchacho —dictaminó con solemnidad—. No hace más que soñar y decir tonterías. Es un chico desvergonzado e insolente. ¿Cómo iba yo a tener el menor interés por su madre? Las historias te han hecho incapaz de ver a quién tienes delante. Las historias te han hecho creer que un Personaje como Khattam-Shud, el Maestro del Culto, debería tener... *este aspecto*.

Harún e Iff lanzaron un grito de espanto cuando Khattam-Shud cambió de forma. Ante sus ojos atónitos y consternados, el Maestro del Culto creció hasta alcanzar los ciento un pies de altura con ciento una cabezas, cada una con tres ojos y lengua de fuego; y ciento un brazos, cien de los cuales empuñaban enormes espadas negras y el ciento uno jugaba lanzando al aire con indiferencia la caja-cerebro de Butt... y luego, con un pequeño suspiro, Khattam-Shud se encogió y adoptó su anterior forma de funcionario...

—Una demostración —dijo, encogiéndose de hombros—. Estas exhibiciones son propias de las historias, pero innecesarias y también burdas... Espías, espías —musitó—. Bien, veréis lo que vinisteis a ver. Aunque, evidentemente, no os será posible hacer el informe.

Dio media vuelta y, andando encorvado, se dirigió hacia las puertas negras.

—Traedlos —ordenó antes de desaparecer.

Los soldados chupwalas rodearon a Harún y a Iff y los empujaron. Al cruzar el umbral de las puertas, se encontraron en lo alto de una amplia escalera negra que desaparecía en las negras entrañas del barco.

10

EL DESEO DE HARÚN

Mientras Harún e Iff estaban en lo alto de la escalera, la absoluta oscuridad creada por miles de «bombillas negras» se extinguió de pronto y fue sustituida por la penumbra del crepúsculo. Khattam-Shud había ordenado apagón general, para apabullar a sus prisioneros mostrándoles todo su poder. Ahora, Harún e Iff podían ver por dónde iban y empezaron a bajar hacia las profundidades de la inmensa nave. Alrededor de ellos, los chupwalas se ponían unas gafas oscuras bastante modernas, de modelo envolvente, para que la claridad no les impidiera ver. «Ahora parecen funcionarios disfrazados de rockeros», pensó Harún.

Ahora podía ver que, debajo de la cubierta, la Nave Oscura era una única e inmensa cavidad alrededor de la cual discurrían galerías y pasadizos a siete niveles diferentes, comunicados entre sí por escalas y escaleras; y estaba llena de máquinas. ¡Y qué máquinas! «Excesivamente Complicadas para Ser Descritas”, murmuró Iff. ¡Qué zumbido de zumbadores, qué agitación de agitadores, qué elevación de elevadores, qué colada de coladores, qué chirrido de exprimidores y qué ronroneo de refrigeradores! Khattam-Shud los esperaba en una pasarela alta, arrojando despreocupadamente de una mano a la otra el cerebro de la Abubilla Butt. En cuanto Harún e Iff (y los guardias, desde luego) llegaron a su lado, él empezó a dar secas explicaciones.

Harún procuraba prestar atención, a pesar de que la voz del Maestro del Culto era lo bastante monótona como para hacerte dormir en menos de diez segundos.

—Aquí tenemos los Mezcladores de Veneno —decía Khattam-Shud—. Hay que producir muchos venenos, porque cada historia del Océano tiene que estropearse de manera diferente. Una historia alegre debes convertirla en triste. Al drama de acción tienes que imponerle lentitud. En el cuento de misterio has de procurar que la identidad del criminal esté clara hasta para el más obtuso. Una historia de amor se corrompe convirtiéndola en un relato de odio. Para destruir una tragedia tienes que hacer que provoque una risa incontenible.

—Y para destruir el Océano de las Historias —murmuró Iff, el Genio del Agua—, tienes que agregarle un Khattam-Shud.

—Puedes decir lo que quieras —le dijo el Maestro del Culto—. Mientras puedas —y prosiguió con sus aterradoras explicaciones—. Ahora bien, la verdad es que yo, personalmente, he descubierto que *para cada historia hay una antihistoria*. Quiero decir que cada historia (y, por lo tanto, cada Corriente de las Historias) tiene su *sombra* y, si agregas esta antihistoria a la historia, se anulan recíprocamente y ¡bingo! Fin de la historia. Aquí podéis ver la prueba de que yo he descubierto la forma de fabricar

antihistorias sintéticas o sombras de historia. ¡Sí! Las mezclo aquí mismo, en condiciones de laboratorio, y obtengo un veneno concentrado de lo más activo al que ninguna de las historias de vuestro precioso Océano puede resistirse. Estos venenos concentrados son lo que hemos estado descargando, uno a uno, en el Océano. Mirad lo espeso que es el veneno, tanto como la miel de cañas. Y es que las antihistorias están muy condensadas. Poco a poco, se irán diluyendo por las corrientes del Océano y cada antihistoria irá en busca de su víctima. ¡Todos los días obtenemos y descargamos nuevos venenos! ¡Todos los días destruimos historias! Y pronto, muy pronto, el Océano morirá... quedará frío y muerto. Cuando el hielo negro se extienda sobre su superficie, mi victoria será completa.

—Pero ¿por qué odias las historias de esa manera? —exclamó Harún, desconcertado—. Las historias son divertidas...

—Pero no es Diversión lo que conviene al mundo —dijo Khattam-Shud—. Lo que conviene al mundo es Sumisión.

—¿A qué mundo? —preguntó Harún.

—A tu mundo, a mi mundo, a todos los mundos —fue la respuesta—. Están ahí para ser Dominados. Y, dentro de cada historia, dentro de cada Corriente del Océano, hay un mundo, un mundo imaginario que yo no puedo Dominar. Ahí tienes el porqué.

El Maestro del Culto señaló las máquinas refrigeradoras que mantenían los venenos, las antihistorias, a baja temperatura. Y señaló las máquinas de filtrado que eliminaban toda la suciedad e impurezas de los venenos, para que éstos fueran puros en un ciento por ciento, mortales en un ciento por ciento. Y explicó por qué, dentro del proceso de fabricación, el veneno debía permanecer algún tiempo en los tanques de la cubierta.

—Lo mismo que el buen vino, las antihistorias mejoran si «respiran» durante un tiempo al aire libre, antes de ser vertidas.

Al cabo de once minutos de explicaciones, Harún dejó de escuchar. Siguió a Khattam-Shud y a Iff por la alta pasarela hasta que llegaron a otra parte del barco en la que varios chupwalas unían grandes piezas de un extraño material que parecía una goma negra y dura.

—Aquí —empezó el Maestro del Culto (y en su voz había algo que hizo aguzar el oído a Harún)— es donde construimos el Tapón.

—¿Qué Tapón? —exclamó Iff, mientras una idea escalofriante tomaba forma en su pensamiento—. No será...

—Ya habéis visto la grúa gigante que hay en cubierta —dijo Khattam-Shud con su voz más aburrida—. Habréis observado que hay unas cadenas que descienden al agua. En el extremo de estas cadenas hay unos submarinistas chupwalas que están montando a toda prisa el Tapón más grande y eficaz jamás construido. Ya casi está terminado, pequeños espías, casi terminado; y, por lo tanto, dentro de pocos días podremos utilizarlo. Vamos a taponar el Manantial, la Fuente de las Historias que se encuentra precisamente debajo de este barco en el fondo del Océano. Mientras esa fuente permanezca libre, limpia y clara, habrá aguas de historias renovadoras que

entren en el Océano y nuestro trabajo estará incompleto. ¡Pero cuando esté taponada! Ah, entonces el Océano perderá todo poder para resistirse a mis antihistorias y el final llegará rápidamente. Y entonces, Genio del Agua, ¿qué podréis hacer vosotros, los gupíes, más que aceptar la victoria de Bezabán?

—Eso nunca —dijo Iff. Pero no sonó muy convincente.

—¿Cómo entran sin peligro los submarinistas en las aguas envenenadas? —preguntó Harún.

Khattam-Shud esbozó una sonrisita prieta.

—Veo que ya vuelves a prestar atención —dijo—. La respuesta evidente es que llevan trajes protectores especiales. Aquí en este armario, hay varios trajes a prueba de veneno.

Dejando atrás la zona de montaje del Tapón, el Maestro del Culto los condujo a una sección ocupada por la máquina más grande de todo el barco.

—Y esto —dijo Khattam-Shud casi dejando que un acento de orgullo se insinuara en su voz llana y neutra— es nuestro Generador.

—¿Qué hace el Generador? —preguntó Harún, que nunca había tenido gran afición por la técnica.

—Si tanto te interesa —repuso Khattam-Shud—, es un aparato que convierte la energía mecánica en energía eléctrica por medio de la inducción electromagnética.

Harún no se dejó amilanar.

—¿O sea que de ahí sale la energía que necesitáis? —insistió.

—Exactamente —repuso el Maestro del Culto—. Ya veo que en la Tierra la enseñanza no se ha estancado del todo.

En ese momento ocurrió algo totalmente inesperado.

Por un ojo de buey situado a pocos pasos del Maestro del Culto, empezaron a entrar a gran velocidad en la Nave Oscura unas extrañas raíces tentaculares, seguidas de una masa de vegetación en la que había una única flor lila. A Harún el corazón le dio un salto de alegría. «M... », fue a decir, pero se contuvo.

Mali había eludido la captura (según supo después Harún) adoptando el aspecto de un manojo de raíces muertas. Lentamente, flotó hacia la Nave Oscura y, utilizando las ventosas de sus tentáculos, trepó por la parte exterior del barco como una enredadera. Ahora, cuando completó su espectacular entrada y, girando sobre sí mismo, tomó su más familiar forma de Mali, se dio la alarma:

—¡Un intruso! ¡Alerta!

—¡Encended la oscuridad! —chilló Khattam-Shud, desprendiéndose de su habitual abulia como de una máscara.

Mali empezó a moverse a gran velocidad en dirección al Generador. Antes de que las bombillas negras se encendieran, después de esquivar a varios guardias chupwalas cuya vista estaba empañada por la débil claridad crepuscular (a pesar de sus modernas y envolventes gafas oscuras) había llegado a la enorme máquina. Sin detenerse ni un instante, el Jardinero Flotante saltó en el aire descomponiendo su cuerpo y lanzó raíces y filamentos por todo el generador, introduciéndolos en todos los intersticios de la máquina.

Entonces hubo una serie de fuertes chispazos y estallidos, mientras los circuitos saltaban, las ruedas de engranajes se partían y el potente Generador se paraba entre violentas sacudidas. Cesó el suministro de energía a todo el barco: los agitadores dejaron de agitar y los zumbadores de zumbar; las mezcladoras dejaron de mezclar y los reparadores dejaron de reparar; los exprimidores dejaron de exprimir y los refrigeradores dejaron de refrigerar; los recipientes del veneno dejaron de recibir y los vertedores dejaron de verter. ¡Todo el proceso estaba paralizado!

— ¡Hurra, Mali! — gritó Harún—. ¡Buen trabajo, chico, fenómeno!

Gran número de guardias chupwalas cayeron sobre Mali, tirando de él y golpeándolo con hachas y espadas; pero una criatura lo bastante fuerte como para resistir los venenos concentrados que Khattam-Shud había estado vertiendo en el Océano de las Historias, ni se enteraba de aquellas picadas de pulga. Mali permaneció agarrado al Generador hasta tener la seguridad de que estaba averiado sin posibilidad de pronta reparación y, mientras tenía abrazada a la máquina, empezó a cantar por la flor lila que le servía de boca, con su áspera voz de Jardinero:

Podéis dar un corte a un arbusto florido,
Podéis dar un corte a un árbol del bosque,
Podéis dar un corte a un hígado, pero
¡No podéis darme un corte a mí!
Podéis cortar y recortar,
Podéis dar un corte en ka-ra-te, pero
¡No podéis darme un corte a mí!

«Muy bien — se dijo Harún al ver que Khattam-Shud estaba distraído con el Jardinero Flotante—. Vamos, Harún, te toca a ti, ahora o nunca.»

Todavía tenía la «ayudita para un caso de apuro», el Masca-Lux, escondido debajo de la lengua. Entonces se lo puso entre los dientes y mordió.

¡La luz que le salió por la boca era tan brillante como la del sol! Los chupwalas que estaban alrededor quedaron cegados y rompieron sus votos de silencio para gritar y jurar mientras se llevaban los puños a los ojos. Hasta Khattam-Shud retrocedió ante el resplandor.

Harún se movía ahora más aprisa que nunca en su vida. Sacó el Masca-Lux de la boca y lo sostuvo sobre su cabeza; la luz se esparcía ahora en todas las direcciones, iluminando el vasto interior de la enorme nave. «Desde luego, esos Cabezas de Huevo del edificio PECPE saben lo que se traen entre manos», pensó Harún admirado. Pero estaba corriendo, porque transcurrían los segundos. Cuando pasó junto a Khattam-Shud, el Maestro del Culto, alargó la mano libre y le arrebató la caja-cerebro de Butt. Siguió corriendo hasta que llegó al armario de los trajes protectores para los submarinistas. Ya había pasado un minuto.

Harún metió el cerebro de la Abubilla Butt en el bolsillo del camisón y empezó a pelearse con el traje de inmersión.

Había colocado el Masca-Lux en un estante, para poder usar las dos manos. «Y

ahora, ¿qué hago?», gemía con desesperación mientras el traje de inmersión se le resistía. (El que tratara de ponérselo encima de un largo camisón rojo con parches púrpura no facilitaba las cosas.) Los segundos seguían escapándose.

Harún, aunque frenéticamente ocupado con el traje de inmersión, observó varias cosas: por ejemplo, que Khattam-Shud en persona agarraba a Iff, el Genio del Agua, por sus barbas azules. También observó que *ninguno de los chupwalas tenía sombra!* Esto sólo podía significar una cosa: Khattam-Shud había enseñado a sus más directos colaboradores, los miembros de la Unión de los Labios Sellados, a separarse de la sombra como se había separado él. «O sea que aquí todos son sombras — comprendió—: la nave, los Labios Sellados y el propio Khattam-Shud. Todas las cosas y todas las personas son sombra solidificada, salvo Iff, Mali, Butt y yo.»

La tercera cosa que observó fue que a medida que el resplandor del Masca-Lux llenaba el interior de la Nave Oscura, toda la embarcación parecía tremolar, perder solidez, hacerse sombra; y los chupwalas tremolaban también y su contorno se diluía y empezaban a perder la forma tridimensional... «Si por lo menos saliera el sol — pensó Harún—, entonces se disiparían, se harían planas y sin relieve como las sombras que son en realidad.»

Pero en aquella pálida luz crepuscular no se veía el sol por parte alguna; y los segundos se agotaban; y cuando los dos minutos de luz terminaron, Harún cerró la cremallera del traje de inmersión, se puso la máscara y, por un ojo de buey, se zambulló en el envenenado Océano.

Cuando Harún chocó contra el agua, se sintió invadido por un desaliento. «¿Qué vas a hacer, Harún? —se preguntó—. ¿Piensas volver nadando hasta la Ciudad de Gup?»

Descendió por las aguas del Océano durante mucho, mucho rato. Cuanto más bajaba, menos sucias estaban las Corrientes de las Historias y aumentaba la visibilidad.

Vio el Tapón. Equipos de submarinistas chupwala estaban montando piezas. Afortunadamente, estaban tan absortos en lo que hacían que no advirtieron la llegada de Harún... El Tapón tenía el tamaño de un campo de fútbol y una forma vagamente ovalada. Sus bordes eran dentados e irregulares porque debían de encajar perfectamente en el Manantial o Fuente de las Historias, Tapón y Fuente tenían que compenetrarse.

Harún seguía bajando... y entonces, maravilla de maravillas, vio la Fuente.

La Fuente de las Historias era un agujero, abismo o cráter abierto en el fondo del mar, y por aquel agujero, ante los ojos de Harún, salía del corazón de Kahani un chorro incandescente y burbujeante de historias puras e impolutas. Tantas Corrientes de Historias, de tantos colores diferentes, brotaban al mismo tiempo, que la Fuente parecía un enorme surtidor submarino de luz blanca. En aquel momento, Harún comprendió que, si podía impedir que taponaran la Fuente, todo se arreglaría. Las Corrientes renovadas limpiarían las aguas contaminadas y el plan de Khattam-Shud

fracasaría.

Ya había tocado fondo y, al empezar a subir a la superficie, pensó con fervor: «Oh, cómo deseo hacer algo, cómo deseo que hubiera algo que yo pudiera hacer.»

En aquel momento, aparentemente por casualidad, se rozó el muslo con la mano y notó un bulto en el bolsillo del camión, debajo del traje protector. «¡Qué extraño! —pensó—. Estaba seguro de haber puesto el cerebro de la Abubilla en el bolsillo del otro lado.» Entonces recordó lo que había en aquel bolsillo, lo que había estado allí, completamente olvidado, desde que llegara a Kahani; y de pronto descubrió que algo podía hacer.

Harún emergió a la superficie con un fuerte impulso y alzó la máscara para aspirar varias bocanadas de aire (procurando que las aguas envenenadas del Océano no le salpicaran la cara). Afortunadamente —y ya iba siendo hora de que tuviera suerte, pensó Harún—, emergió al lado de la pasarela a la que había sido amarrado el averiado Butt, mientras que el grupo que Khattam-Shud había lanzado en su persecución cruzaba el claro hacia la selva de maleza, portando linternas provistas de bombillas negras para poder ver. Largos haces de absoluta negrura surcaban la selva. «Bien —pensó Harún—, ojalá sigan buscando por ahí durante mucho rato.» Se izó a la pasarela, abrió el traje de inmersión y sacó la caja del cerebro de la Abubilla.

—No soy técnico, Abubilla —murmuró—, pero veamos si sé montarlo.

Fue una suerte que los chupwalas hubieran omitido volver a atornillar la cabeza. Harún se encaramó sobre Butt con el mayor sigilo, levantó la tapa y miró al interior.

Dentro de la cavidad del cerebro había tres cables sueltos. Harún descubrió en la caja los tres puntos a los que debían conectarse. Pero ¿dónde iba cada uno? «No hay más remedio que probar», se dijo, y conectó los tres cables al azar.

La Abubilla Butt emitió una alarmante serie de gorgoritos, graznidos y otros extraños ruidos. A continuación entonó una extraña cancioncilla:

Canta, canta, tararí,
tarará, tararóoo...

«Mal conectado. Se ha vuelto loco», pensó Harún, aterrado y dijo:

—Abubilla, cállate, haz el favor.

—¡Mira, mira! Un ratón. ¡Cuidado, cuidado! Este poquito de queso tostado será la solución —desvariaba Butt—. *No hay cuidado.*

Harún desconectó rápidamente los tres cables y cambió las conexiones. Esta vez Butt empezó a saltar y a hacer cabriolas como un caballo salvaje, y Harún desenchufó los cables de un tirón para impedir que lo lanzara al Océano. «A la tercera va la vencida, ojalá», pensó y, aspirando profundamente, volvió a conectar los cables.

—Pues sí que has tardado —dijo Butt con su voz familiar—. Ahora todo está en su sitio. Vamos. ¡Ba-ba-ruumm!

—Para el carro, Abubilla —susurró Harún—. Tienes que quedarte aquí quieto como si todavía estuvieras sin cerebro. Yo tengo otras cosas que hacer.

Y ahora, por fin, metió la mano en el otro bolsillo del camión y sacó un frasquito de cristal tallado con tapón de oro. Todavía quedaba la mitad del líquido mágico que Iff le diera, parecía que hacía años: Agua de los Deseos. «Cuanto más te concentras en el deseo, mejor funciona —le dijo Iff—. Tú procura ir en serio y el Agua del Deseo obrará seriamente por ti.»

—Esto tal vez lleve más de once minutos —susurró Harún a Butt—. Pero lo haré de todos modos. Tú fíjate cómo lo intento, Abubilla —y tras estas palabras desenroscó el tapón de oro y bebió hasta la última gota del Agua de los Deseos.

Lo único que podía ver el muchacho era una luz dorada que lo envolvía como un manto... «Deseo —pensó Harún Khalifa apretando los párpados con fuerza y deseando con todo el fervor de que era capaz—, deseo que esta Luna Kahani gire sobre sí misma para que ya no esté mitad con luz y mitad con sombra... Deseo que en este instante gire de tal manera que el sol ilumine la Nave Oscura, el sol cálido y brillante de mediodía.»

—Pues ya es desear —dijo la Abubilla admirativamente—. Esto va a ser muy interesante. Es tu voluntad contra el Proceso Excesivamente Complicado Para Explicarlo.

Pasaban los minutos: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Harún estaba echado sobre Butt, ajeno al tiempo, ajeno a todo lo que no fuera su deseo. En la selva de maleza, los chupwalas comprendieron que estaban buscando en la dirección equivocada y volvieron hacia la Nave Oscura. Sus linternas negras surcaban la penumbra crepuscular. Casualmente, no enfocaron a la Abubilla Butt. Transcurrieron más minutos: seis, siete, ocho, nueve, diez.

Habían pasado once minutos.

Harún seguía tendido, con los ojos cerrados, concentrado.

El haz negro de la linterna de un chupwala incidió en él. Sobre las aguas se oyeron siseos y el destacamento de búsqueda enfiló sus negros caballos marinos en dirección a Butt.

Y entonces, con un colosal estremecimiento y una fuerte sacudida, el deseo de Harún Khalifa se hizo realidad.

La Luna Kahani giraba —de prisa, porque, según Harún había especificado en su deseo, no había tiempo que perder— y el sol salió a toda velocidad, y subió por el cielo como un cohete hasta situarse en la perpendicular; y allí se quedó.

Si Harún hubiera estado en Ciudad de Gup en aquel momento, quizá le hubiera divertido observar la consternación de los Cabezas de Huevo del Edificio PECPE. Los inmensos superordenadores y los gigantescos giroscopios que controlaban el movimiento de la Luna, a fin de preservar el Día Eterno, la Noche Perpetua y, en medio, la Franja del Crepúsculo, se volvieron locos hasta que, por fin, estallaron. «Lo que esté provocando esto posee una fuerza que nosotros no podemos no ya

controlar, sino siquiera imaginar», informaron a la Morsa los Cabezas de Huevo.

Pero Harún no estaba en la Ciudad de Gup, cuyos habitantes se precipitaron a las calles, boquiabiertos, cuando, por primera vez en más tiempo del que ellos podían recordar, la noche cayó sobre Gup y las estrellas de la Galaxia de la Vía Láctea llenaron el firmamento. No; Harún estaba a lomos de Butt y en aquel momento abría los ojos y veía que el sol brillaba sobre las aguas del Océano y la Nave Oscura.

—¿Qué te parece? —dijo—. ¡Lo he conseguido! Me salió bien.

—Ni un momento dudé de ti —repuso la Abubilla sin abrir el pico—. ¿Mover la Luna con el deseo? Chico, pensé, *no hay cuidado*.

A su alrededor habían empezado a ocurrir cosas extraordinarias. Los chupwalas que galopaban hacia ellos en sus oscuros caballos marinos prorrumpieron en gritos y siseos nada más darles el sol; y tanto los chupwalas como los caballos empezaron a difuminarse por los bordes, como si se *fundieran*, y a hundirse en el Océano ácido y envenenado, convirtiéndose en sombras corrientes y evaporándose por completo...

—¡Mira! —gritó Harún—. ¡Mira lo que le pasa al barco!

El sol había contrarrestado la magia negra de Khattam-Shud, el Maestro del Culto. Con aquella luz, las sombras no podían seguir siendo sólidas; y el enorme barco había empezado también a derretirse, a perder la forma, como una montaña de helado olvidada al sol.

—¡Iff!, ¡Mali! —gritó Harún y, sin atender las advertencias de Butt, subió corriendo por la pasarela (que estaba reblandeciéndose por momentos) hacia la ondulante cubierta.

Cuando Harún pisó la cubierta, la encontró tan blanda y pegajosa como la pez o, quizá, cola de pegar. Los soldados chupwalas gritaban y corrían como locos, disolviéndose ante los ojos de Harún en charcos de sombra y desapareciendo, porque, una vez destruida la magia de Khattam-Shud por la luz del sol, no había sombra que pudiera resistir sin estar unida a alguien o algo. El Maestro del Culto o, para ser exactos, su Sombra, había desaparecido.

El veneno se evaporaba de los tanques de cubierta; y hasta los mismos tanques se ablandaban y derretían como manteca oscura. La grúa gigantesca de la que colgaba el Tapón por las enormes cadenas, basculaba y oscilaba a la agresiva luz del día.

El Genio del Agua y el Jardinero Flotante estaban colgados de pequeñas grúas sobre sendos tanques de veneno por unas cuerdas atadas a la cintura. En el momento en que Harún los divisó, las cuerdas se rompieron (también estaban hechas de sombra), e Iff y Mali cayeron a los siniestros calderos. Harún lanzó un grito de angustia.

Pero el veneno de los tanques se había evaporado al sol; y los tanques en sí eran ya tan blandos que, ante los ojos de Harún, Iff y Mali hicieron con las manos unos

agujeros lo bastante grandes como para poder salir. Los tanques tenían la consistencia del queso a medio fundir, lo mismo que la cubierta en sí.

—Vámonos de aquí —sugirió Harún.

Los otros lo siguieron por la pasarela blanda y gomosa; Iff y Harún saltaron a bordo de la Abubilla y Mali se situó a su lado en el agua.

—Misión cumplida —gritó Harún alegremente—. Abubilla, ¡todo adelante!

—Baruumm —asintió Butt sin mover el pico y se alejó rápidamente de la Nave Negra en dirección al canal que Mali había abierto en la selva de maleza; y entonces sonó un ruido alarmante, de la cabeza de la Abubilla salió un leve olor a quemado, y los viajeros quedaron inmovilizados.

—Le ha saltado un fusible —dijo Iff. Harún se sintió mortificado.

—Debí de conectarlo mal —dijo—. Y yo que creía que lo había hecho tan bien. ¡Ahora ha quedado inservible y nunca volverá a funcionar!

—Una de las ventajas del cerebro mecánico es que puede ser reparado, revisado y hasta sustituido —le consoló Iff—. En la Estación de Servicio de Gup siempre hay recambios. Si conseguimos llevar a la Abubilla hasta allí, quedará nuevecito, impecable, de primera.

—Si es que alguno de nosotros consigue llegar a algún sitio —dijo Harún. Estaban a la deriva en la Zona Vieja, sin esperanza de socorro. Después de todo lo que habían tenido que sufrir, pensaba Harún, no parecía justo.

—Yo os empujaré un poco —se brindó Mali, y había empezado a empujar cuando, con un sonido extraño, como un triste suspiro, la Nave Oscura de Khattam-Shud, el Maestro del Culto, acabó de derretirse. Y el Tapón, todavía sin terminar, cayó inofensivamente al fondo del Océano dejando por completo libre la Fuente de las Historias. De ella seguirían manando historias nuevas y un día el Océano volvería a estar limpio y todas las historias, hasta las más viejas, recobrarían su sabor.

Mali ya no podía empujar más y cayó exhausto sobre el lomo de la Abubilla. Era media tarde (la Luna Kahani llevaba ahora una velocidad de rotación normal) y los expedicionarios quedaron a la deriva en el Océano Polar del Sur, sin saber qué hacer.

En aquel momento se oyó en el agua un burbujeo y un murmullo; y Harún, con gran alegría, divisó las múltiples bocas risueñas de los Peces Multifauces.

—¡Goopy! ¡Bagha! —gritó.

Y ellos respondieron:

—¡No te aflijas! ¡No te espantes!

—¡Pronto os sacaremos de este trance!

—¡Soltad las riendas, que es asunto nuestro!

—¡Será un placer llevaros a buen puerto!

Y Bagha y Goopy tomaron las riendas de Butt con las bocas y remolcaron a los amigos fuera de la Zona Vieja.

—Me gustaría saber qué ha sido de Khattam-Shud —dijo Harún al fin.

Iff se encogió de hombros con satisfacción.

—Acabado, te lo garantizo —dijo—. No hubo escapatoria para el Maestro del Culto. Se derritió como los demás. Para él, telón, pasó a la historia, apaga y vámonos, o sea, está *khattam-shud*.

—Recuerda que era sólo la Sombra —dijo Harún sobriamente—. El otro Maestro del Culto, el «auténtico», probablemente estará peleando contra el General Kitab y los Páginas, Mudra y mi padre y... Bocalegre. «Bocalegre —pensó—. Me gustaría saber si me habrá echado de menos un poquito.»

Lo que fuera la Franja del Crepúsculo estaba bañada por el último sol de la tarde. «De ahora en adelante, Kahani será una Luna normal —pensó Harún—, con días y noches normales.» A lo lejos, hacia el nordeste vio, iluminadas por primera vez en mucho tiempo por el sol del atardecer, las costas del País de Chup.

11

LA PRINCESA BATCHIT

Ahora tengo que contaros rápidamente todo lo que aconteció mientras Harún estaba en la Zona Vieja.

Recordaréis que la Princesa Batchit Chattergy estaba prisionera en lo alto de la torre más alta de la Ciudadela de Chup, enorme castillo construido enteramente de hielo negro que dominaba toda la Ciudad de Chup como un enorme pterodáctilo o arqueopterix. Y a la Ciudad de Chup se dirigió el ejército de Gup con el General Kitab, el Príncipe Bolo y Mudra, el Guerrero Negro, al frente.

La Ciudad de Chup estaba en el corazón de la Oscuridad Perpetua, y el aire era tan frío que formaba carámbanos en la nariz que luego había que partir. Por ello, los chupwalas que vivían allí llevaban unos pequeños calentanares esféricos que les daban aspecto de payasos, a pesar de que eran negros.

Tan pronto como los Páginas de Gup entraron en la Oscuridad, se les entregaron calentanares rojos. «Verdaderamente, esto empieza a parecer una guerra entre bufones», pensó Rasid, el juglar, al ponerse su nariz postiza roja. El Príncipe Bolo, al que estas cosas parecían muy poco dignas, comprendió que una nariz con carámbanos colgando sería todavía peor. De manera que, mal que le pesara, se puso también su calentanares.

Luego estaban los cascos. Los Páginas de Gup llevaban el tocado más extraño que Rasid viera en su vida (por cortesía de la Morsa y los Cabezas de Huevo del Edificio PECPE). Cada casco tenía en el borde una especie de aro luminoso que se encendía cuando uno se lo ponía. Esto hacía que los Páginas de Gup parecieran un regimiento de ángeles o de santos porque todos tenían aureolas luminosas en la cabeza. La suma de vatios de aquellas aureolas permitiría a los gupíes ver a sus adversarios incluso en medio de la Oscuridad Perpetua; mientras que los chupwalas, aun con sus modernas gafas envolventes, podían quedar deslumbrados por el resplandor.

«Desde luego, ésta es una guerra tecnológica —pensó Rasid con ironía—. Ninguno de los dos ejércitos va a poder ver durante el combate.»

En las afueras de la Ciudad de Chup estaba el campo de batalla, la vasta llanura de Bat-Mat-Karo, que tenía pequeñas colinas a cada extremo, en las que los comandantes podían plantar sus tiendas y contemplar el curso de la batalla. Con el General Kitab, el Príncipe Bolo y Mudra, se reunió en la colina de mando gupí Rasid, el juglar (que era indispensable porque sólo él podía traducir el lenguaje de los signos de Mudra) y un destacamento —o «Panfleto»— de Páginas, entre los que figuraba Bocalegre, que debían actuar de mensajeros y guardias. Los comandantes

gupíes, un poco ridículos con sus narices rojas, se sentaron en la tienda a tomar un pequeño refrigerio antes de la batalla; y mientras comían, se acercó a caballo un chupwala con pinta de funcionario que llevaba el emblema de los Labios Sellados en la capa y la bandera blanca de parlamentario en la mano.

—Bien, chupwala —dijo el Príncipe Bolo con arrogancia y cierto atolondramiento—, ¿qué te trae por aquí? Vaya, vaya —agregó sin pizca de cortesía—, qué tipo tan ruin, antipático y rastrero eres.

—¡Rayos y centellas, Bolo! —tronó el General Kitab—. Ésa no es manera de hablar a un emisario que trae bandera blanca.

El emisario esbozó una malévola sonrisita de indiferencia y empezó a hablar.

—Su Excelencia Khattam-Shud, Supremo Maestro del Culto, me ha otorgado dispensa especial de mis votos de silencio para que os transmita el mensaje —dijo en voz baja y sibilante—. Os envía saludos y os participa que estáis profanando el suelo sagrado de Chup. Él no piensa negociar con vosotros ni devolveros a esa espía cotilla de Batchit. ¡Y el ruido que mete! —agregó el emisario, que, evidentemente, ahora hablaba por cuenta propia—. ¡Nos martiriza los tímpanos con sus canciones! Y por lo que respecta a la nariz y los dientes...

—Dejemos eso ahora —interrumpió el General Kitab—. ¡Ea! No nos interesan tus opiniones. Termina ya tu condenado mensaje.

El emisario chupwala carraspeó:

—Por lo tanto, Khattam-Shud os advierte que, a menos que os retiréis de inmediato, vuestra ilegal invasión será castigada con el aniquilamiento; y el Príncipe Bolo de Gup será cargado de cadenas y conducido a la Ciudadela para que sea testigo del Cosido de la boca maulladora de Batchit Chattergy.

—¡Rufián, bellaco, canalla, desvergonzado, granuja! —gritó el Príncipe Bolo—. ¡Debería hacer que te cortasen las orejas, las sazonan con ajo y manteca y se las sirvieran a los perros!

—De todos modos —prosiguió el emisario chupwala como si aquello no fuera con él—, antes de que se consume vuestra derrota absoluta, se me ha ordenado que os haga una pequeña demostración de mi arte. Yo, aunque me esté mal decirlo, soy el mejor malabarista de la ciudad de Chup; y debo haceros un número, si así lo deseáis, para vuestra diversión.

Bocalegre, que estaba detrás de la silla del Príncipe Bolo, intervino:

—No os fiéis de él, es un *truco*...

El General Kitab, por su buena disposición para la polémica, parecía dispuesto a discutir tal posibilidad, pero el Príncipe Bolo agitó un augusto brazo y gritó:

—¡Silencio, Página! ¡Las leyes de la caballería exigen que aceptemos! —y al emisario chupwala, con toda la altivez de que fue capaz—: Veamos tus juegos de manos.

El emisario empezó su número. De las profundidades de la capa sacó una asombrosa variedad de objetos —pelotas y bolos de ébano, figuritas de jade, tacitas de porcelana, tortugas vivas, cigarrillos encendidos y sombreros— que arrojaba al aire haciéndoles describir unos giros y piruetas que hipnotizaban al público. Cuanto

más aceleraba sus movimientos, más complicado se hacía el juego; y los espectadores estaban tan encandilados que sólo una persona en la tienda vio que agregaba al carrusel volador un objeto nuevo: una cajita pesada y rectangular de la que asomaba un fusible incandescente...

—¿Queréis tener *cuidado*, canastos? —gritó Bocalegre saltando hacia adelante y haciendo volar hacia un lado al Príncipe Bolo (y silla)—. ¡Este sujeto tiene una *bomba activada*!

En dos saltos se situó al lado del emisario chupwala y, utilizando su buen ojo y toda su habilidad de malabarista, pescó la bomba sacándola de la rueda de objetos que subían, bajaban y bailaban por el aire. Otros Páginas agarraron al chupwala y las figuritas, las tacitas y las tortugas cayeron al suelo... pero Bocalegre ya corría hacia la ladera de la colina con toda la rapidez de sus piernas y, al llegar al extremo, arrojó la bomba hacia el pie de la colina, donde estalló con una enorme (pero ahora inofensiva) llamarada negra.

Durante la carrera se le cayó el casco y todos pudieron ver la cascada de pelo negro que le bajaba hasta los hombros.

Bolo, el General, Mudra y Rasid salieron de la tienda al oír la explosión. Bocalegre estaba sin aliento pero sonreía feliz.

—Bueno, *llegamos a tiempo* —dijo—. Qué *rata* ese chupwala. Estaba dispuesto a *suicidarse, a volar por los aires con todos nosotros*. Ya decía yo que era un truco.

El Príncipe Bolo, al que no agradaba que sus Páginas le recordaran «ya decía yo», exclamó desabridamente:

—¿Qué es esto, Bocalegre? ¿Eres una muchacha?

—Lo descubristeis, Sire —dijo Bocalegre—. Inútil seguir *disimulando*.

—Nos has engañado —dijo Bolo enrojeciendo—. *Me has engañado*.

Bocalegre estaba indignada por la ingratitud de Bolo.

—Engañaros a vos no es muy difícil, con perdón —exclamó—. Si un *titiritero* puede, ¿no va a poder una *muchacha*?

Bolo enrojeció detrás de su calientanariz rojo.

—Estás despedida —gritó.

—Bolo, qué carape... —empezó el General Kitab.

—Ah, *no*, señor; no estoy despedida —gritó Bocalegre a su vez—. *Me marchó*, señor mío.

Mudra el Guerrero Negro observaba la escena con expresión inescrutable en su cara verde. Entonces, sus manos empezaron a moverse, sus piernas a adoptar posiciones elocuentes y sus músculos faciales a temblar y contraerse. Rasid tradujo:

—No hay que pelearse ahora que va a empezar la batalla. Si el Príncipe Bolo no necesita a una Página tan valerosa, tal vez Miss Bocalegre desee trabajar para mí.

Ello hizo que el Príncipe Bolo de Gup quedara alicaído y abochornado y Miss Bocalegre, extraordinariamente complacida.

Por fin empezó el combate.

Rasid Khalifa, que contemplaba la acción desde la colina de mando gupí, temía que los Páginas de Gup fueran derrotados estrepitosamente. “*Rasgadas* sería la palabra adecuada para unas páginas —se dijo—, o quizá quemadas.” Se quedó asombrado ante su propia capacidad para la truculencia. «Es que la guerra te embrutece», se dijo.

El ejército chupwala de negra nariz, cuyo amenazador silencio se cernía sobre él como una niebla, tenía un aspecto muy impresionante como para salir derrotado, mientras que los gupíes seguían discutiendo acaloradamente sobre los más nimios detalles. Todas las órdenes enviadas desde la colina de mando tenían que debatirse minuciosamente, con todos sus pros y sus contras, aunque procedieran del mismo General Kitab. «¿Cómo se puede hacer la guerra con tanta cháchara?», se preguntaba Rasid, perplejo.

Pero los ejércitos fueron al encuentro uno de otro corriendo y Rasid vio con sorpresa que los chupwalas eran incapaces de frenar a los gupíes. Los Páginas de Gup, una vez todo había sido discutido hasta la saciedad, permanecían unidos, se apoyaban unos a otros y, en general, daban la impresión de ser una fuerza con un objetivo común. Todos aquellos argumentos y debates, aquella comunicación había creado entre ellos un fuerte sentimiento de compañerismo. Los chupwalas, por el contrario, resultaron una chusma desunida. Tal como predijera Mudra el Guerrero Negro, muchos de ellos tenían que luchar con su propia y traicionera sombra. Y a los demás, en fin, sus votos de silencio y su propensión al secreto les hacían sospechar y desconfiar unos de otros. Tampoco en sus generales tenían fe. El resultado fue que los chupwalas no peleaban hombro con hombro sino que se traicionaban unos a otros, se apuñalaban por la espalda, se sublevaban, se escondían, desertaban... y, tras el choque más breve imaginable, simplemente arrojaron las armas y salieron corriendo.

Después de la Victoria de Bat-Mat-Karo, el ejército o «Biblioteca» de Gup entró triunfalmente en la capital de Chup. Al ver a Mudra, muchos chupwalas se pasaron al bando de los gupíes. Las jóvenes chupwala, con sus narices negras, salían a las heladas calles y ofrecían guirnalda de campanillas negras a los gupíes de nariz roja y aureola luminosa; y los besaban; y les llamaban «Liberadores de Chup».

Bocalegre, sin esconder ya su larga melena con gorro de terciopelo ni con casco-aureola, atrajo la atención de varios jóvenes de la ciudad. Pero ella se mantenía lo más cerca posible de Mudra, al igual que Rasid Khalifa; ni Rasid ni Bocalegre hacían más que pensar en Harún. ¿Dónde estaría? ¿Se hallaría a salvo? ¿Cuándo volvería?

El Príncipe Bolo, que iba en cabeza cabalgando en su brioso caballo mecánico, empezó a gritar con su habitual arrogancia no exenta de atolondramiento: «¿Dónde estás, Khatam-Shud? Sal de tu escondite. ¡Tus secuaces han sido derrotados y ahora te toca a ti! ¡Batchit, no temas; aquí está Bolo! ¿Dónde estás, Batchit, mi princesa de oro, mi amor? ¡Batchit, oh mi Batchit!»

—Si te callaras un momento, en seguida sabrías dónde está tu Batchit —gritó

una voz chupwala de entre la multitud que había salido a la calle a vitorear a los gupíes. (Muchos chupwalas habían empezado ya a transgredir las leyes del silencio y lanzaban gritos, aclamaciones, vítores, etcétera.)

—Sí —gritó una voz de mujer—. Usa los oídos. ¿No oyes la bulla que nos ha hecho darnos a la bebida?

—¿Canta? —exclamó el Príncipe Bolo poniéndose la mano tras la oreja—. ¿Mi Batchit canta? En tal caso, silencio, amigos, escuchemos su canto —levantó un brazo.

El desfile de los gupíes se detuvo. Y entonces, desde lo alto de la Ciudadela de Chup, llegó una voz de mujer que cantaba canciones de amor. Era la voz más horrible que Rasid Khalifa, el Sha de Bla, oyera en su vida.

«Si la que canta es Batchit —pensó sin atreverse a manifestarlo—, entonces casi se comprende que el Maestro del Culto quisiera cerrarle la boca para siempre.»

Ooh yo le canto a mi Bolo
y no tengo tiempo para más,

cantaba Batchit y las lunas de los escaparates se rompían.

—Me parece que esa canción la conozco —dijo Rasid—, pero la letra parece distinta.

Dejad que os hable de un chico que conozco
Es mi Bolo y le amo tiernamente,

cantaba Batchit, y los hombres y las mujeres de la multitud suplicaban «¡Basta! ¡Basta!». Rasid frunció el entrecejo y agitó la cabeza:

—Sí, sí, es muy conocida, pero no es exactamente así.

No juega al polo,
no vuela solo,
él es mi amor.
¡Siempre he de querer-lo!
¡Nunca voy a soltar-lo!
Con impaciencia
le espero yo,

cantaba Batchit, y el príncipe Bolo gritó:

—¡Qué hermosura! ¡Qué hermosura!
Y la muchedumbre de chupwalas decía:
—¡Ah! ¡Que alguien la haga callar, por favor!

Su nombre no es Rollo
ni su voz es un arrullo,
Oh-oh, pero es mi amor.
Que pare el espectáculo.

Pagadme lo que me debéis
que voy a hacer mío
a ese Bolo,

cantaba Batchit, y el Príncipe Bolo, haciendo caracolear el caballo, se derretía de gusto.

—¿No la oís? —decía con embeleso—. Si eso no es una voz, ya me diréis.

—Debe de ser «yamediréis» —gritó la multitud—, porque una voz no es, desde luego.

El Príncipe Bolo se mosqueó.

—Es evidente que estas personas no saben apreciar la buena canción contemporánea —dijo con voz potente dirigiéndose al General Kitab y a Mudra—. O sea que opino que debemos atacar la Ciudadela ahora mismo, si no tienen ustedes inconveniente.

Entonces ocurrió un milagro.

La tierra tembló bajo sus pies: una vez, dos, tres. Las casas de Chup temblaron; muchos chupwalas (y también muchos gupíes) gritaron de terror. El Príncipe Bolo se cayó del caballo.

—¡Un terremoto, un terremoto! —gritaba la gente.

Pero no era un terremoto corriente. Era que toda la Luna Kahani, con una gran sacudida y un profundo estremecimiento, empezaba a girar sobre su eje hacia el...

—¡Mirad al cielo! —gritaba la gente—. ¡Mirad lo que asoma por el horizonte!
... hacia el sol.

El sol salía sobre la Ciudad de Chup, sobre la Ciudadela de Chup. Subía de prisa, y siguió subiendo hasta situarse en el cenit, brillando con todo su fuego de mediodía; y allí se quedó. Muchos chupwalas, entre otros, Mudra el Guerrero Negro, sacaron del bolsillo gafas envolventes bastante modernas y se las pusieron.

¡Había salido el sol! El sol rasgó los velos de silencio y sombra que la hechicería de Khattam-Shud había colgado alrededor de la Ciudadela. El hielo negro de la sombría fortaleza recibió la luz del sol como una herida mortal.

Los candados de la Ciudadela se derritieron. El Príncipe Bolo, con la espada desnuda, cruzó al galope las puertas abiertas, seguido de Mudra y de varios «Capítulos» de Páginas.

—¡Batchit! —gritaba Bolo mientras cargaba. Su caballo relinchó al oír el nombre.

—¡Bolo! —respondieron a lo lejos.

Bolo echó pie a tierra y, seguido de Mudra, subió escaleras, cruzó patios, subió más escaleras mientras, a su alrededor, las columnas de la ciudadela de Khattam-Shud, ablandadas por el sol de mediodía, empezaban a torcerse y a doblarse. Los arcos caían, las cúpulas se derretían. Los servidores sin sombra del Maestro del Culto, miembros de la Unión de los Labios Sellados, corrían ciegamente de un lado al otro, chocando contra las paredes, dejándose mutuamente sin sentido al colisionar y gritando atrozmente, pues el miedo les hacía olvidar todas las Leyes del Silencio.

Era el momento de la destrucción definitiva de Khattam-Shud. Mientras Bolo y

el Guerrero Negro corrían escaleras arriba hacia el corazón semiderretido de la Ciudadela, a los gritos de «¡Batchit!» que lanzaba el Príncipe caían los muros y las torres. Y al fin, cuando ya empezaban a desesperar de encontrarla, apareció la Princesa Batchit, con su nariz (enfundada en negro)... y sus dientes... pero vale más dejarlo. Digamos tan sólo que no existía la menor duda: era Batchit que, seguida de sus damas de honor, se deslizaba hacia ellos por el pasamanos de una gran escalera cuyos peldaños se habían derretido. Bolo esperaba: Batchit salió despedida del pasamanos a sus brazos. Él se tambaleó hacia atrás pero no cayó.

Un estrépito, como un enorme gruñido, llenó el aire. Mientras Bolo, Batchit, Mudra y las damas huían bajando escaleras y más escaleras, cruzando patios encharcados y otra vez escaleras blandas, miraron atrás; y vieron, a gran altura sobre ellos, en la cúspide de la Ciudadela, la gigantesca estatua, el colosal ídolo de hielo de Bezabán, el Sin Lengua, el de la sonrisa dental que empezaba a temblar y tambalearse; y que, como un beodo, caía.

Fue como el derrumbamiento de una montaña. Lo que quedaba de las salas y patios de la Ciudadela de Chup fue aplastado por Bezabán en su caída. La enorme cabeza de la estatua se separó del tronco y bajó rodando y saltando por las terrazas de la Ciudadela hasta el patio inferior, a la puerta de la Ciudadela, en el que Bolo, Mudra y las señoras se encontraban contemplando los acontecimientos con horror y fascinación, con Rasid Khalifa, el General Kitab y una multitud de gupíes y chupwalas congregados a su espalda.

La gran cabeza botaba y rebotaba; con los golpes, le saltaron las orejas y la nariz y le fueron cayendo los dientes. Abajo y abajo rodaba. Entonces Rasid Khalifa gritó:

—¡Mirad! —señalando con la mano, y un momento después—: ¡Cuidado!

Había visto una figura borrosa envuelta en una capa con capucha que se escabullía por el patio inferior de la Ciudadela. Era un tipejo reseco, antipático, fatuo, ruin, con cara de comadreja picada de viruelas y pinta de funcionario, que no tenía sombra pero parecía más sombra que hombre. Era Khattam-Shud, el Maestro del Culto, que huía para salvar la vida. Oyó el grito de Rasid cuando ya era tarde; giró sobre sí mismo con un alarido inhumano; y vio llegar la enorme cabeza del coloso de Bezabán que le dio en la nariz y lo aplastó dejándolo hecho papilla. No se encontró ni rastro de su persona. La cabeza, con una sonrisa desdentada, quedó tirada en el patio, donde siguió derritiéndose poco a poco.

Estalló la paz.

El nuevo Gobierno del País de Chup, presidido por Mudra, anunció el deseo de mantener una paz larga y duradera con Gup, una paz en la que la Noche y el Día, el Habla y el Silencio ya no estuvieran separados en Zonas distintas por Franjas Crepusculares ni Muros de Energía.

Mudra invitó a Miss Bocalegre a quedarse con él para aprender el Lenguaje Abhinaya de los Signos y así poder actuar de mediadora entre las autoridades de Gup y las de Chup; y Bocalegre aceptó encantada.

Mientras tanto, se envió a Genios del Agua en aves mecánicas a registrar el Océano.

Al poco tiempo, localizaron a la averiada Abubilla, que era remolcada hacia el norte por Goopy y Bagha con tres «espías» exhaustos pero felices en su lomo.

Harún se reunió con su padre y con Bocalegre que parecía extrañamente violenta y tímida en su presencia, que era como él se sentía en la de ella. Se encontraron en las costas de Chup, en la antigua Zona del Crepúsculo; y todos se dirigieron alegremente hacia la Ciudad de Gup, porque iba a haber boda.

En la Ciudad de Gup, el Speaker de la Caja Parlante anunció ciertos ascensos: Iff fue nombrado Genio-Jefe de las Aguas; Malí, Primer Jardinero Flotante, y Goopy y Bagha, Capitanes de todos los Multifauces del Mar. Se encomendó a los cuatro la extensa Operación de Limpieza que debía empezar inmediatamente a todo lo largo y lo ancho del Océano de las Corrientes de las Historias. Ellos anunciaron que estaban deseosos de recuperar la Zona Vieja lo antes posible, para devolver a las historias antiguas toda su frescura y lozanía.

Rasid Khalifa recobró su Suministro de Agua de Historias y fue distinguido con la máxima condecoración del País de Gup, la orden de la Boca Abierta, en reconocimiento a los excepcionales servicios prestados durante la guerra.

El recién nombrado Genio-Jefe de las Aguas quiso reconectar personalmente el suministro de Rasid.

La Abubilla Butt fue reparada rápidamente, tan pronto como la Estación de Servicio de Gup le colocó el cerebro de repuesto.

¿Y la Princesa Batchit? Ella había salido de su cautiverio sin sufrir daño, aunque el miedo a que le cosieran la boca le hizo tomar una aversión a las agujas de coser que le duraría toda la vida. Y el día de su boda con el Príncipe Bolo los dos estaban tan contentos y tan enamorados en el balcón de palacio, saludando con la mano a la multitud de gupíes y turistas chupwalas congregada en la plaza, que todos decidieron olvidar lo increíblemente tonta que había sido Batchit al hacerse capturar y todas las tonterías que Bolo había hecho durante la guerra.

—De todos modos —susurró Iff, el Genio-Jefe de las Aguas, a Harún en el balcón, a cierta distancia de la feliz pareja—, nosotros no encomendamos tareas importantes a nuestras testas coronadas.

—Se ha conseguido una gran victoria —dijo el viejo Rey Chattergy a la multitud—, una victoria para nuestro Océano sobre su Enemigo, y también una victoria en favor de la Amistad y Apertura entre Chup y Gup, sobre nuestra vieja Hostilidad y Recelo. Se ha entablado el diálogo, y para celebrarlo y celebrar la boda, vamos a cantar todos juntos.

—Mejor aún —sugirió Bolo—: que cante Batchit. ¡Que se oiga su voz de oro!

Se hizo un breve silencio. Y entonces la multitud rugió al unísono:

—Eso no... Eso no. Evítanoslo, por favor.

Batchit y Bolo quedaron tan contrariados y ofendidos que el viejo Rey Chattergy tuvo que apaciguarlos con estas palabras:

—Lo que quiere decir el pueblo es que, en el día de vuestra boda, desean

mostraros su amor cantando para vosotros —lo cual no era exactamente la verdad, pero desagravió a la pareja; y entonces la plaza se llenó de cantos. Batchit mantuvo la boca cerrada y todos se felicitaron.

Cuando Harún abandonaba el balcón, detrás de la familia real, un Cabeza de Huevo se le acercó:

—Debes presentarte inmediatamente en el Edificio PECPE —le dijo fríamente—. La Morsa quiere hablar con la persona que destruyó deliberadamente una maquinaria irremplazable.

—Pero fue por una buena causa —protestó Harún.

El Cabeza de Huevo se encogió de hombros. —De eso yo no sé nada. Cuéntaselo a la Morsa.

12

¿FUE LA MORSA?

«Lo que yo necesito son testigos —dició Harún—. Cuando Iff y Mali expliquen a la Morsa por qué tuve que formular aquel deseo, me disculparé por la rotura de la maquinaria.» En el palacio real estaba organizándose una fiesta muy movida y Harún tardó unos minutos en encontrar al Genio-Jefe de las Aguas entre la multitud que soltaba globos, lanzaba arroz y hacía ondear banderas. Por fin localizó a Iff que, con el turbante ladeado, bailaba muy entusiasmado con una joven Genio. Harún tuvo que gritar para hacerse oír con tanta música y barullo. Y vio con alarma que Iff fruncía los labios y movía la cabeza.

—Lo siento —dijo el Genio-Jefe del Agua—. ¿Discutir con la Morsa? Perder el tiempo, olvídalo, es inútil.

—Iff, tienes que ayudarme —suplicó Harún—. ¡Alguien ha de explicárselo!

—Las explicaciones no son mi fuerte —gritó Iff—, no se me dan bien, no sirvo.

Harún puso los ojos en blanco por la frustración y fue en busca de Mali. Encontró al Primer Jardinero Flotante en la segunda fiesta de la boda que se celebraba en la Laguna, para los gupíes (Multifauces y Jardineros Flotantes) que preferían un entorno acuático. Fue fácil localizar a Mali: estaba encaramado sobre Butt, con su sombrero de hierbas ladeado con picardía, y cantaba a voz en cuello ante un entusiasta público de Peces y Jardineros:

Puedes derretir Naves Oscuras,
puedes derretir mundos de tinieblas
puedes derretir Castillos de Hielo, pero
¡No puedes derretirme a mí!

—Mali —gritó Harún—. ¡Socorro!

El Primer Jardinero Flotante interrumpió su canción, se quitó el sombrero de hierbas, se rascó la cabeza y dijo con sus labios florales:

—La Morsa. Estás en la lona. Ya me enteré. Grave problema. Lo siento, no puedo ayudar.

—Pero ¿qué le pasa a la gente? —exclamó Harún—. ¿Por qué todo el mundo le tiene miedo a esa Morsa? A mí me pareció completamente normal, aunque no tuviera lo que se dice bigote de morsa.

Mali movió la cabeza tristemente.

—Morsa. Personaje importante. No me gustaría indisponerme. Tú ya me entiendes.

—Oh, ¿qué te parece? —gritó Harún, indignado—. Voy a tener que aguantar el chaparrón yo solo. ¡Amigos!

—Desde luego, no vale la pena preguntarme a mí —gritó Butt a su espalda, sin mover el pico—. ¿Para qué, si no soy más que una máquina?

Cuando Harún cruzó las enormes puertas del Edificio PECPE, el alma se le cayó a los pies. Se detuvo en el amplio y resonante vestíbulo mientras varios Cabezas de Huevo de bata blanca pasaban rápidamente en todas las direcciones. Harún tenía la impresión de que todos le miraban con una mezcla de enojo y compasión. Tuvo que preguntar a tres Cabezas de Huevo antes de encontrar el despacho de la Morsa, tras mucho deambular por los corredores del Edificio PECPE que le recordaron los paseos que diera por el palacio siguiendo a Bocalegre. Por fin dio con una puerta de oro en la que se leían estas palabras: GRAN CONTROLADOR DE PROCESOS EXCESIVAMENTE COMPLICADOS PARA EXPLICARLOS. PROFESOR MORSA. LLAME Y ESPERE.

«Bueno, por fin voy a conseguir la entrevista que era el objeto de mi viaje a Kahani —se dijo Harún nerviosamente—. Pero yo no esperaba que se celebrara en estas circunstancias.» Aspiró profundamente y llamó con los nudillos.

La voz de la Morsa gritó: «Adelante.» Harún volvió a aspirar profundamente y abrió la puerta.

Lo primero que vio fue a la Morsa, sentado en un reluciente sillón blanco, detrás de una reluciente mesa amarilla con su calva cabeza ovalada tan reluciente como los muebles, y aquel bigote que le temblaba frenéticamente debido a algo que muy bien podía ser cólera.

Lo segundo que advirtió Harún fue que la Morsa no estaba solo.

En el despacho, muy sonrientes, estaban: el Rey Chattergy, el Príncipe Bolo, la Princesa Batchit, el Speaker de la Caja Parlante, el Presidente Mudra de Chup, su ayudante Miss Bocalegre, el General Kitab, Iff, Mali y Rasid Khalifa. En la pared había una pantalla de televisión en la que Harún vio a Goopy y Bagha que desde la Laguna le sonreían con todas sus bocas. Desde otra pantalla le miraba fijamente la cabeza de Butt. Harún estaba atónito.

—¿Tengo problemas o no? —consiguió preguntar. Todos los que se encontraban en el despacho se echaron a reír.

—Debes perdonarnos —dijo la Morsa enjugándose las lágrimas sin dejar de reír por lo bajo—. Estábamos tomándote el pelo. Ha sido una broma. Una bromita —repitió soltando otra carcajada.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto? —preguntó Harún. La Morsa se dominó y adoptó su expresión más solemne, y hubiera estado muy en su papel, de no ser porque en aquel momento su mirada tropezó con la de Iff, y tuvo que echarse a reír otra vez; y lo mismo les ocurrió a Iff y a todos los demás. Transcurrieron varios minutos antes de que se restableciera el orden.

—Harún Khalifa —dijo la Morsa, con voz poco firme todavía, mientras se ponía en pie sujetándose los doloridos costados—, en recompensa por el incalculable servicio que has prestado a los pueblos de Kahani y al Océano de las Corrientes de

las Historias, te otorgamos el derecho a pedirnos el favor que desees y te prometemos concedértelo, si nos es posible, aunque para ello tengamos que inventar un nuevo Proceso Excesivamente Complicado Para Explicarlo.

Harún guardó silencio.

—Bien, Harún —dijo Rasid—, ¿alguna idea?

Harún seguía callado. Parecía haberse entristecido de pronto. Fue Bocalegre quien advirtió su actitud, se acercó a él, le tomó una mano y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes?

—De nada sirve pedir —contestó Harún en voz baja—, porque lo que yo deseo realmente no va a concedérmelo nadie.

—Tonterías —respondió la Morsa—. Yo sé perfectamente lo que deseas. Tú has corrido una gran aventura y al final de las grandes aventuras todo el mundo quiere lo mismo.

—¿Sí? ¿Y qué es eso? —preguntó Harún, no sin cierta beligerancia.

—Un final feliz —dijo la Morsa. Esto silenció a Harún—. ¿No es verdad? —insistió la Morsa.

—Bueno, sí, supongo —admitió Harún, incómodo—. Pero el final feliz que yo imagino no se encuentra en ningún Mar, ni siquiera en un Mar lleno de Peces Multifauces.

La Morsa asintió lenta y gravemente, siete veces. Después juntó la yema de los dedos y se sentó a su mesa, indicando a Harún y al resto de la concurrencia que se sentaran a su vez. Harún se instaló en una reluciente silla blanca situada frente a la Morsa, al otro lado de la mesa. Los demás ocuparon sillas parecidas, alineadas junto a la pared.

—Ejem —empezó la Morsa—. Los finales felices son, tanto en los cuentos como en la vida, mucho más escasos de lo que cree la gente. Incluso podríamos decir que son la excepción, no la regla.

—Entonces veo que estamos de acuerdo —dijo Harún—. No hay más que hablar.

—Precisamente porque son tan escasos —prosiguió la Morsa—, nosotros, en el Edificio PECPE, hemos aprendido a fabricar finales felices sintéticos. Dicho claramente: *nos los inventamos*.

—Eso es imposible —protestó Harún—. No puedes embotellarlos —y agregó dubitativamente—: ¿O sí?

—Si Khattam-Shud podía hacer antihistorias sintéticas —dijo la Morsa con un leve acento de orgullo herido—, me parece que podrías admitir que nosotros también somos capaces de fabricar cosas. En cuanto a lo de «imposible» —agregó—, la mayoría de la gente diría que todo lo que te ha ocurrido últimamente es por completo imposible. Entonces, ¿por qué hacer tantos aspavientos por un imposible más o menos?

Siguió otro silencio.

—Está bien —dijo Harún con osadía—. Dices que puede ser un deseo grande, y lo es. Yo vengo de una ciudad triste, una ciudad tan triste que ha olvidado su

nombre. Quiero un final feliz, no sólo para mi aventura, sino para toda la ciudad triste.

—Los finales felices se ponen siempre donde algo termina —señaló la Morsa—. Colocados a mitad de un cuento, aventura o similar, lo único que hacen es alegrar las cosas una temporada.

—Será suficiente —dijo Harún. Y llegó la hora de regresar.

Se fueron de prisa, porque a Harún no le gustaban las despedidas largas. Decir adiós a Bocalegre resultó muy difícil y, si ella no llega a inclinarse de improviso para darle un beso, probablemente Harún no se habría atrevido a besarla a ella; pero después descubrió que no estaba turbado, ni mucho menos, sino muy contento; y esto hacía que marcharse resultara más difícil todavía.

Al pie del Jardín de Recreo, Harún y Rasid dijeron adiós a sus amigos agitando la mano y, acompañados de Iff, subieron al lomo de Butt, la Abubilla. Hasta entonces no recordó Harún que Rasid habría faltado a su compromiso de K y que Fatuo Buttú estaría esperándolos en el Lago Dull muy enfadado.

—Pero pero pero no te preocupes —dijo Butt sin mover el pico—. Cuando viajas con Butt la Abubilla, el tiempo está de tu parte. ¡Se sale tarde y se llega temprano! ¡Vámonos! Ba-ba-ruumm!

La noche había caído sobre el Lago Dull. Harún vio la casa flotante «Las Mil y Una Noches Más Una» iluminada por la luz de la luna. Descendieron junto a la ventana abierta del dormitorio, y cuando Harún entró se sintió tan cansado que no pudo sino tumbarse en su cama-pavo real y se durmió en el acto.

Despertó a una mañana alegre y soleada. Todo parecía estar como siempre: ni rastro de Abubillas mecánicas ni de Genios del Agua.

Se levantó frotándose los ojos y encontró a Rasid Khalifa sentado en el pequeño porche delantero de la casa flotante, todavía con su camión azul, tomando una taza de té. Por el lago se acercaba una lancha en forma de cisne.

—He tenido un sueño tan extraño... —empezó Rasid Khalifa.

Pero le interrumpió la voz de Fatuo Buttú:

—¡Eeeh! ¡Hola! —gritaba desde la lancha agitando los brazos.

«Oh, Señor —pensó Harún—. Ahora habrá gritos y peleas, y nos ajustarán las cuentas.»

—¡Eeeh, soñoliento Mr. Rasid! —gritó Buttú—. ¿Es posible que usted y su hijo estén todavía en camión, cuando vengo a buscarlos para la función? ¡La gente espera, remolón Mr. Rasid! Espero que no defraude.

Al parecer, toda la aventura de Kahani había sucedido en menos de una sola noche. «¡Pero es imposible!», pensó Harún, y esto le hizo recordar la pregunta de la Morsa: «¿Por qué tantos aspavientos por un imposible más?» Y se volvió vivamente hacia su padre preguntando:

—Ese sueño, ¿lo recuerdas?

—Ahora no, Harún —dijo Rasid Khalifa y, dirigiéndose a Mr. Buttú, que se

acercaba, exclamó—: ¿Por qué tanta prisa, señor? Suba a bordo y tome una taza de té, mientras nos vestimos rápidamente y en seguida nos vamos —y nuevamente a Harún—: Date prisa, hijo, espabila. El Sha de Bla nunca llega tarde. El Océano de la Fantasía debe cuidar su reputación de puntualidad.

—El Océano —dijo Harún con vehemencia, mientras Buttú se acercaba en su barca-cisne—. Por favor, piensa. Es muy importante —pero Rasid no le escuchaba.

Harún fue a vestirse con cierto desconsuelo; y entonces, al lado de la almohada, descubrió un sobrecito dorado como los que los grandes hoteles utilizan a veces para dejar obleas de chocolate de menta a los clientes por la noche. Dentro del sobre había una nota escrita de puño y letra de Bocalegre y firmada por ella y todos los amigos de la Luna Kahani. (Goopy y Bagha, que no sabían escribir, habían estampado en el papel la huella de sus labios de pez, enviando besos en lugar de firmas.)

«Ven cuando quieras —leyó Harún—. Y quédate todo el tiempo que desees. Recuerda: cuando vuelas con Butt la Abubilla, tienes al tiempo de tu parte.»

En el sobre de oro había algo más: un pájaro diminuto, perfecto en todos sus detalles, que le miraba ladeando la cabeza. Por supuesto, no era otro que la Abubilla.

—Desde luego, ese lavado y cepillado te ha sentado de maravilla —dijo Rasid cuando Harún salió de su habitación—. Hacía meses que no te veía tan contento de la vida.

Recordaréis que Mr. Buttú y su impopular Gobierno local esperaban que Rasid Khalifa les ayudara a conseguir el apoyo popular contando «cosas amables y de alabanza» y dejándose de «truculencias». Habían engalanado vistosamente un gran parque con colgaduras, banderas y gallardetes, e instalado postes con altavoces por todo el recinto, para que los asistentes pudieran oír perfectamente al Sha de Bla. Había un escenario muy alegre, lleno de carteles en los que se leía: «VOTA A BUTTÚ» y también «¿A QUIÉN VOTARÁS TÚ? A BUTTÚ» y «¡BUTTÚ ES EL QUE PREFIERES TÚ!». En el parque se había congregado una gran multitud para escuchar a Rasid; pero, al ver su gesto adusto, Harún dedujo que aquella gente no sentía mucha simpatía por Buttú.

—A usted le toca —dijo secamente Mr. Buttú—. Muy ponderado Mr. Rasid, más le valdrá a usted quedar bien, o si no...

Harún miraba desde un lado del escenario a Rasid, que se acercaba al micrófono sonriendo entre nutridos aplausos. Entonces Harún se estremeció de la impresión, porque sus primeras palabras fueron:

—Señoras y caballeros, el cuento que voy a contarles se titula «Harún y el Mar de las Historias».

«O sea que no lo has olvidado», pensó Harún con una sonrisa.

Rasid Khalifa, el Océano de la Fantasía, el Sha de Bla, miró a su hijo y le guiñó un ojo. «¿Pensabas que podría olvidar un cuento como éste?», decía aquel guiño. Y empezó:

—Érase una vez, en el país de Alifbay, una ciudad triste, la más triste de las

ciudades, una ciudad tan míseramente triste que hasta había olvidado su nombre.

Como habréis imaginado, Rasid contó a la gente del parque el mismo cuento que os he contado yo. Harún pensó que su padre habría preguntado a Iff y a los otros por los pasajes que él no había presenciado, porque su relato era exacto. Y era evidente que volvía a estar en forma, que había recuperado su Pico de Oro y que tenía al auditorio en la palma de la mano. Cuando cantaba las canciones de Mali, todos le hacían coro: «No puedes darme un corte a mí...», y cuando cantaba las de Batchit le suplicaban que tuviera piedad.

Cada vez que Rasid mencionaba a Khattam-Shud y a sus esbirros de la Unión de los Labios Sellados, el público miraba fijamente a Fatuo Buttú y a sus secuaces que estaban sentados detrás de Rasid y que, a medida que avanzaba el cuento, iban torciendo el gesto. Y cuando Rasid contó cómo casi todos los chupwalas aborrecían al Maestro del Culto pero temían manifestarlo, un murmullo de compasión hacia los chupwalas recorrió la multitud. «Sí —decía la gente—, sabemos exactamente lo que sentían.» Y después de las dos derrotas de los dos Khattam-Shuds, alguien empezó a cantar: «Mr. Buttú, vete y no vuelvas. Mr. Buttú: *khattam-shud*», y todos los asistentes le hicieron coro. Al oír estos gritos, Fatuo Buttú comprendió que había perdido la partida y salió del escenario seguido de sus secuaces. La multitud lo dejó escapar, pero le arrojaba desperdicios. Mr. Buttú no volvió a aparecer por el Valle de K y sus habitantes pudieron elegir libremente a los gobernantes que ellos preferían.

—Naturalmente, no nos han pagado —dijo alegremente Rasid a Harún mientras esperaban el Coche Correo en que abandonarían el Valle—. Pero no importa, el dinero no lo es todo.

—Pero pero pero —dijo una voz familiar desde el asiento del Conductor del Coche Correo—, nada de dinero es nada de nada.

Cuando llegaron a la ciudad triste todavía llovía a cántaros. Muchas calles estaban inundadas. «¿Qué importa? —exclamó Rasid Khalifa alegremente—. Vamos andando a casa. Hace años que no me mojo bien.»

Harún temía que a Rasid le entristeciera regresar a aquella casa llena de relojes rotos y vacía de Soraya, y miró a su padre con suspicacia. Pero Rasid echó a andar bajo la lluvia y cuanto más se mojaba, andando con el agua embarrada hasta los tobillos, más alegre parecía. Harún se contagió del buen humor de su padre y muy pronto padre e hijo se salpicaban y perseguían como dos niños.

Al cabo de un rato, Harún advirtió que, realmente, las calles de la ciudad estaban llenas de gente que jugaba como ellos, corriendo, saltando, salpicando, cayéndose y, sobre todo, desternillándose de risa.

—Parece que, por fin, esta vieja ciudad ha aprendido a divertirse —sonrió Rasid.

—Pero ¿por qué? —preguntó Harún—. En realidad, nada ha cambiado,

¿verdad? Mira, las fábricas de tristeza no han dejado de trabajar. Desde aquí se ve el humo. Y casi todo el mundo sigue siendo pobre...

—Eh, tú, cara larga —gritó un anciano caballero que debía de tener por lo menos setenta años pero que bailaba por las calles inundadas agitando un paraguas doblado como si fuera una espada—. No nos vengas a nosotros con Canciones Tristes.

Rasid Khalifa se acercó al caballero.

—Hemos estado fuera de la ciudad, señor. ¿Ha ocurrido algo? ¿Acaso un milagro?

—Es la lluvia —respondió el vejstorio—. Hace feliz a la gente. Incluyéndome a mí. ¡Yajaaaa... Yupiiii! —y se alejó deslizándose por la calzada.

—Es la Morsa —advirtió Harún súbitamente—. Es la Morsa que ha hecho que se cumpliera mi deseo. Debe de haber finales felices artificiales mezclados con la lluvia.

—Si es la Morsa —dijo Rasid bailoteando en un charco—, la ciudad te debe un voto de agradecimiento.

—No, papá —dijo Harún, sintiendo que su buen humor se evaporaba—. ¿No te das cuenta? No es auténtico. Es sólo algo que los Cabezas de Huevo han sacado de una botella. Todo es falso. La gente debe alegrarse cuando haya motivo, no cuando les echan por encima felicidad embotellada.

—Yo te diré el motivo de esta alegría —dijo un policía que pasaba flotando en un paraguas vuelto del revés—. Hemos recordado el nombre de la ciudad.

—Di, pronto, ¿cuál es el nombre? —preguntó Rasid, muy excitado.

—Kahani —dijo el policía alegremente mientras se alejaba por la inundada calle—. ¿No es un hermoso nombre para una ciudad? Significa historia, ¿saben?

Entraron en su calle y vieron su casa, que bajo la lluvia parecía un pastel empapado. Rasid todavía saltaba y brincaba alegremente, pero a Harún a cada paso le pesaban más los pies; la alegría de su padre se le hacía sencillamente intolerable, y echaba la culpa a la Morsa de ello y de todo lo malo, injusto y falso en aquel ancho mundo sin madre.

Miss Onita salió al balcón.

—¡Qué bien que habéis vuelto! Venid, venid. ¡Cómo lo vamos a celebrar! ¡Habrán dulces y alegría! —palmoteaba de júbilo y le temblaban las carnes.

—¿Qué hay que celebrar? —preguntó Harún cuando Miss Onita descendió de su balcón y se reunió con ellos bajo la lluvia.

—En lo que a mí concierne, que me he despedido para siempre de Mr. Sengupta —repuso Miss Onita—. Además, he encontrado trabajo en la fábrica de chocolate, y ahora tengo todo el chocolate que quiero completamente gratis. ¡También tengo varios admiradores, pero qué descaro el mío, hablarles así!

—Me alegro por usted —respondió Harún—. Pero en la vida no todo es canto y baile.

Miss Onita adoptó una expresión de misterio.

—Quizá hayan estado fuera demasiado tiempo —dijo—. Las cosas cambian...

Rasid frunció el entrecejo.

—Onita, ¿de qué está hablando? Si tiene algo que decir...

La puerta del apartamento de los Khalifa se abrió y apareció Soraya Khalifa en carne y hueso y más hermosa que la vida. Harún y Rasid se quedaron petrificados. Estaban como dos estatuas bajo la lluvia, con la boca abierta.

—¿También esto es obra de la Morsa? —murmuró Rasid a Harún, que sólo pudo mover la cabeza negativamente. Rasid se contestó a sí mismo—: ¡Quién sabe! Tal vez sí o tal vez no, como diría nuestro amigo el Conductor del Coche Correo.

Soraya se había acercado a ellos.

—¿Qué Morsa? —preguntó—. Yo no conozco a ninguna Morsa, pero sé que me equivoqué. Me marché, pero ahora, si me queréis, me quedaré.

Harún miró a su padre. Rasid se había quedado sin habla.

—¡Ese Sengupta, desde luego —prosiguió Soraya—, qué comadreja reseca, ruin, vil y rastrera! Por lo que a mí respecta, se acabó para siempre.

—*Khattam-shud* —dijo Harún en voz baja.

—Exactamente —respondió su madre—. Lo prometo. Mr. Sengupta es *khattam-shud*.

—Bienvenida a casa —dijo Rasid, y los tres Khalifa (y también Miss Onita) se abrazaron.

—Entremos —propuso Soraya al fin—. La cantidad de lluvia que una persona puede soportar alegremente tiene un límite.

Aquella noche, al acostarse, Harún sacó del sobrecito dorado a la Abubilla Butt en miniatura y la puso en la palma de la mano izquierda.

—Me gustaría que lo comprendieras —dijo a la Abubilla—. Desde luego, me gusta saber que estarás aquí cuando te necesite. Pero, según están ahora las cosas, realmente no quiero ir a ninguna parte.

—Pero pero pero —dijo la Miniabubilla con su minivoz (y sin mover el pico)—. *No hay cuidado*.

Harún puso a Butt en el sobre, puso el sobre debajo de la almohada, puso la almohada debajo de la cabeza y se quedó dormido.

Cuando despertó, encontró ropa nueva al pie de la cama y, en la mesita de noche, un reloj nuevo que funcionaba y le indicaba la hora exacta. «¿Regalos? —se preguntó—. ¿Qué es esto?»

Entonces recordó: era su cumpleaños. Oía a su madre y a su padre que se movían por el apartamento, esperándolo. Él se levantó, se puso su ropa nueva y miró atentamente su nuevo reloj.

«Sí —se dijo—, el tiempo vuelve a avanzar por aquí.»

Fuera, en la sala, su madre había empezado a cantar.

ACERCA DE LOS NOMBRES DE ESTE LIBRO

Los nombres de muchos personajes y lugares de este cuento se derivan del indostánico.

Abhinaya es, en realidad, el nombre del lenguaje corporal de las danzas clásicas indias.

Alifbay es un país imaginario. Su nombre procede de la voz indostánica que corresponde a «alfabeto».

Batchit viene de «bat-chit», es decir, «cháchara».

Bat-Mat-Karo significa «no-hables».

Bezabán significa «sin lengua».

Bolo se deriva del verbo «boina», hablar. «¡Bolo!» es el imperativo: «¡Habla!»

Chup significa «tranquilo»; chupwala es, pues, «individuo tranquilo».

El **Lago Dull**, que no existe, tiene un nombre inspirado en el del Lago Dal, de Cachemira, que sí existe.

Goopy y **Bagha** no significan nada especial, pero así se llaman dos personajes de una película de Satyajit Ray. No son peces sino trapisondistas.

Gup significa «cotilleo». También puede significar «bobada» o «trola».

Harún y **Rasid** deben su nombre al legendario califa de Bagdad Harún-al-Rasid, de *Las Mil y Una Noches*. Khalifa, su apellido, desde luego, significa «califa».

Kahani significa «historia».

Khamosh significa «silencioso».

Khattam-Shud significa «totalmente acabado», «liquidado».

Kitab significa «libro».

Malí, por supuesto, significa «jardinero».

Mudra, que habla abhinaya, el lenguaje corporal (véase más arriba), también le debe su nombre. Una «mudra» es cada uno de los gestos que lo forman.

* * *